

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Misiones



ENCUENTROS Y CONGRESOS 3

# La llamada a la Misión

*Actas de las Jornadas  
de Delegados Diocesanos de Misiones  
Madrid, 22-24 de mayo de 2007*

Editado por  
Anastasio Gil García



# La llamada a la Misión



**Comisión Episcopal de Misiones  
y Cooperación entre las Iglesias**

ENCUENTROS Y CONGRESOS

**3**

# La llamada a la Misión

*Actas de las Jornadas  
de Delegados Diocesanos de Misiones*

*Madrid, 22 - 24 de mayo de 2007*

Editado por  
Anastasio Gil García



Editorial EDICE · Madrid 2007

Portada: JUAN SALVADOR

© Editorial EDICE

Depósito Legal: M-42331-2007

I.S.B.N.-13: 978-84-7141-640-7

Edita: Editorial EDICE - Conferencia Episcopal Española

Imprime: Campillo Nevado, S.A. - Antonio González Porras, 35-37  
28019 MADRID

# Sumario

Presentación .....	7
Inauguración de las Jornadas Nacionales de Delegados y Asamblea General de Directores Diocesanos de OMP.....	9
RAMÓN DEL HOYO LÓPEZ	
<i>Fidei donum</i> . Carta Encíclica del Sumo Pontífice Pío XII sobre las Misiones, especialmente en África (21 de abril de 1957) .....	17

## Ponencias

I. Actualidad de la Encíclica <i>Fidei donum</i> del papa Pío XII.....	47
HENRYK HOSER, SAC	
II. Todas las Iglesias para todo el mundo .....	59
VITO DEL PRETE, PIME	

## Mesa redonda

### *La vocación misionera ad vitam*

I. Introducción .....	81
ARANTXA MÚGICA, FMM	
II. Los sacerdotes diocesanos .....	85
MIGUEL ÁNGEL ARAGÓN MORENO, IEME	



III. Los religiosos y religiosas.....	93
HELIODORO MACHADO, CCSP	
IV. Los laicos y laicas .....	99
ELOÍNA BERMEJO	

## Apéndices

I. El principio de la corresponsabilidad. Mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones de 1982.....	109
JUAN PABLO II	
II. La Encíclica <i>Fidei donum</i> vista a la luz del Concilio Vaticano II y del magisterio misionero postconciliar ...	119
JOSÉ RAMÓN VILLAR	
III. <i>Fidei donum</i> : contexto socio-político y eclesial .....	147
ELOY BUENO DE LA FUENTE	
IV. Sacerdotes españoles <i>Fidei donum</i> en América Latina: OCSHA.....	171
ANASTASIO GIL GARCÍA	

# Presentación

La celebración de los cincuenta años de la publicación de la Encíclica *Fidei donum* del papa Pío XII fue el tema central de las Jornadas Nacionales de Delegados Diocesanos de Misiones y Asamblea General de Directores Diocesanos de OMP que se realizó en Madrid del 22 al 24 de mayo de 2007.

La decisión de que así fuera por parte de la Comisión Episcopal de Misiones y Cooperación entre las Iglesias y del Consejo Nacional de Misiones estaba, en efecto, bien motivada. No se trataba de echar una mirada nostálgica hacia un pasado en el que tanto influyó la Encíclica, sino de constatar que la *Fidei donum* aportó en su momento elementos de gran importancia en la fundamentación de la misión de la Iglesia, en la animación misionera y en la cooperación de todo orden –pero sobre todo la personal– con las Iglesias más jóvenes. Ello invitaba a releer la Encíclica buscando cómo actualizarla en el presente contexto de la Iglesia en España.

A lo largo de las Jornadas se constató la consistencia de este convencimiento. La actualidad de la *Fidei donum* quedó claramente puesta de manifiesto por la autoridad moral de los ponentes, quienes se dedican plenamente y al más alto nivel a la colaboración y animación misionera: Mons. Henryk Hoser, Secretario adjunto de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos y Presidente de las Obras Misionales Pontificias, y el P. Vito del Prete, Secretario General de la Pontificia Unión Misional.

Además esta actualidad de la Encíclica también fue testimoniada por los misioneros que integraron la mesa





redonda sobre la vocación misionera *ad vitam*, que ha dado origen al título de este libro.

La publicación se complementa con un extenso apéndice. En él se contiene el mensaje del Santo Padre el Siervo de Dios Juan Pablo II para la Jornada Mundial de las Misiones del año 1982, al conmemorarse los 25 años de la Encíclica, y que constituye un importante testimonio de la perenne actualidad de la misma. Se publican además tres trabajos en relación con el tema: la ponencia sobre el contexto eclesiológico de la *Fidei donum* del Prof. José Ramón Villar en el Congreso Internacional sobre la *Fidei donum* que tuvo lugar en Roma del 8 al 11 de mayo de 2007, y la del Prof. Eloy Bueno de la Fuente en la LX Semana de Misionología sobre el contexto socio-económico y eclesial de la Encíclica, así como el artículo sobre los sacerdotes “*Fidei donum*” de la OCSHA, de D. Anastasio Gil García, aparecido en la revista internacional de la Pontificia Unión Misional *Omnis terra*.

El objetivo que pretende esta publicación es presentar un panorama lo más completo posible (histórico, socio-económico, teológico, misionero...) para comprender la *Fidei donum*; de esta manera puede seguir siendo un fuerte impulso a la cooperación misionera de la Iglesia en España, como lo fue en el momento de su publicación.

# Inauguración de las Jornadas Nacionales de Delegados y Asamblea General de Directores Diocesanos de OMP

Madrid, 22-24 mayo de 2007

RAMÓN DEL HOYO LÓPEZ  
*Obispo de Jaén*

*Presidente de la Comisión Episcopal de Misiones*

## 1. Saludos

Las Obras Misionales Pontificias y la Comisión Episcopal de Misiones y Cooperación entre las Iglesias de la CEE, han organizado, con renovado interés y en fechas unidas o seguidas, un año más, las Jornadas Nacionales de Delegados Diocesanos de Misiones y la Asamblea General de Directores Diocesanos de las Obras Misionales Pontificias.

Agradecemos antes de nada, y de corazón, la presencia de Mons. Henryck Hoser, SAC, Arzobispo Secretario adjunto de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos y Presidente de las OMP. Asimismo, y con el mismo afecto, la del P. Vito del Prete, PIME, Secretario General de la Pontificia Unión Misional.

Junto con Mons. Francisco Pérez González, Arzobispo Castrense, Director de las OMP en España y el Subdirector



de las mismas, D. Anastasio Gil, quiero destacar también la presencia de Mons. Camilo Lorenzo Iglesias, Obispo de Astorga y Mons. Amadeo Rodríguez Magro, Obispo de Plasencia, miembros de la Comisión Episcopal de Misiones de la CEE que presido.

Muestro saludo y bienvenida a los Delegados Diocesanos y Directores Diocesanos de las OMP, miembros del Consejo Nacional y servicios de secretaría de la Comisión Episcopal, y al numeroso grupo de representantes, consagrados y laicos. Es la familia misionera de España, que ora, apoya y extiende sus brazos a quienes se encuentran lejos, pero muy cerca en nuestro afecto, en la misión *ad gentes*.

## 2. En este Cenáculo con María

Sabemos que la venida del Espíritu Santo convirtió a los Apóstoles y primera comunidad cristiana en testigos y profetas del Evangelio. Fue el Espíritu quien les dio la capacidad y entusiasmo para transmitir a los demás la experiencia y Evangelio de Jesucristo (cf. Act 1, 8; 2, 17-18).

En las vísperas de Pentecostés de 2007, Jesucristo continúa reafirmandonos y recordándonos que el Espíritu y su presencia son los mejores dones que hizo a la primera Comunidad eclesial y que continúa haciéndonos en el tiempo.

Como aquellos primeros discípulos reunidos en el Cenáculo, junto con María Santísima y también bajo el auxilio protector de la que es Reina de las Misiones, como familia misionera, nos disponemos también a recibir ese impulso renovador del Espíritu durante estas Jornadas,

como fechas previas de nuestra preparación, en este Cenáculo. Queremos reemprender con nuevo vigor los servicios y entrega que Él espera de nosotros, de cada uno, a favor de la misión *ad gentes* y en nuestras respectivas Iglesias.

Decía Benedicto XVI hace muy pocas fechas, en el *Discurso de inauguración de la Conferencia del Episcopado Latinoamericano*, que:

Todo bautizado recibe de Cristo, como los Apóstoles, el mandato de la Misión: “Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación. El que crea y sea bautizado se salvará” (Mc 16, 15). Pues ser discípulos y misioneros de Jesucristo y buscar la vida “en Él”, supone estar profundamente enraizados en Él.

Terminaba este *Discurso* el Santo Padre con esta misma súplica que hacemos también nuestra para estos días de reflexión, comunión y oración en común con María: “¡Oh Buen Pastor... fortalece a todos en su fe, para que sean tus discípulos y misioneros!”.

### 3. Recorrido reciente y proyectos de la Comisión Episcopal

La Comisión Episcopal de Misiones presentó un amplio informe, ante la Asamblea Plenaria del Episcopado Español celebrada recientemente entre los días 23 y 27 del pasado mes de abril, sobre las actividades desarrolladas durante el último ejercicio.

Destacábamos en lugar preferencial la colaboración de la Comisión con los Delegados Diocesanos; el trabajo conjunto y de mutuo apoyo entre esta Comisión Episcopal y Obras Misionales Pontificias con la práctica totalidad de



las instituciones misionales en España (OCSHA, IEME, CONFER, SCAM, OCASHA, CALM, etc.).

Quiero destacar también, entre otros aspectos, que todos los programas e iniciativas de la Comisión se han expuesto ante el Consejo Nacional de Misiones y se ha contado con su parecer y apoyo.

La Comisión está muy cercana asimismo, e interesada en los programas de actualización y preparación para quienes ya están o van a partir enviados a la Misión, desde las Diócesis, congregaciones o asociaciones; lo hace desde su apoyo a los dos cursos de la Escuela de Formación Misionera, el curso intensivo para los misioneros que parten para la misión y el curso de actualización para misioneros en tránsito por España (12-28 de junio de 2007).

Mons. Francisco Pérez podrá informarles también brevemente sobre otro proyecto de futuro inmediato, si Dios quiere, asumido por OMP, pero también apoyado por la Comisión Episcopal: la creación de una Cátedra de Misionología en la Facultad de Teología San Dámaso, en Madrid.

## **4. Plan de acción trienal de la Comisión**

Conocen todos que a principios del año pasado se aprobó el Plan de Acción de la Comisión Episcopal de Misiones y Cooperación entre las Iglesias para el trienio 2006-2009. Está inspirado y guarda estrecha relación con el Plan Pastoral de la CEE para el quinquenio 2005-2010.

La Comisión Episcopal procura en todo momento ser fiel a los objetivos y acciones que se ha marcado y pone su

máximo empeño en ello. Señalábamos en la presentación de este Plan la próxima conmemoración de algunos acontecimientos misioneros de singular importancia como el V Centenario del nacimiento de San Francisco Javier, que marcó nuestros trabajos en gran parte durante el curso pasado, y el XL aniversario del Decreto *Ad gentes*<sup>1</sup>.

Para este año destacábamos otros dos acontecimientos singulares: El L aniversario de la publicación de la Encíclica *Fidei Donum* y el L aniversario de la fundación de OCASHA.

Mons. Henryck Hoser nos expondrá a continuación la actualidad de esta Encíclica, verdadero hito e intuición profética del papa Pío XII para el desarrollo del mandato misionero del Señor<sup>2</sup>. También OCASHA se hace presente en el programa a través su Presidenta D<sup>a</sup>. Eloína Bermejo Lozano, como signo de reconocimiento y apoyo a tan querida Institución en las celebraciones de sus bodas de oro.

## 5. La animación misionera

Conscientemente he dejado para el final de esta presentación el recordarles lo que es objetivo fundamental y primordial de la Comisión Episcopal de Misiones y

---

<sup>1</sup> Objeto de estudio y reflexión en el Simposio celebrado en la Facultad de Teología de Burgos, organizado por su Instituto de Misionología y Animación Misionera. Participó y estuvo presente el Director del Secretariado de la Comisión Episcopal de Misiones y Subdirector de OMP, D. Anastasio Gil.

<sup>2</sup> Acaba de celebrarse en Roma entre los días 8 y 11 de este mes de mayo un Congreso Internacional con ocasión del cincuentenario de esta Encíclica, en el que se han hecho presentes Obras Misionales Pontificias y la Comisión Episcopal de Misiones.



Cooperación entre las Iglesias en este momento: “La animación misionera” (capítulo III del Plan de Acción).

Los objetivos específicos de esta animación aparecen claramente señalados en varios documentos del Magisterio reciente de la Iglesia, que ha tenido muy presentes la Comisión al elaborar su Plan de Acción. Serían fundamentalmente:

- Despertar la conciencia misionera y la permanente validez del mandato misionero de Jesucristo, por medio de una adecuada formación doctrinal y teológica (AG 36-39; RM 78).
- Promover vocaciones misioneras, especialmente con dedicación *ad vitam* (AG 23; 27; RM 65-66; 79), tema que se abordará en estas Jornadas.
- Apoyar la Misión *ad gentes*, desde los pilares de la oración, sacrificio y ofrecimiento del propio trabajo de los fieles (AG 36; RM 78).
- Incentivar una justa distribución de los efectivos apostólicos (AG 29, 31-33; LG 23; CD 6; RM 68).
- Recabar los apoyos necesarios y contribuir económicamente a favor de las necesidades de la Iglesias más necesitadas (AG 29; LG 38).

Estos objetivos nunca deben ser considerados de modo aislado, como acciones puntuales, esporádicas, sino como proyectos entroncados en el conjunto de acción pastoral primaria de nuestras Iglesias. La responsabilidad de la animación misionera afecta de forma directa a todos los bautizados, y, por tanto, debe entrar en el tejido específico de cuantos trabajan en los servicios pastorales y de formación.

Se puede advertir una falta o pobreza de formación misionera en los fieles en relación con su condición ecle-

sial y, por tanto, hemos de arbitrar medios y poner nuestro empeño en este campo tan importante a favor de esta formación, no sólo de los consagrados y sacerdotes, sino también y sobre todo de los laicos.

En un coloquio que mantuve hace pocas fechas con un grupo numeroso de periodistas salió tangencialmente este tema y pude observar la falta de información sobre situaciones de otras Iglesias, que entiendo forma parte también de la formación misionera. Siempre la información abre el corazón, y una comunicación fluida con los misioneros forma y transforma, enriquece el compromiso y vocación misionera de los bautizados.

Estemos atentos para lograr que esta formación esté presente en las catequesis, predicación, jornadas diocesanas, etc., en nuestras Iglesias, Arciprestazgos, Parroquias y Movimientos. Que en los Seminarios y Centros de formación, formación permanente de sacerdotes y consagrados, alcance el lugar primordial que le corresponde a esta reflexión y formación misionera.

En cuanto a las vocaciones específicas para la misión, nunca permitir precipitaciones en cuanto a su envío, pues sus resultados y frutos dependen en gran parte del discernimiento, formación teológica, madurez, claridad de miras, conocimiento de la cultura y realidad en la que proclamará el Evangelio. Precisa también un apoyo y reconocimiento, cercanía afectiva y concreta por parte de la Iglesia o familia religiosa que la envía.

Como “tarea fundamental de la Comisión” señalábamos en el *Plan de Acción trienal*: “animación misionera, para intensificar la responsabilidad misionera en los fieles cristianos y en las comunidades cristianas”. Marcábamos cinco líneas de acción que se desarrollan en otras más concretas, compromiso que nos interroga e interpela a todos





los reunidos en estas Jornadas en el centro de todo, la Eucaristía. Entonces y ahora recordamos las palabras del Siervo de Dios Juan Pablo II, en su mensaje del DOMUND del 2005:

La Comunidad eclesial, cuando celebra la Eucaristía, de modo especial el Domingo, Día del Señor, experimenta a la luz de la fe, el valor del encuentro con Cristo resucitado y adquiere cada vez más conciencia de que el sacrificio eucarístico es “para todos” (Mt 26, 28). Si uno se alimenta del Cuerpo y de la Sangre del Señor crucificado y resucitado, no puede tener sólo para si mismo este “don”. Al contrario, es necesario difundirlo. El amor apasionado de Cristo conduce al anuncio valiente de Cristo; la Eucaristía apremia a una generosa acción evangelizadora y a un compromiso activo en la edificación de una sociedad más equitativa y fraterna (n. 3).

Cito este texto por figurar en el Plan de Acción vigente de nuestra Comisión Episcopal. En cuanto a la riqueza del Magisterio de Benedicto XVI sobre la Eucaristía y la Misión, es tan profundo y tan rico, que no podemos por menos que incluirlo en este Plan y hacerlo muy nuestro. Para ello les recomiendo el estudio que D. Anastasio Gil ha hecho sobre este tema recientemente.

Bienvenidos todos. Felices Jornadas y Asamblea.  
Gracias.

# *Fidei donum*

## Carta Encíclica del Sumo Pontifice Pío XII sobre las Misiones, especialmente en África (21 de abril de 1957)

*La situación misionera de África, hacia los años cincuenta del siglo pasado, necesitaba una atención especial. La fermentación político-social y la independencia gradual y acelerada de todos los países africanos, así como la invasión organizada y sistemática de parte del materialismo ateo y de otras religiones no cristianas, exigían un esfuerzo misionero de primera magnitud. Este es el objetivo principal de la Encíclica Fidei donum. Este documento ha sido calificado como «testamento» misionero de Pío XII (moriría en 1958).*

*Centrar la atención en el continente africano no significa olvidar los problemas generales de todo el campo misionero. En esta Encíclica se profundizan temas ya conocidos, como la implantación de la Iglesia, la institución y organización de la jerarquía local, la inserción armónica en grupos humanos y situaciones sociales, el envío de apóstoles, seglares, etc. La Iglesia, por su misión de irradiar la fe a todos los pueblos, puede y debe ofrecer a África y a otros continentes un orden social nuevo basado en el Evangelio. Por eso la Iglesia no es extranjera en ningún país y en ninguna situación humana. Pío XII dio un ejemplo fuerte de*



*esta adaptación misionera al nombrar los primeros cardenales originarios de países de misión.*

*La Encíclica Fidei donum es, pues, una aplicación más concreta y un nuevo paso de todo lo apuntado en la Encíclica misionera anterior del mismo Papa (Evangelii praecones).*

*Esta llamada urgente para una situación de emergencia hizo surgir una figura nueva en el campo de la evangelización universal: los sacerdotes diocesanos que prestan un servicio temporal o permanente, a ser posible enviados por la propia diócesis. Estos sacerdotes han sido llamados, en algunos países, sacerdotes «Fidei donum». Esta iniciativa fue un impulso definitivo hacia las diócesis misioneras, hacia los cauces misioneros establecidos en algunas Conferencias Episcopales e incluso hacia organizaciones seculares para la acción misional sin fronteras.*

## Introducción

### El don de la fe

1. El don de la fe, al cual siguen en las almas por gracia de Dios tan incomparables riquezas, exige que sin cesar mostremos nuestra gratitud al Señor, su divino Autor.

La fe, en efecto, nos introduce en los sacros misterios de la vida divina; nos mantiene en la esperanza de la felicidad eterna y es el sólido fundamento, a través de la vida terrenal, de la unidad en la sociedad cristiana, conforme a lo dicho por el Apóstol: “Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo” (Ef 4, 5). Ella es, por excelencia, el don que hace brotar de nuestros labios el himno del reconocimien-

to: “¿Cómo podré pagar al Señor todo el bien que me ha hecho?” (Sal 115, 12). ¿Qué ofreceremos, pues, al Señor a cambio de este don divino, además del homenaje de la mente, si no es nuestro celo en difundir cada vez más entre los hombres el esplendor de la verdad divina? El espíritu misionero, animado por el fuego de la caridad, es en cierto modo la primera respuesta de nuestra gratitud para con Dios, al comunicar a nuestros hermanos la fe que nosotros hemos recibido.

Considerando por un lado las innumerables legiones de hijos nuestros que, sobre todo en los países de antigua tradición cristiana, participan del bien de la fe, y, por otro, la masa aún más numerosa de los que todavía esperan el mensaje de la salvación, sentíamos el ardiente deseo de exhortaros, venerables hermanos, a que con vuestro celo sostengáis la causa santa de la expansión de la Iglesia en el mundo. ¡Quiera Dios que, como consecuencia de nuestro llamamiento, el espíritu misionero penetre más a fondo en el corazón de todos los sacerdotes y que, a través de su ministerio, inflame a todos los fieles!

## Preocupación misionera de la Iglesia

2. No es ciertamente la primera vez, bien lo sabéis, que nuestros predecesores y Nos mismo os hablamos sobre este grave argumento, particularmente apropiado para fomentar el fervor apostólico de los cristianos, que se han vuelto más conscientes de los deberes que exige la fe recibida de Dios<sup>1</sup>. Oriéntese este fervor hacia las regiones des-

<sup>1</sup> cf. BENEDICTO XV, Carta apostólica *Maximum illud*: AAS 11 (1919), 440ss; Pío XII, Homilía. *Accipietis virtutem*: AAS 14 (1922), 344ss; Pío XI, Encíclica *Rerum Ecclesiae*: AAS 18 (1926), 65ss; Pío XII, Encíclica *Evangelii praecones*: AAS 43 (1951), 497ss.



cristianizadas de Europa y hacia las vastas regiones de América del Sur, donde sabemos que las necesidades son grandes; póngase al servicio de tantas importantes misiones de Asia y Oceanía, allí sobre todo donde el campo de lucha sea difícil; sostenga fraternalmente a los miles de cristianos, particularmente amados por nuestro corazón, que son honor a la Iglesia porque conocen la bienaventuranza evangélica de los que “sufren persecución por la justicia” (Mt 5,10); tenga compasión de la miseria espiritual de las innumerables víctimas del ateísmo moderno, de los jóvenes, especialmente, que crecen en la ignorancia y a veces hasta en el odio de Dios. Problemas todos ellos necesarios, apremiantes, que exigen de cada cual un despertar de energía apostólica, suscitador de inmensas falanges de apóstoles, semejantes a la que conoció la Iglesia en su alborar<sup>2</sup>.

Mas, aun teniendo presentes en nuestro pensamiento y en nuestra oración estos deberes indispensables, aun recomendándolos a vuestro celo, nos ha parecido oportuno orientar hoy vuestras miradas hacia el África, en este momento en que se abre a la vida del mundo moderno y atraviesa los años tal vez más graves de su milenario destino.

## 1. La situación de la Iglesia en África

### Logros conseguidos

3. La expansión de la Iglesia en África durante los últimos decenios es para los cristianos un motivo de alegría y

---

<sup>2</sup> AAS 44 (1952), 370.

de orgullo. Conforme al empeño que Nos asumimos, luego de nuestra elevación al Sumo Pontificado, “de no dejar de hacer esfuerzo alguno con el fin de que... la cruz, en la que se encuentran la salvación y la vida, extienda su sombra hasta las más remotas tierras del mundo”<sup>3</sup>, hemos favorecido con todo nuestro poder el progreso del Evangelio en aquel continente. Las circunscripciones eclesiásticas se han multiplicado en él; el número de los católicos ha aumentado considerablemente y continúa aumentando con ritmo rápido. Hemos tenido la alegría de instituir en muchos países la jerarquía eclesiástica y de elevar ya a numerosos sacerdotes africanos a la plenitud del sacerdocio, conforme al “fin último” de la labor misional: “establecer sólida y definitivamente la Iglesia en nuevos pueblos”<sup>4</sup>. Así es como, dentro de la gran familia católica, las jóvenes Iglesias africanas ocupan hoy el lugar que les corresponde, saludadas con fraternal corazón por las diócesis más antiguas que las han precedido en la fe.

Legiones de apóstoles, sacerdotes, religiosos y religiosas, catequistas y colaboradores seculares, han conseguido tan consoladores resultados gracias a una labor cuyos ocultos sacrificios tan sólo Dios conoce. A todos y cada uno de ellos se dirigen nuestro paternal agradecimiento y nuestra felicitación; allí, como en todas partes, la Iglesia puede sentirse orgullosa de la labor de sus misioneros. Y, sin embargo, la magnitud de la obra realizada no podría hacer olvidar que “la labor que queda por hacer requiere un esfuerzo inmenso e innumerables operarios”<sup>5</sup>. En el momento en que la instauración de la jerarquía podría hacer creer erróneamente que la actividad misionera está

<sup>3</sup> Alloc. 1 de mayo de 1939, *Discorsi...* 1, 87.

<sup>4</sup> Encíclica *Evangelii praecones*: AAS 43 (1951), 507.

<sup>5</sup> *Ibid.*, 505.



ya para terminar, más que nunca la “solicitud por todas las Iglesias» (2Cor 11, 28) del vasto continente africano llena nuestro espíritu de angustia. ¿Cómo, pues, no habría de estremecerse nuestro corazón al considerar, desde esta Sede Apostólica, los graves problemas allí planteados por la extensión y la intensificación de la vida cristiana, cuando comparamos la amplitud y el apremio de los deberes por un lado, y por otro el número ínfimo de operarios apostólicos y su falta de medios? Sufrimiento este que os confiamos a vosotros, venerables hermanos, y nos complace pensar que la prontitud y la generosidad de vuestra respuesta hará que brille de nuevo la esperanza en el corazón de tantos apóstoles generosos.

## Dificultades actuales

4. Os son conocidas las condiciones generales dentro de las que se desarrolla en África la labor de la Iglesia; son, en verdad, difíciles. La mayor parte de esos territorios está pasando por una fase de evolución social, económica y política, que está saturada de consecuencias para su porvenir; mas obligado es reconocer que las numerosas incidencias de la vida internacional sobre las situaciones locales no siempre permiten, incluso a los hombres más prudentes, graduar las etapas que serán necesarias para el verdadero bien de aquellos pueblos. La Iglesia, que en el curso de los siglos ha visto nacer y engrandecerse a tantas naciones, no puede dejar de prestar hoy una atención especial a la entrada, por parte de los nuevos pueblos, en las responsabilidades de la libertad política. Ya en muchas ocasiones Nos hemos invitado a las naciones interesadas a que procedan en este camino con espíritu de paz y de comprensión recíproca. “Que una libertad política justa y progresiva no sea negada a estos pueblos (que a ella aspiran), y que no se

ponga obstáculo a ella”, decíamos a los unos; y aconsejábamos a los otros “reconocer a Europa el mérito de su progreso: sin su influencia, extendida a todos los terrenos, podrían ser arrastrados por un ciego nacionalismo hacia el caos y la esclavitud”<sup>6</sup>. Al renovar ahora esa doble exhortación, formulamos votos para que se continúe en África una obra de colaboración constructiva, libre de prejuicios y susceptibilidades recíprocas, preservada de las seducciones y estrecheces del falso nacionalismo, y capaz de extender a esas poblaciones, ricas en recursos y en su porvenir, los verdaderos valores de la civilización cristiana, que tan buenos frutos han dado ya en otros continentes.

## Peligros internos y externos

5. Sabemos, por desgracia, que el materialismo ateo ha difundido en varias regiones de África su virus de división, atizando las pasiones, enfrentando a pueblos y razas unos contra otros, aprovechando auténticas dificultades para seducir los espíritus con fáciles espejismos o para sembrar la rebelión en los corazones. En nuestra solicitud por un auténtico progreso humano y cristiano de las poblaciones africanas, queremos renovar aquí, con respecto a ellas, las graves y solemnes advertencias que en varias ocasiones hemos dirigido a propósito de este punto a los católicos de todo el mundo; felicitamos a sus pastores por haber denunciado firmemente ya, en más de una circunstancia, a sus fieles el peligro a que les exponen los falsos pastores.

Pero mientras los enemigos del nombre de Dios llevan a cabo en ese continente sus esfuerzos insidiosos o violentos, hay que denunciar otros graves obstáculos que se opo-

<sup>6</sup> AAS 48 (1956), 40.





nen en ciertas regiones a los progresos de la evangelización. Bien conocéis de modo particular la fácil atracción que ejerce sobre gran número de espíritus una concepción religiosa de la vida, que, aun empeñada en profesar el culto de Dios, arrastra, sin embargo, a sus secuaces por un camino que no es el de Jesucristo, único Salvador de todos los pueblos. Nuestro corazón de padre está abierto a todos los hombres de buena voluntad; pero, Vicario de Aquel que es el Camino, la Verdad y la Vida, Nos no podemos considerar semejante estado de cosas sin un vivo dolor. Varias, por otro lado, son las causas de ello: a menudo se trata de causas históricas recientes, y no siempre le ha sido ajena la actitud de naciones que, sin embargo, se glorían de su pasado cristiano. Hay, pues, en todo cuanto al porvenir católico de África se refiere, un motivo de serias preocupaciones. ¿Comprenderán específicamente los hijos de la Iglesia la obligación de ayudar más eficazmente y a tiempo a los misioneros del Evangelio para que lleven la nueva de la verdad salvadora a los casi ochenta y cinco millones de africanos de raza negra apegados aún a las creencias paganas?

## Llamada especial

6. Este orden de consideraciones resulta aún más grave —en general— por el rápido precipitarse de los acontecimientos. Los obispos y los elementos selectos entre los católicos de África tienen plena consciencia de ello. En un momento en que se buscan nuevas estructuras, en tanto que algunos pueblos corren el riesgo de entregarse a las más falaces seducciones de una civilización técnica, la Iglesia tiene el deber de ofrecerles, en la medida más grande posible, las sustanciales riquezas de su doctrina y de su vida, mantenedores de un orden social cristiano. Cualquier retra-

so entrañaría peligrosas consecuencias. Los africanos, que en pocos decenios están recorriendo las etapas de una evolución que el Occidente ha realizado a lo largo de varios siglos, se sienten más fácilmente arrastrados y seducidos por la enseñanza científica y técnica que se les da, así como por las influencias materialistas a que se ven sometidos. Por este motivo pueden producirse, en unos lugares u otros, situaciones difícilmente reparables, que lleven consigo el dañar necesariamente la penetración del catolicismo en las almas y en las sociedades. Es preciso, ya desde ahora, dar a los pastores de almas las posibilidades de acción proporcionadas a la importancia y a las crecientes exigencias de la actual coyuntura.

## Nuevas posibilidades de acción

7. Ahora bien, salvo raras excepciones, estas posibilidades de acción misionera son aún inferiores sin parangón a la labor que es preciso realizar; y aun cuando semejante penuria, por desgracia, no es sólo de África, allí se siente vivamente, sin embargo, debido a las circunstancias. No será inútil, venerables hermanos, daros sobre este punto algunas indicaciones particulares.

En las nuevas misiones, por ejemplo en algunas de las fundadas tan sólo hace una decena de años, no puede esperarse, hasta que no pase mucho tiempo, una notable ayuda del clero local; y los demasiado pocos misioneros, desparrramados por inmensos territorios, donde trabajan además otras confesiones no católicas, ya no pueden atender a todas las peticiones. Se encuentran a veces cuarenta sacerdotes, en alguna zona, para casi un millón de almas, entre las cuales solamente veinticinco mil convertidos; y en otro lugar, hay cincuenta sacerdotes para una población de dos



millones de habitantes, cuando ya los sesenta mil fieles bastarían por sí solos para absorber el tiempo de los misioneros. Leyendo estas cifras, un corazón cristiano no puede permanecer insensible. Veinte sacerdotes más en una región determinada permitirían hoy implantar en ella la cruz, mientras que el día de mañana, esa misma tierra, trabajada por otros operarios que no son los del Señor, se habrá vuelto impermeable, tal vez, a la verdadera fe. Por lo demás, no basta anunciar el Evangelio: en la crisis social y política que África está pasando, preciso es formar muy pronto un grupo selecto de cristianos en medio de un pueblo aún neófito, pero ¿en qué proporción habrá de multiplicarse el número de misioneros para permitirles llevar a cabo esta obra de formación personal de las conciencias? A semejante escasez de hombres se añade, además, casi siempre una falta de medios que a veces raya en la miseria. ¿Quién dará a estas nuevas misiones, situadas por lo general en regiones pobres, pero importantes para lo futuro de la evangelización, la generosa ayuda, de la que tienen necesidad tan apremiante? El misionero sufre al verse de tal manera privado de medios frente a semejantes deberes: no pide ser admirado, pero sí espera ser ayudado a fundar la Iglesia allí donde el hacerlo es aún posible.

## Continuar lo comenzado

8. En las misiones más antiguas, en donde la proporción ya considerable de católicos y su fervor son para nuestro corazón motivo de alegría, las condiciones del apostolado, aunque diversas, no causan menos preocupación. También allí la falta de sacerdotes se deja sentir duramente. Aquellas diócesis o vicariatos apostólicos tienen que desarrollar, en efecto, sin tardanza, las obras indispensables para la expansión e irradiación del catolicismo: es necesi-

rio fundar colegios y difundir la enseñanza cristiana en sus diversos grados; hay que dar vida a organismos de acción social que animen la labor de los grupos selectos de cristianos que sirven a la sociedad civil; es preciso multiplicar la prensa católica en todas sus formas y preocuparse por las técnicas modernas de difusión y cultura, pues conocida es la importancia, en nuestros días, de una opinión pública formada e iluminada; es preciso, sobre todo, dar un desarrollo creciente a la Acción Católica y satisfacer las necesidades religiosas y culturales de una generación que, privada de alimento indispensable, se encontraría expuesta al peligro de ir a buscar fuera de la Iglesia su alimento. Pues bien, para hacer frente a todas estas diversas finalidades, los pastores de almas tienen necesidad no sólo de medios más abundantes, sino también, y ante todo, de colaboradores preparados para estos ministerios más especializados y, por lo tanto, más difíciles. Tales apóstoles no pueden improvisarse; a menudo faltan, y, sin embargo, el problema es apremiante, si no se quiere perder la confianza de grupos selectos que están surgiendo. Queremos expresar aquí toda nuestra gratitud a las Congregaciones religiosas, a los sacerdotes y a los militantes seculares, los cuales, conscientes de la gravedad de la hora, han acudido, incluso espontáneamente, a esas necesidades. Iniciativas de este género han dado fruto ya y, unidas a la abnegación de todos, hacen concebir grandes esperanzas; mas nuestro deber es proclamar que en este campo queda por hacer todavía una labor inmensa.

## Necesidad de más misioneros

9. Y aun el progreso mismo de las misiones plantea a la Iglesia, en algunos territorios, una nueva dificultad. En efecto, el éxito de la evangelización exige un proporciona-



do aumento del número de apóstoles si no quiere ponerse en peligro tan magnífico desarrollo. Pues bien, las Congregaciones misioneras se ven solicitadas de todas partes y la insuficiencia de vocaciones no les permite atender tantas peticiones simultáneas. Sabed, venerables hermanos, que el número de sacerdotes, en comparación con el de fieles, se encuentra en disminución en África. El clero africano aumenta, indudablemente; pero tan sólo dentro de muchos años podrá, en las propias diócesis, tomar completamente en sus manos el gobierno de las mismas, aunque con la ayuda de los misioneros que les llevaron la fe. Esas jóvenes cristiandades del África no pueden en el presente, con sus recursos actuales, desempeñar su función en el momento decisivo por el que atraviesan. ¿Servirán las dificultades de semejante situación para recordar su deber misional a tantos de nuestros hijos que no agradecen lo suficientemente a Dios el don de la fe recibido en su familia cristiana y los medios de salvación que se les han puesto al alcance de su mano?

## 2. El concurso de toda la Iglesia

### Tarea de todos

10. Venerables hermanos, estas condiciones de apostolado, que hemos descrito a grandes rasgos, demuestran claramente que en África ya no se trata de uno de esos problemas restringidos y locales que pueden resolverse cómodamente poco a poco e independientemente de la vida general del mundo cristiano. Si en otros tiempos...

... la vida de la Iglesia, en su aspecto visible, se desarrollaba preferentemente en los países de la vieja Europa, desde donde se difundía... a lo que podía llamarse la periferia del

mundo, hoy aparece, por lo contrario, como un intercambio de vida y energías entre todos los miembros del Cuerpo místico de Cristo en la tierra<sup>7</sup>.

Las repercusiones de la situación católica en África rebasan con mucho las fronteras de ese continente, y es necesario que de toda la Iglesia, bajo el impulso de esta Sede Apostólica, venga la respuesta fraternal a tantas necesidades.

## Corresponsabilidad de los obispos

11. Con toda razón, pues, en una hora importante para la expansión de la Iglesia, Nos nos dirigimos a vosotros, venerables hermanos. “Pues así como en nuestro organismo mortal, cuando un miembro sufre todos los otros sufren también con él (cf. 1Cor 12, 26), y los sanos prestan socorro a los enfermos, así también en la Iglesia los diversos miembros no viven únicamente para sí mismos, sino que ayudan también a los demás, y se ayudan unos a otros, ya para mutuo alivio, ya también para edificación cada vez mayor de todo el cuerpo”<sup>8</sup>. Pues bien, ¿no son los obispos, en verdad, “los principales miembros de la Iglesia universal, como quienes están ligados por un vínculo especialísimo con la Cabeza divina de todo el Cuerpo, y por ello con razón son llamados partes principales de los miembros del Señor”<sup>9</sup> ¿Acaso no debe decirse de ellos más que de ningún otro que Cristo, Cabeza del Cuerpo místico, “también necesita de sus miembros: en primer lugar, porque la persona de Cristo es representada por el Sumo Pontífice, el cual, para no sucumbir bajo la carga de

<sup>7</sup> AAS 38 (1946), 20.

<sup>8</sup> Encíclica *Mystici Corporis*: AAS 35 (1943), 200.

<sup>9</sup> *Ibid.*, 211.



su oficio pastoral, tiene que llamar a participar de sus cuidados a otros muchos”<sup>10</sup>.

Unidos con más estrecho lazo tanto a Cristo como a su Vicario, estaréis dispuestos, venerables hermanos, a tomar, con espíritu de viva caridad, vuestra parte en esta solicitud de todas las Iglesias que sobre nuestras espaldas pesa (cf. 2Cor 11, 28). Estimulados por la caridad de Cristo (cf. 2Cor 5, 4), os mostraréis contentos de sentir a fondo con Nos el imperioso deber de propagar el Evangelio y de fundar la Iglesia en todo el mundo; y os alegraréis de haber difundido largamente, entre vuestro clero y vuestro pueblo, un espíritu de oración y de ayuda recíproca, según la medida del Corazón de Cristo. “Si quieres amar a Cristo –decía San Agustín–, propaga la caridad por toda la tierra, porque los miembros de Cristo se encuentran doquier por todo el mundo”<sup>11</sup>.

No cabe duda alguna de que tan sólo al apóstol Pedro y a sus sucesores, los Romanos Pontífices, ha confiado Jesús la totalidad de su grey: “Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas” (Jn 21, 16-17); mas si todo obispo es pastor propio solamente de la porción de grey confiada a sus cuidados, su caridad de legítimo sucesor de los apóstoles por institución divina y en virtud del oficio recibido, le hace solidariamente responsable de la misión apostólica de la Iglesia, conforme a la palabra de Cristo a sus apóstoles: “*Como me envió el Padre, así también yo os envío*” (Jn 20, 21). Esta misión, que tiene que abarcar a todas las naciones y a todos los tiempos (cf. Mt 28, 19-20), no cesó con la muerte de los apóstoles: continúa en la persona de todos los obispos en comunión con el Vicario de Jesucristo. En ellos, que son por excelencia los enviados, los misioneros

<sup>10</sup> *Ibid.*, 213.

<sup>11</sup> SAN AGUSTÍN, *In Ep. Ioannis ad Parthos* 10, 8: PL 35, 2060.

del Señor, reside en su plenitud la dignidad del apostolado, que es la principal en la Iglesia, según afirma Santo Tomás de Aquino<sup>12</sup>. Desde su corazón, este fuego apostólico llevado por Jesús a la tierra habrá de comunicarse al corazón de todos nuestros hijos y resucitar en ellos un nuevo ardor para la acción misionera de la Iglesia en el mundo.

## Catolicidad y universalismo

12. Además, este interés por las necesidades universales de la Iglesia demuestra verdaderamente en forma viva y verdadera la catolicidad de la Iglesia:

El espíritu misional y el espíritu católico, decíamos hace ya algún tiempo, son una misma cosa. La catolicidad es una nota esencial de la verdadera Iglesia; hasta tal punto que un cristiano no es verdaderamente afecto y devoto a la Iglesia si no se siente igualmente apegado y devoto de su universalidad, deseando que eche raíces y florezca en todos los lugares de la tierra<sup>13</sup>.

Nada, pues, es más extraño a la Iglesia de Jesucristo que la división; nada es más nocivo para su vida que el aislamiento, que el concentrarse en sí misma, que todas las formas de egoísmo colectivo que inducen a una comunidad cristiana, cualquiera que sea, a encerrarse en sí misma.

Madre de todas las naciones y de todos los pueblos, no menos que de todos y cada uno de los hombres, la Iglesia, *Sancta Mater Ecclesia*, no es ni puede ser extranjera en ningún lugar; ella vive, o al menos por su naturaleza debe vivir, en todos los pueblos<sup>14</sup>.

<sup>12</sup> *Expos. in Ep. ad Rom.*, 1, 1 (ed. Parmae, 1862, 13, 4).

<sup>13</sup> *Discorsi...* 8, 328.

<sup>14</sup> *AAS* 38 (1946) 18.





Inversamente, podríamos decir que nada de lo que afecta a la Iglesia nuestra Madre es o puede ser ajeno a un cristiano; del mismo modo que su fe es la fe de toda la Iglesia, su vida sobrenatural es la vida de toda la Iglesia, así también las alegrías y angustias de la Iglesia habrán de ser sus alegrías y sus angustias; las perspectivas universales de la Iglesia serán las perspectivas normales de su vida cristiana; y espontáneamente, entonces, los llamamientos de los Romanos Pontífices para las grandes misiones apostólicas en el mundo tendrán eco en su corazón, plenamente católico, como los llamamientos más estimados, más graves y más apremiantes.

### 3. Triple deber misionero

#### Oración y sacrificio

13. Misionera desde su origen, la santa Iglesia no ha cesado, para realizar la obra en la que no podía fallar, de dirigir a sus hijos una triple invitación: a la oración, a la generosidad y, para algunos, a la entrega de sí mismos. Hoy, de nuevo, las misiones, sobre todo las de África, esperan del mundo católico esta triple asistencia.

Por lo tanto, venerables hermanos, Nos deseamos, en primer lugar, que por esta intención se rece más y con un mayor fervor. Vuestro deber es sostener, entre vuestros sacerdotes y fieles, una súplica constante e intensa en pro de tan santa causa; alimentar esa oración con una adecuada enseñanza y con constantes informaciones sobre la vida de la Iglesia; estimularla, en fin, en determinados períodos del año litúrgico, más adecuados para recordar el deber misional de los cristianos. Pensamos, sobre todo, en el

período del Adviento, que es el de la espera de la humanidad y de los caminos providenciales de preparación para la salvación; en la festividad de la Epifanía, que manifiesta cómo esta salvación ya ha llegado al mundo, y en la de Pentecostés, que celebra la fundación de la Iglesia gracias al soplo del Espíritu Santo.

Pero la forma más excelente de la oración, ¿no es acaso la que Cristo, Sumo Sacerdote, dirige diariamente, Él mismo, al Padre en los altares, en los que se renueva su sacrificio redentor? Durante estos años, tal vez decisivos para el porvenir del catolicismo en muchos países, multipliquemos las misas celebradas por las intenciones de las misiones; son las intenciones mismas de Nuestro Señor, que ama a su Iglesia y que la quisiera ver extendida y floreciente por los lugares todos de la tierra. Sin discutir en modo alguno la legitimidad de las peticiones particulares de los fieles, conviene recordarles las intenciones primordiales ligadas indisolublemente al acto mismo del sacrificio eucarístico y que, por lo demás, están inscritas en el Canon de la misa latina: *In primis... pro Ecclesia tua sancta catholica, quam pacificare, custodire, adunare et regere digneris toto orbe terrarum*. Estas perspectivas más elevadas serán mejor comprendidas, por otra parte, si se tiene presente en el espíritu, según la enseñanza de nuestra Encíclica *Mediator Dei*, que toda misa celebrada es esencialmente una acción de la Iglesia, ya que “el ministro del altar representa en ella a la persona de nuestro Señor Jesucristo, que es cabeza de todos los miembros por los cuales se ofrece”<sup>15</sup>; es, por lo tanto, la Iglesia toda la que, por medio de Cristo, presenta al Padre la ofrenda santa *pro totius mundi salute*. ¿Cómo, pues, no habría de elevarse la

<sup>15</sup> AAS 39 (1947), 556.



oración de los fieles, en unión con el Papa, los obispos y toda la Iglesia, a fin de implorar de Dios una nueva efusión del Espíritu Santo, gracias a la cual *profusas gaudiis, totus in orbe terrarum mundus exultat?* Orad, pues, venerables hermanos y amados hijos; orad más y más y sin cesar. No dejéis de llevar vuestro pensamiento y vuestra preocupación hacia las inmensas necesidades espirituales de tantos pueblos todavía tan alejados de la verdadera fe, o bien tan privados de socorros para perseverar en ella. Dirigíos al Padre celestial y, con Jesús, repetid la oración, que fue la de los primeros apóstoles y continúa siendo la de los operarios apostólicos de todos los tiempos: “Santificado sea tu nombre. Venga a nosotros tu reino. Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo”. Por honor de Dios y por el esplendor de su gloria, queremos que su reino de justicia, de amor y de paz se establezca alguna vez en todo lugar. Si este celo por la gloria de Dios va unido a una ardiente caridad hacia los propios hermanos, ¿no es acaso por excelencia el celo misional? Así se ayuda a los apóstoles, que son, ante todo, los heraldos de Dios.

## Cooperación económica

14. Pero ¿sería sincera una oración por la Iglesia misionera si no fuera acompañada en la medida de las propias posibilidades, por obras de generosidad? Nos conocemos ciertamente más que nadie la inagotable caridad de nuestros hijos; Nos, que de ella recibimos incesantemente conmovedoras y múltiples pruebas. Nos sabemos que gracias a su generosidad han podido ser una realidad los maravillosos progresos de la evangelización desde los comienzos de este siglo. Nos deseamos dar las gracias aquí a nuestros amados hijos y amadas hijas que se dedican al servicio de las misiones por una caridad activa e ingeniosa. Queremos

rendir homenaje especial, además, a los que en las Obras Misionales Pontificias se consagran a la labor —a veces ingrata, pero ¡cuán noble!— de extender la mano en nombre de la Iglesia en favor de las jóvenes cristiandades, su orgullo y su esperanza. De todo corazón les felicitamos y expresamos también nuestra gratitud a todos los miembros de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide, los cuales, bajo la dirección de nuestro dilecto hijo el Cardenal Prefecto, desempeñan la importante función de servir al progreso de la Iglesia en vastos continentes.

Nuestro oficio apostólico nos impone, sin embargo, un deber, venerables hermanos: el de deciros que estos dones, recibidos con tanta gratitud, están muy lejos, desgraciadamente, de bastar a las crecientes necesidades del apostolado misionero. Recibimos continuamente angustiados llamamientos de pastores que ven el bien que hay que hacer, el mal que hay que eliminar con urgencia, el edificio que es necesario construir, la obra que hay que fundar; grande es nuestro sufrimiento por no poder dar a esas peticiones tan legítimas más que una respuesta parcial e insuficiente. Esto acontece, por ejemplo con la Obra Pontificia de San Pedro Apóstol: los subsidios que concede a los seminarios de los países de misión son considerables, pero las vocaciones son, gracias a Dios, cada año más numerosas y requerirían fondos aún más importantes. ¿Será, pues, necesario limitar estas providenciales vocaciones en la medida de las cantidades de que se dispone? ¿Se habrán de cerrar, por falta de dinero, las puertas del seminario a jóvenes generosos y de óptimas esperanzas, como se nos ha dicho que ha ocurrido en algunos casos? No; no queremos creer que el mundo cristiano, puesto ante sus responsabilidades, no haya de ser capaz del esfuerzo excepcional que se le exige para enfrentarse con tales necesidades.



No ignoramos la dureza de los tiempos actuales y las dificultades de las diócesis antiguas de Europa y de América. Pero, si se citaran cifras, se vería en seguida cómo la pobreza de los unos es relativo bienestar frente a la miseria de los otros. Vano parangón, de otra parte, pues que se trata no tanto de hacer cálculos cuanto de exhortar a todos los fieles, según ya lo hemos hecho en otra circunstancia solemne, a que...

... acogiéndose de buen grado a las banderas de la cristiana mortificación y en su afán de la propia abnegación, vayan aún más allá de lo que prescriben las leyes morales, cada cual según sus propias fuerzas, según los movimientos de la gracia divina, según lo conlleve su estado y su vocación... Lo que a la vanidad se sustrajere, añadíamos, se dará a la caridad, se dará con misericordia a la Iglesia y a los pobres<sup>16</sup>.

Con el dinero que el cristiano gasta a veces en gustos pasajeros, ¡cuánto no haría aquel misionero, paralizado en su apostolado por falta de medios! Interróguense sobre este punto cada uno de los fieles, cada familia, cada comunidad cristiana. Recordando “la generosidad de nuestro Señor Jesucristo, que de rico se hizo pobre por vosotros, para enriquecernos con su pobreza” (2Cor 8, 9), dad de lo que os sobrare, y a veces hasta dad de lo que necesitareis. De vuestra liberalidad depende el desarrollo del apostolado misionero. La faz del mundo podría ser plenamente renovada con una victoria de la caridad.

## Vocaciones misioneras

15. La Iglesia en África, como en los demás territorios de misión, está falta de apóstoles. Por lo tanto, de nuevo

---

<sup>16</sup> AAS 42 (1950), 787.

nos dirigimos a vosotros, venerables hermanos, para pedir que por todos los medios posibles favorezcáis todo cuanto se refiere a las vocaciones misioneras: sacerdotes, religiosos y religiosas.

Os corresponde a vosotros, en primer lugar, fomentar entre vuestros fieles, según decíamos hace poco, una condición de espíritu, una generosidad de alma que les haga más sensibles a las preocupaciones universales de la Iglesia y más dispuestos a comprender la antigua llamada del Señor, cuyo eco resuena de edad en edad: “Abandona tu pueblo, tu familia y la casa de tu padre y ve al lugar que yo te indicaré” (Gen 12, 1). Una generación formada en estos ideales verdaderamente católicos, tanto en la familia como en la escuela, en la parroquia, en la acción católica y en las obras de piedad, una tal generación dará ciertamente a la Iglesia los apóstoles, cuya necesidad siente ella, para anunciar el Evangelio a todos los pueblos. Este soplo misionero, además, al animar el conjunto de vuestras diócesis, será para vosotros una prenda de renovación espiritual. Una comunidad cristiana que entrega sus hijos y sus hijas a la Iglesia no puede morir. Y si es verdad que la vida sobrenatural es una vida de caridad y que se acrecienta con la entrega de sí mismo, bien puede afirmarse que la vitalidad católica de una nación se mide por los sacrificios de que es capaz por la causa de las misiones.

Mas no basta formar una atmósfera favorable a esta causa; necesario es hacer más. Gracias a Dios, existen numerosas diócesis tan generosamente provistas de sacerdotes que se permiten, sin correr por ello peligro alguno, el sacrificio de algunas vocaciones. A ellas, sobre todo, nos dirigimos con paternal insistencia: “Dad en proporción a vuestros medios” (cf. Lc 11, 41), pero Nos pensamos también en aquellos de entre nuestros hermanos en el episco-



pado que se sienten angustiados por una dolorosa escasez de vocaciones sacerdotales y religiosas y que ya no pueden hacer frente a las necesidades espirituales de sus ovejas. Hacemos nuestros sus sufrimientos de pastores, y de buen grado les diremos como san Pablo a los de Corinto: “No se trata, para socorrer a los demás, de reduciros a la escasez, sino de aplicar el principio de igualdad” (2Cor 8, 13). Que estas diócesis tan probadas no se hagan sordas, sin embargo, al llamamiento de las misiones lejanas. El óbolo de la viuda fue citado como ejemplo por nuestro Señor, y la generosidad de una diócesis pobre para con otra diócesis más pobre no podría empobrecerla: Dios no se deja ganar en generosidad.

## Las Obras Misionales Pontificias

16. Para resolver eficazmente los complejos problemas de las vocaciones misioneras no pueden bastar, sin embargo, los esfuerzos aislados. Recordad, pues, venerables hermanos, estos problemas en vuestras reuniones y en el cuadro de las organizaciones nacionales, allí donde existan. Será más fácil, en esta escala, poner en juego los medios más apropiados para el despertar de las vocaciones misioneras, y al mismo tiempo soportaréis más fácilmente las responsabilidades que os hacen solidarios en el servicio de los intereses generales de la Iglesia. Apoyad con generosidad en vuestras diócesis a la Unión Misional del Clero, tan frecuentemente recomendada por nuestros predecesores y por Nos mismo. La acabamos de elevar a la dignidad de Obra Pontificia, de suerte que nadie pueda poner en duda la estima que por ella sentimos y la importancia que Nos concedemos a su desarrollo. Establézcase, en fin, en todas partes una estrecha coordinación de esfuerzos, condición

indispensable para el éxito, entre los pastores de almas y los que trabajan más inmediatamente por las Misiones; pensamos, sobre todo, en los presidentes nacionales de las Obras Misionales Pontificias, cuya labor facilitaréis sosteniendo con vuestra autoridad y con vuestro celo los Consejos diocesanos de esas mismas Obras; y también en los superiores de las tan beneméritas Congregaciones, a las que la Santa Sede no deja de hacer llamamientos para responder a las necesidades más urgentes de las Misiones, pero que no pueden aumentar el número de las vocaciones sin la benévola comprensión de los ordinarios locales. Estudiad de común acuerdo el mejor modo de conciliar los intereses reales de los unos y de los otros; si a veces estos intereses parecen divergir de momento, ¿no será tal vez porque se deja de considerarlos con fe suficiente dentro de la visión sobrenatural de la unidad y de la catolicidad de la Iglesia?

## Iniciativas especiales

17. Con el mismo espíritu de colaboración fraternal y desinteresada cuidaréis, venerables hermanos, de ser solícitos en la asistencia espiritual de los jóvenes africanos y asiáticos, a los que la continuación de sus estudios llevare a residir temporalmente en vuestras diócesis. Privados de los cuadros sociales naturales de su país de origen, a menudo se encuentran, y por varios motivos, sin contacto suficiente con los centros de vida católica de las naciones que les acogen. Por ello su vida cristiana puede peligrar, porque los verdaderos valores de la nueva civilización que descubren les resultan aún ocultos, en tanto que influencias materializantes les agitan a fondo y asociaciones ateas se esfuerzan por conquistar su confianza. Por lo tanto, correspondiendo a las





preocupaciones de los obispos de las Misiones, no vacilaréis en destinar para este apostolado a algún sacerdote experimentado y celoso de vuestras diócesis.

Otra forma de recíproca ayuda, ciertamente más incómoda, ha sido adoptada por algunos obispos, que autorizan a algunos de sus sacerdotes, aun a costa de sacrificios, a partir para ponerse, durante un tiempo limitado, al servicio de los Ordinarios de África. De esta manera prestan un incomparable servicio, tanto para asegurar la introducción prudente y discreta de formas nuevas y más especializadas del ministerio sacerdotal, como para sustituir al clero de dichas diócesis en las exigencias de la enseñanza, eclesiástica y profana, a las que aquel no puede hacer frente. Con gusto alentamos semejantes iniciativas generosas y oportunas; preparadas y realizadas con prudencia, pueden llevar una solución preciosa en un tiempo difícil, pero lleno de esperanza, del catolicismo africano.

## Misioneros seculares

18. Finalmente, la ayuda a las diócesis misioneras asume actualmente una forma que es grata a nuestro corazón y que quisiéramos poner de relieve, antes de terminar. Es la cooperación eficaz que militantes seculares, que actúan ordinariamente dentro de los cuadros de los movimientos católicos nacionales o internacionales, aceptan realizar en servicio de las jóvenes cristiandades. Su trabajo exige abnegación, modestia y prudencia; pero ¡cuán preciosa es la ayuda prestada de ese modo a esas diócesis que han de enfrentarse con tareas apostólicas nuevas y apremiantes! Con sumisión plena al obispo del lugar, responsable del apostolado, y en perfecta colaboración, de otra parte, con

los católicos africanos, que comprenden el beneficio de semejante ayuda fraternal, estos militantes seculares ofrecen a diócesis recientes el beneficio de una larga experiencia de la acción católica y de la acción social, así como de todas las demás formas de apostolado especializado. Facilitan, además, y no es este el menor beneficio, un rápido encuadramiento de las organizaciones locales en la vasta red de instituciones católicas internacionales. De todo corazón Nos les felicitamos por su celo al servicio de la Iglesia.

## Conclusión

19. Al dirigiros este grave y apremiante llamamiento en favor de las Misiones de África, nuestro pensamiento —lo habréis ya comprendido perfectamente, venerables hermanos— no se ha apartado en modo alguno de todos aquellos hijos nuestros que se consagran al progreso de la Iglesia en otros continentes. Todos nos son igualmente amados, sobre todo los que más sufren en las Misiones del Extremo Oriente. Pues si peculiares circunstancias de África han sido la causa de esta Carta Encíclica, no queremos terminarla sin dirigir una vez más nuestra mirada hacia el conjunto de las Misiones católicas.

A vosotros, venerables hermanos, pastores responsables de las tierras recién evangelizadas, que plantáis la Iglesia o la consolidáis a costa de tantos trabajos, quisiéramos que nuestra carta os llevara no solamente el testimonio de nuestra paternal solicitud, sino también la seguridad de que toda la comunidad cristiana, advertida de nuevo sobre la amplitud y dificultades de vuestra misión, se encuentra más que nunca a vuestro lado para sostenernos con sus oraciones, sus sacrificios y el envío de sus mejores



hijos. ¡Qué importa la distancia material que os separa del centro de la cristiandad! En la Iglesia, ¿no son acaso los más valientes y los más expuestos de sus hijos los que se hallan más vecinos a su corazón? A vosotros, una vez más, misioneros, sacerdotes del clero local, religiosos y religiosas, seminaristas, catequistas militantes seculares, a todos vosotros, apóstoles de Jesucristo, en cualquier lugar remoto e ignorado donde os encontréis, Nos renovamos la expresión de nuestra gratitud y de nuestra esperanza; perseverad con confianza en la obra emprendida, orgullosos de seguir a la Iglesia, atentos a su voz, cada vez más penetrados de su espíritu, unidos por los vínculos de una caridad fraternal. ¡Qué fuente de consuelo para vosotros, amados hijos, y qué seguridad de victoria, el pensar que la oscura y pacífica lucha que libráis al servicio de la Iglesia no es solamente vuestra, y ni siquiera de vuestra generación o de vuestro pueblo; es, en verdad, la lucha perenne de toda la Iglesia, en la que todos sus hijos han de sentir el deber de tomar parte más activamente, pues que son deudores, a Dios y a sus hermanos, del don de la fe recibido en el bautismo!

“Predicar el Evangelio no es para mí un título de gloria –decía el Apóstol de las gentes–, es una necesidad que me incumbe. ¡Ay de mí si no predicase el Evangelio!” (1Cor 9, 16). Estas enérgicas palabras,

¿cómo Nos, Vicario de Jesucristo, no habremos de aplicarlas a Nos mismo, que, por nuestro oficio apostólico hemos sido establecido en calidad de heraldo y de apóstol... con la misión de enseñar a las naciones paganas la fe y la verdad? (1Tm 2, 7).

Invocando, pues, sobre las misiones católicas el doble patrocinio de San Francisco Javier y de Santa Teresita del Niño Jesús, la protección de todos los santos mártires y,

sobre todo, la poderosa y maternal intercesión de María, Reina de los Apóstoles, dirigimos nuevamente a la Iglesia la imperiosa y victoriosa invitación de su Divino Fundador: *¡Duc in altum!* (Lc 5, 4).

Con la confianza de que todos los católicos responderán a nuestro llamamiento con generosidad tan ardiente que, por la gracia de Dios, las Misiones puedan por fin llevar hasta los confines de la tierra la luz del cristianismo y el progreso de la civilización, impartimos de todo corazón, cual prenda de nuestra paternal benevolencia y de los favores celestiales, a vosotros, venerables hermanos, a vuestros fieles, a todos y a cada uno de los heraldos del Evangelio, por Nos tan amados, nuestra bendición apostólica.

*Dado en Roma, junto a San Pedro,  
el 21 de abril de 1957  
en la festividad de la Resurrección de Nuestro Señor,  
año decimonono de nuestro pontificado.*





# Ponencias

Mi



# I

## Actualidad de la Encíclica *Fidei donum* del papa Pío XII

HENRYK HOSER, SAC  
*Secretario Adjunto de la Congregación  
para la Evangelización de los Pueblos y  
Presidente de las Obras Misionales Pontificias*

En el año 1990, a los veinticinco años de la conclusión del Concilio Vaticano II y de la publicación del decreto sobre la actividad misionera *Ad gentes*, quince años después de la Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi* de Pablo VI, su sucesor, Juan Pablo II, ha afirmado:

Quiero invitar a la Iglesia a un renovado compromiso misionero, siguiendo al respecto el Magisterio de mis predecesores. El presente Documento se propone una finalidad interna: la renovación de la fe y de la vida cristiana. En efecto, la misión –continúa el Papa– renueva la Iglesia, refuerza la fe y la identidad cristiana, da nuevo entusiasmo y nuevas motivaciones. ¡La fe se fortalece dándola! La nueva evangelización de los pueblos cristianos hallará inspiración y apoyo en el compromiso por la misión universal<sup>1</sup>.

El día de Pascua de 1957, Pío XII dirigió a todos los obispos del mundo un llamamiento serio y apremiante a favor de las misiones en África, en un momento histórico

---

<sup>1</sup> JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Redemptoris Missio*, 2.





en el que se preveía una inminente descolonización. Esta Encíclica, que en su momento fue muy conocida, hoy, sin embargo, lo es menos y ha sido casi substituida por los documentos y las fórmulas posteriores. Será útil presentar brevemente su contenido.

Tras el preámbulo (sobre el don de la fe que se irradia) siguen cuatro partes. La primera se concentra sobre la situación de la Iglesia en África, con algunos aspectos particulares: los resultados de la misión en el pasado, las tareas a realizar, el análisis de la situación existencial del continente, los desafíos que afrontar y la escasez de trabajadores en la mies. La segunda parte trata las apremiantes necesidades a las que debe concurrir toda la Iglesia, con el fin de encontrar soluciones además de asegurar el desarrollo espiritual y material de los pueblos de África. La tercera parte se detiene sobre la importancia del triple compromiso hacia las misiones que interpela a todos los católicos: la oración, la generosidad y el don de uno mismo. La parte final, breve, es una exhortación dirigida a todos los misioneros.

No es mi intención agotar la riqueza temática de la Encíclica, sino simplemente presentar algunas observaciones y consideraciones que prueban la actualidad, en ocasiones sorprendente, del texto pontificio.

Cincuenta años después de su publicación, es necesario volver una vez más a la dinámica de la Encíclica *Fidei Donum* del papa Pío XII. Esta dinámica se desarrolla internamente entre dos polos, dos puntos de referencia y de motivación, quedando siempre como motivo conductor el don de la fe. El Catecismo de la Iglesia Católica recuerda que:

La fe es una adhesión personal del hombre entero a Dios que se revela. Comprende una adhesión de la inteligencia y

de la voluntad a la Revelación que Dios ha hecho de sí mismo mediante sus obras y sus palabras. ‘Creer’ entraña, pues, una doble referencia: a la persona y a la verdad; a la verdad por confianza en la persona que la atestigua. No debemos creer en ningún otro que no sea Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo<sup>2</sup>.

Por tanto, la fe es siempre la base del ser misionero, una evidencia que permanece sin comentarios y que, conforme avanzan los debates entre los misionólogos, cada vez se olvida más. El diálogo entre las culturas y las religiones, la inculturación, los ejercicios semánticos, entendidos como método de la actividad misionera, por una parte, y, por otra, la proclamación del Reino de Dios, considerado como fin prefijado de la acción, han hecho perder de vista que el verdadero protagonista de la evangelización es la persona creyente que, inspirada por el Espíritu Santo, da testimonio sobre todo de su propia fe.

El primer polo, por lo tanto, es la fe. En la actividad misionera de la Iglesia, incluso en el compromiso de un misionero en particular y en lo concreto de su vida cotidiana, la motivación es una fuera motriz y causal. Su carencia tiene como origen un decaimiento del sentido del ser y del actuar como misionero, expuesto siempre a una larga serie de contrariedades.

El texto de la Encíclica *Fidei Donum* ofrece esta doble visión, es decir, la motivación que proviene de la conciencia teológica, y la que deriva del conocimiento contextual del tiempo y el ámbito del compromiso del misionero; en otras palabras, de su lectura de la situación ofrecida, encontrada y encomendada, por la Providencia Divina.

---

<sup>2</sup> *Catecismo de la Iglesia Católica*, 176-178.



La mención de la Providencia Divina nos recuerda siempre que no existe jamás la evangelización sin fe.

El don de la fe, al cual siguen en las almas por gracia de Dios tan incomparables riquezas, exige que sin cesar mostremos nuestra gratitud al Señor, su divino Autor. (...) ¿Qué ofreceremos, pues, al Señor a cambio de este don divino, además del homenaje de la mente, si no es nuestro celo en difundir cada vez más entre los hombres el esplendor de la verdad divina?<sup>3</sup>.

Queda claro, por tanto, que, como primer motivo del actuar del misionero, se presenta la actitud de gratitud, por respeto a Dios y a su prodigalidad, por la efusión del don recibido en abundancia (la gratitud es una actitud en la Escritura, por ejemplo, Tb 12, 6; Col 3,15 ss.). La fe, el inestimable don, condiciona “en cierto modo la primera respuesta de nuestra gratitud para con Dios, al comunicar a nuestros hermanos la fe que nosotros hemos recibido”<sup>4</sup>. La estructura dialógica de la motivación misionera, vista como respuesta, como reacción a los dones recibidos, encuentra un desarrollo posterior en el Decreto Conciliar *Ad gentes*:

El hombre debe responder al llamamiento de Dios, de suerte que no asintiendo a la carne ni a la sangre, se entregue totalmente a la obra del Evangelio, pero no puede dar esta respuesta, si no le mueve y fortalece el Espíritu Santo<sup>5</sup>.

Es muy importante insistir hoy en la motivación de fe del misionero, sin la cual los demás elementos constitutivos de la vocación misionera pierden su fundamento. Sin

---

<sup>3</sup> Pío XII, *Encíclica Fidei Donum sobre la situación de las misiones católicas especialmente en África*, 21 de abril de 1957. Citas según el *Enchiridion della Chiesa Missionaria*, EDB 1997, 272.

<sup>4</sup> FD, *ídem*, 273.

<sup>5</sup> *Ad gentes*, 24.

la fe resulta ilusoria la adhesión vital y comunitaria a las verdades reveladas por el Señor, como pide la *Evangelii Nuntiandi*, como también la adhesión “al Reino, es decir, al ‘mundo nuevo’, al nuevo estado de cosas, a la nueva manera de ser, de vivir juntos, que inaugura el Evangelio”<sup>6</sup>.

Sin la fe, la docilidad al Espíritu Santo, protagonista principal de la evangelización, se convierte en problemática. De hecho, tras el Concilio Vaticano II, el Magisterio de la Iglesia recuerda periódicamente el papel decisivo de la fe como primer paso hacia la misión. Refiriéndonos a la pregunta de Juan Pablo II, sobre el “¿para qué la misión?”, podemos dar una respuesta que surge de nuestra fe y de nuestra experiencia de la Iglesia: “abrirse al amor de Dios es la verdadera liberación. (...) La misión es un problema de fe, es el índice exacto de nuestra fe en Cristo y en su amor por nosotros”<sup>7</sup>. Con esta afirmación el Papa vuelve a lo esencial. La misión es sobre todo una necesidad del corazón y un deber, en ocasiones pesado, de la caridad.

Otro importante motivo del compromiso misionero es la visión y la conciencia de la Iglesia, como las desarrolla el autor de la Encíclica *Mystici Corporis*:

Como en nuestro organismo mortal, cuando un miembro sufre, todos los demás sufren con él, aportando los miembros sanos su ayuda a los que están enfermos, de igual forma en la Iglesia cada miembro no vive únicamente para sí, sino que ayuda a los demás y todos se ayudan recíprocamente para su consolación mutua, como también para un mejor desarrollo de todo el cuerpo<sup>8</sup>.

<sup>6</sup> *Evangelii Nuntiandi*, 23.

<sup>7</sup> *Redemptoris Missio*, 11.

<sup>8</sup> Carta Encíclica *Mystici corporis*: AAS 35 (1943), 200.



El papa Pío XII se dirige así a los obispos del mundo y, a través de ellos, a todos los potenciales misioneros, subrayando que la solidaridad en la Iglesia se basa en la caridad estimulante de Cristo. Se pueden encontrar afirmaciones parecidas también en las enseñanzas del actual papa Benedicto XVI, especialmente en la *Deus Caritas est*.

Una Iglesia solidaria, descrita como “fraternidad de Cristo” en la primera carta de Pedro (1Ped 2, 17 y 5, 9), como “Iglesia-hermana” según la tradición patristica<sup>9</sup>, también era vivida en los primeros siglos como *Ecclesia Mater*; una denominación amorosa de la que dan testimonio también los mosaicos del siglo IV en el África Proconsular.

La Iglesia es inseparable de Cristo. Quien ama a Cristo es sensible a su mandato dirigido a Pedro: “Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas” (Jn 21,16-18). La misión universal personalizada por el sucesor de Pedro implica a todos aquellos a los que se han transmitido las palabras del Señor: “Como el Padre me envió, así os envío yo” (Jn 20, 21)<sup>10</sup>.

Existe, por tanto, un nexo íntimo entre Cristo, la Iglesia y la evangelización. Mientras dure este tiempo de la Iglesia, es ella la que tiene a su cargo la tarea de evangelizar. Una tarea que no se cumple sin ella, ni mucho menos contra ella<sup>11</sup>.

Otra razón de motivación del misionero, que pertenece al polo teológico, es la catolicidad de la Iglesia, como afirma uno de los artículos de nuestro Credo.

El espíritu misional y el espíritu católico, (...) son una misma cosa. La catolicidad es una nota esencial de la verda-

---

<sup>9</sup> P. ej., Basilio de Cesarea, San Juan Crisóstomo.

<sup>10</sup> cf. *Fidei Donum*, 287.

<sup>11</sup> PABLO VI, *Evangelii Nuntiandi*, 16.

dera Iglesia: hasta tal punto que un cristiano no es verdaderamente afecto y devoto a la Iglesia si no se siente igualmente apegado y devoto de su universalidad, deseando que eche raíces y florezca en todos los lugares de la tierra<sup>12</sup>.

Nos llega, por tanto, una advertencia contra el individualismo que domina la cultura contemporánea.

Cuando se habla de la Iglesia, nada, pues, es más extraño a la Iglesia de Jesucristo que la división; nada es más nocivo para su vida que el aislamiento, que el concentrarse en sí misma<sup>13</sup>.

El papa Pablo VI, 18 años después, volvía a retomar esta advertencia en la *Evangelii Nuntiandi*, en la que el Papa advierte que:

... como demuestra la historia, cada vez que tal o cual Iglesia particular —a veces con las mejores intenciones, con argumentos teológicos, sociológicos, políticos o pastorales, o también con el deseo de una cierta libertad de movimiento o de acción—, se ha desgajado de la Iglesia universal y de su centro viviente y visible, muy difícilmente ha escapado —si es que lo ha logrado— a dos peligros igualmente graves: peligro, por una parte, de aislamiento esterilizador y también, a corto plazo, de desmoronamiento (...) y, por otra parte, peligro de perder su libertad... desgajada del centro (...) quedando sola frente a las fuerzas más diversas de servilismo y explotación.

Además,

... los cristianos más sencillos, más evangélicos, más abiertos al verdadero sentido de la Iglesia, —continúa Pablo VI— tienen una sensibilidad espontánea con respecto a esta dimensión universal (...) y sufren en lo más hondo de sí mismos cuando, en nombre de teorías que ellos no comprenden, se les quiere

<sup>12</sup> FD, 288.

<sup>13</sup> *Idem*, 288.



imponer una Iglesia desprovista de esta universalidad, Iglesia regionalista, sin horizontes<sup>14</sup>.

En este contexto es muy esclarecedora la afirmación de Pío XII: “Una comunidad cristiana que dona a sus hijos y a sus hijas a la Iglesia no puede morir”.

El espíritu misionero se basa en las virtudes teologales, que abren al cristiano al soplo del Espíritu Santo, en el que se fundamenta la Iglesia. Así, la vocación misionera y el mismo misionero, son el don de la fe –*Fidei Donum*. Por analogía, podemos decir, sin riesgo a equivocarnos, que el “triple deber misionero”, desarrollado ampliamente por el autor de la Encíclica<sup>15</sup>, es el fruto del Espíritu y se presenta como una manifestación, una exteriorización personalizada de la dilatación del corazón humano. Este triple deber está constituido por la oración, la generosidad y el don de uno mismo. Es necesario precisar que la animación misionera ofrecida en la Iglesia a través de las Obras Misionales Pontificias se suele articular en estos tres dones, orientaciones y líneas de crecimiento comunitario y personal. El término “a quo” de la acción misionera, a nivel operativo, es precisamente el don de uno mismo, que expresa el deseo ardiente del Señor: “Nadie tiene un amor más grande que este: dar la vida por sus amigos” (Jn 15,13). Este don es lo más grande, más grande que todo. “Sal de tu país, de tu familia y de la casa de tu padre a la tierra que yo te mostraré” (Gn 12,1). En pocas palabras, se trata de una vocación muy antigua, que se remonta a Abraham, el padre de los creyentes.

El don del misionero no pierde su actualidad y necesidad en el mundo de hoy, incluso ocurre lo contrario: cuando “una libre circulación de personas y de bienes” se

---

<sup>14</sup> PABLO VI, *Evangelii Nuntiandi*, 64.

<sup>15</sup> N° 289.

ha convertido en la regla de la mundialización, los contactos se muestran como una nueva apertura a la catolicidad de la Iglesia. La capacidad de ser corresponsable de toda la Iglesia se considera como un signo y una prueba de la madurez de las Iglesias particulares, cuando el Cuerpo Místico, edificado de esta forma, alcanza la plenitud de su madurez en Cristo (cf. Ef 4, 13). “Si quieres amar a Cristo –decía San Agustín–, difunde la caridad por toda la tierra, porque los miembros de Cristo están en el mundo entero”<sup>16</sup>.

El segundo polo, antropológico este, fuente también de motivación, es el estado del mundo. Esta mirada siempre compasiva del Señor la encontramos con frecuencia en el Evangelio:

Entonces Jesús llamó a sus discípulos y les dijo: “Siento compasión por esta multitud: me siguen desde hace tres días y no tienen nada que comer. No les quiero despedir en ayunas, no sea que desfallezcan en el camino” (Mt 15, 32).

Y decía a las multitudes:

Cuando veis una nube aparecer en el horizonte pronto decís: va a llover, y así ocurre. Y cuando sopla el viento del desierto, decís: hará calor, y así ocurre. ¡Hipócritas! ¿Sabéis juzgar el aspecto del cielo y de la tierra, y no sabéis juzgar este tiempo? (Lc 12, 54-56).

De igual forma, la lectura de diversos textos del Magisterio de la Iglesia ofrece un análisis de las situaciones de la humanidad entera, de las gentes de cada continente, país y región. En ocasiones se habla de las situaciones existenciales de diversas categorías de personas: en-

<sup>16</sup> *In Ep. Johannis ad Pathos*, tr. X, n. 8: PL 35, 2060, cit. por *Fidei Donum*, 286.





fermos, niños, mujeres, profesionales, juventud, etc. De igual forma la metodología de la constitución sobre la Iglesia en el mundo actual, *Gaudium et Spes, Luctus et Angor*, que desarrolla una doble visión: las luces y las sombras de la situación que se vive.

La primera exigencia que el Señor pone a sus discípulos es la de mirar y saber valorar el ambiente de vida, las fuerzas disponibles, la de estar despiertos y vigilantes y saber leer con inteligencia los signos de los tiempos.

Esta inteligencia caracteriza todo el documento magisterial escrito hace 50 años. En el preámbulo encontramos una mirada lúcida al mundo a evangelizar. Hablando del “fervor apostólico de los cristianos”, el Papa indica las direcciones de su aplicación, también hoy, siempre de actualidad:

Oriéntese este fervor hacia las regiones descristianizadas de Europa y hacia las vastas regiones de América del Sur, donde sabemos que las necesidades son grandes; póngase al servicio de tantas importantes misiones de Asia y Oceanía, allí sobre todo donde el campo de lucha sea difícil; sostenga fraternalmente a los miles de cristianos, particularmente amados por nuestro corazón, que son honor a la Iglesia porque conocen la bienaventuranza evangélica de los que sufren persecución por la justicia (Mt 5,10)<sup>17</sup>.

La atención del documento sobrepasa la noción de misión ligada al territorio o al espacio “canónico”<sup>18</sup> tan conocido de las Iglesias orientales. Pío XII se refiere así a la gente descristianizada, a los que carecen de la justicia y

---

<sup>17</sup> *Fidei Donum*, 274.

<sup>18</sup> JOSEPH LÉVESQUE, «Quelques problèmes de vocabulaire: mission, missions, évangélisation. Vers un approfondissement», en: *Séminaires et esprit missionnaire, Bulletin de Saint-Sulpice*, n° 17, Paris 1991.

de su dignidad humana, etc., aspecto este que ha desarrollado después Juan Pablo II<sup>19</sup>. El criterio territorial sigue siendo válido. Afirma el Papa: “El criterio geográfico, aunque no muy preciso y siempre provisional, sigue siendo válido todavía para indicar las fronteras hacia las que debe dirigirse la actividad misionera”. Existen mundos y fenómenos sociales nuevos, existen áreas culturales y areópagos modernos<sup>20</sup>. La Encíclica *Fidei Donum* alude a este nuevo desarrollo de la conciencia misiológica y a la tendencia al cambio del mundo.

El análisis de “La situación de la Iglesia en África” que nos ofrece la Encíclica, si bien histórico, no es por ello menos perspicaz. El Pontífice observa el progreso del Evangelio en el continente, el rápido aumento del número de católicos, la multiplicación de las circunscripciones eclesiásticas y la africanización de los obispos y sacerdotes. “Legiones de apóstoles, sacerdotes, religiosos y religiosas, catequistas y colaboradores seculares, han conseguido tan consoladores resultados”<sup>21</sup>. El Papa no esconde, sin embargo, las difíciles condiciones generales en las que se desarrolla la obra de la Iglesia en África. Sorprende que cincuenta años después estemos de acuerdo con sus valoraciones: “La mayor parte de esos territorios están pasando por una fase de evolución social, económica y política, que está saturada de consecuencias para su porvenir”<sup>22</sup>. Atribuye al materialismo ateo presente en África...

... su virus de división, atizando las pasiones, enfrentando a pueblos y razas unos contra otros, aprovechando auténticas

<sup>19</sup> *Redemptoris Missio*, 37.

<sup>20</sup> *Ídem*.

<sup>21</sup> *Fidei Donum*, 276.

<sup>22</sup> *Ídem*, 277.



dificultades para seducir los espíritus con fáciles espejismos o para sembrar la rebelión en los corazones”<sup>23</sup>.

Los últimos años han confirmado plenamente su diagnóstico. ¿Cómo no compartir su parecer cuando afirma que...

... varias, por otro lado, son las causas de ello: a menudo se trata de causas históricas recientes, y no siempre le ha sido ajena la actitud de naciones que, sin embargo, se glorían de su pasado cristiano<sup>24</sup>?

Hoy los cristianos del mundo entero se enfrentan a la nueva situación global creada, en su mayor parte, en los países materialmente desarrollados del “primer mundo” que impone los paradigmas y los valores de la ética global –el nuevo sistema ético–, esencialmente anticristianos y neopaganos<sup>25</sup>.

El papa Pío XII escribe al final:

Invocando, pues, sobre las misiones católicas el doble patrocinio de San Francisco Javier y de Santa Teresita del Niño Jesús, la protección de todos los santos mártires y, sobre todo, la poderosa y maternal intercesión de María, Reina de los Apóstoles, dirigimos nuevamente a la Iglesia la imperiosa y victoriosa invitación de su Divino Fundador: ¡*Duc in altum!* (Lc 5,4).

Su sucesor, el siervo de Dios, Juan Pablo II, nos introduce en el tercer milenio con el mismo llamamiento.

---

<sup>23</sup> *Ídem*, 278.

<sup>24</sup> *Ídem*, 279.

<sup>25</sup> cf. MARGUERITE A. PEETERS, *La nuova etica globale: sfide per la Chiesa*.

## II

# Todas las Iglesias para todo el mundo

VITO DEL PRETE, PIME

*Secretario General de la Pontificia Unión Misional*

El tema de la Jornada Misionera Mundial se centrará en el lema “Todas las Iglesias para todo el mundo”, que constituye el contenido y el título del Congreso Internacional *Fidei Donum*, que ha tenido lugar en Roma al inicio del mes de mayo.

Es un tema que el Papa ha indicado y elegido para conmemorar, relanzar y actualizar la realidad misionera *Fidei Donum*, que es la expresión más comprensible, inmediata y eficaz de la responsabilidad que todas las Iglesias tienen ante el mandato misionero de Cristo.

“Todas las Iglesias para todo el mundo”, se puede traducir así: a la Iglesia, a todas las Iglesias particulares y a todos en la Iglesia les ha sido confiada la tarea de evangelizar las *gentes* hasta los extremos confines de la tierra.

Los elementos que definen el contenido de la Jornada Misionera Mundial son dos: todas las Iglesias – todo el Mundo. Se trata de la universalidad de la misión que Cristo ha confiado a su comunidad, universalidad de los sujetos misioneros y universalidad de los destinatarios de la evangelización. En el fondo, se dice que toda la Iglesia y todas las Iglesias tienen como tarea prioritaria, absoluta, justificante de su propia existencia y actividad, sólo una:



ir y anunciar el Reino de Dios, venido en Cristo, Salvador del Mundo, en un modelo de comunión misionera entre todas las comunidades diseminadas entre los pueblos del planeta.

Esta es la conciencia y el impulso que el Vaticano II y la praxis eclesial de este último siglo han impulsado.

La reflexión del Vaticano II ha tenido siempre presente, más aún, ha sido inspirada precisamente por estos dos polos –Iglesia-Mundo–, para dar una respuesta al interrogante existencial que continúa siendo la inquietud de todos los que se preocupan por el Reino de Dios y la plena realización de la humanidad que Dios ha querido e imaginado: Iglesia, ¿cuál es tu misión? Pero para responder a esta pregunta, es necesario antes comprender la naturaleza de la Iglesia y el porqué de la misión. Y esto ha sido posible gracias a una relectura de toda la historia de la salvación, de la que Cristo es la realización.

## 1. Algunos puntos fundamentales

- *Cristo es la luz de las gentes.* La Iglesia no brilla por luz propia, no tiene en sí misma su ser y su consistencia, sino que depende absolutamente de Cristo, que debe ser su constante punto de referencia, apoyándose en la irradiación de su luz. La Iglesia es el organismo vivo a través del cual Cristo continúa su misión salvadora en nombre de su Padre con la fuerza del Espíritu Santo.

- *Esta Iglesia existe para la humanidad.* Como comunidad convocada por la Trinidad, la Iglesia es la voz doxológica de la humanidad y del universo; es el signo o sacramento de la humanidad salvada (pueblo santo de Dios, un reino de sacerdotes) que debe testimoniar y proclamar la

salvación de Dios (pueblo de profetas). Pero lo debe hacer a la manera de Dios, que ha enviado a su Hijo, que ha tomado carne humana de María, ha descendido a las raíces más oscuras y limitadoras de la humanidad, compartiéndolo todo, incluido el abandono de su Padre, el cual lo ha entregado a la muerte en la cruz.

- *Toda la Iglesia, en sus presencias culturales e históricas, está consagrada a la misión.* Es siempre una Iglesia local, una comunidad concreta, histórica, de discípulos, quien ora, anuncia, interpela y, a la luz de su Señor, ilumina y se integra en el curso de la historia de la humanidad, para estar en medio de todos los pueblos. La Iglesia local es la Iglesia universal que pone su tienda entre la gente.

- *Esta Iglesia local es el pueblo elegido de entre las gentes, convocado en la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.* Los Romanos son llamados por Jesucristo de entre las gentes, son hijos queridos de Dios y santos por vocación (Rm 1, 1); los Corintios son santificados en Jesucristo, llamados a ser santos (1Cor 1, 2); los Tesalonicenses han sido elegidos por Dios de entre las gentes (1Tes 1, 4); “Yo tengo un pueblo numeroso en esta ciudad” (Hch 18, 10). El discurso de Santiago a la asamblea de Jerusalén ofrece todavía más luz. Los cristianos son el pueblo consagrado; Dios ya al principio intervino “para procurarse entre los gentiles un pueblo para su Nombre” (Hch 15, 14); los cristianos son consagrados por el Bautismo, que les hace un pueblo santo, consagrado.

Los bautizados son consagrados como casa espiritual y sacerdocio santo por la regeneración y por la unción del Espíritu Santo, para que por medio de todas las obras del hombre cristiano ofrezcan sacrificios espirituales y anuncien las maravillas de quien los llamó de las tinieblas a la luz admirable (LG 10).



Por eso el Vaticano II afirma que “se da una verdadera igualdad entre todos en lo referente a la dignidad y a la acción común de todos los fieles para la edificación del Cuerpo de Cristo” (LG 32).

Todos participan en la misión salvífica de la Iglesia, a la que Cristo mismo les ha destinado. Cada Iglesia y cada uno son, juntos, testigos e instrumentos vivos de la misma misión “a la medida del don de Cristo” (Ef 4, 7) (LG 33).

Es una llamada directa de Cristo a la corresponsabilidad de la misión, en la multiplicidad de los dones del Espíritu.

“El Espíritu se manifiesta en la Iglesia local” (1Cor 14) con una riqueza de carismas por medio de los cuales el único Espíritu da a cada fiel la llamada y la responsabilidad de la misión, en el proceso de la nueva creación, a la que tiende toda su actividad. Es el Espíritu quien da la eficacia a los ministerios necesarios para la misión, los une, los ordena y los preserva.

Cada miembro de la comunidad está dotado de carismas y de ministerios, no sólo cuando está reunido con la comunidad, sino también cuando se encuentra en el mundo. La llamada y la responsabilidad de la misión es para todos, no se encuentra vinculada al sexo, ni al estado de vida, porque esta llamada convierte la situación particular de la persona al servicio del Reino de Dios. Cada uno debe dar a la Iglesia y a la edificación del Reino de Dios todo cuanto tiene y puede hacer. Toda capacidad y potencialidad humanas se pueden poner al servicio del ministerio cuando se usan en Cristo.

Por eso es tremendamente verdad el hecho de que si la Iglesia pierde de vista la misión, se marchita, y sus miembros se convierten en miembros pasivos y apáticos. La Iglesia se tiene de pie o cae en la misión.

## 2. Lectura de la historia

a. Hoy, el Cristianismo se encuentra en Europa en la situación de tener que justificar su existencia.

El proyecto de vida cristiano se ve continuamente desdeñado y amenazado; en muchos ambientes públicos es más fácil declararse agnóstico que creyente; se tiene la impresión de que lo obvio es no creer, mientras que creer requiere una legitimación social que no es indiscutible ni puede darse por descontada. [...] En la raíz de la pérdida de la esperanza está el intento de hacer prevalecer una antropología sin Dios y sin Cristo. [...] La cultura europea da la impresión de ser una apostasía silenciosa (*Ecclesia in Europa* 7. 9).

El hombre ha realizado casi en todas partes una escisión con su mundo cultural y religioso y se ha encontrado en un vacío. Ha extraviado su identidad profunda y se ha convertido en un número que no quiere ser descodificado. Quiere construirse su ciudad terrena, con leyes según su conveniencia, reivindicaciones o exigencias individuales, hechas pasar casi siempre por derechos humanos. No acepta un punto de referencia universalmente válido, sea Dios o la naturaleza del ser humano. El hombre se convierte en un ser en construcción sin rostro, sin ningún asidero ni meta, zarandeado por diferentes corrientes, sin saber dónde se encuentra su punto de amarre.

La situación de la humanidad en esta transformación epocal se presenta confusa, equívoca, contradictoria, indescifrable. Solidaridad e injusticia internacional; aspiración a la paz y producción y ventas de armas; ayudas a los países del tercer mundo y explotación injusta e indiscriminada de sus riquezas naturales; práctica del aborto y averción radical contra cualquier forma que tienda a negar la vida; diálogo e intolerancia y guerras culturales y religio-





sas; fundamentalismo religioso y abandono de las religiones..., conviven en nombre de los mismos principios de libertad, de igualdad.

El hombre quiere ser creador de sí mismo, sucumbiendo a la reiterada tentación de arrogarse la prerrogativa divina. Tenemos aquí no solamente la fractura entre fe y cultura, sino el rechazo práctico de la fe en nombre de la “omnipotencia” humana.

El hombre ha quedado empobrecido de su realidad fundante; ya no tiene más perspectivas, sino aquellas de su limitada realidad. Está resignado a vivir el presente, más allá del cual no ve o no quiere atisbar el futuro.

Por eso, nuestra generación se caracteriza por la angustiosa búsqueda de sentido y se inventa su religión. Pero, como Agustín de Hipona, su corazón está inquieto hasta que no encuentre el agua viva que saciará su sed y le dé la esperanza en su futuro y en el del universo.

b. Pero la crisis se amplía, llega a ser trágica, ante los males globales que afligen la humanidad, que, como una lastra, desafían la voluntad de esperanza. Lo experimentamos cotidianamente en nuestra misma carne. Lo que más sorprende nuestra sensibilidad humana son los millones y millones de personas, especialmente en el tercer mundo, que se encuentran oprimidas por el hambre, la violencia, la enfermedad, la explotación, las catástrofes naturales que cosechan miles y miles de víctimas. Uno se siente impotente para derrotar las causas de esta continua tragedia humana. Parece que nada puede detener el curso de la economía de mercado, que persigue exclusivamente el provecho y determina progresivamente la concentración de grandes capitales en manos de pocos, las grandes y las pequeñas guerras, los regímenes opresivos de tantas naciones y el desprecio de la vida humana. Todo esto, nosotros lo llamamos hoy, con una

denominación siniestra, “concentración de los poderes fuertes”, contra los cuales es difícil combatir.

La presencia y la actividad de la Iglesia en el mundo, según el modelo y por la misión que ha recibido de Cristo, están orientadas a conducir esta humanidad desde la dispersión, la desigualdad y el odio, a la paz y la unidad, hasta el día en que Cristo sea todo en todos y las presentará al Padre. Ésta es la misión histórica de la Iglesia. Esta es la profecía que contiene su peregrinar con la humanidad a través del tiempo. La Iglesia es signo, instrumento de la comunión entre Dios y los hombres y de los hombres entre sí. La Iglesia debe caminar por los caminos del mundo para llamar adentro, en la única morada de Dios, a los lejanos y dispersos. Sería verdaderamente traicionar su identidad y su propio servicio ministerial si, teniendo la puerta abierta, no se esforzara en todos los modos posibles, para que los otros entren y encuentren refugio. La Iglesia es, y debe llegar a ser efectivamente cada vez más, el edificio, la casa común de Dios (cf. 1Cor 3, 9), a la que todos los hombres están destinados. Es una misión de amor.

Esta misión se encuentra en crisis y, al mismo tiempo, es más urgente, cuando los pueblos, y especialmente los que temen a Dios, sufren a causa de catástrofes, pérdida de libertad, injusticia, que hacen dudar de la validez misma del mensaje religioso que propone. La situación de crisis determina la misión. Es una constante de la acción de Dios y de los acontecimientos humanos.

La crisis profunda del presente reproduce connotaciones y características análogas a la de los primeros siglos del cristianismo.

c. Encargados del ministerio profético-misionero. A Juan, el autor del *Apocalipsis*, le corresponde la tarea de interpretar este momento histórico —“las cosas que deben



suceder muy pronto”—, la misión de la Iglesia (las siete Iglesias) y el fundamento de la esperanza de salvación para la comunidad cristiana y de toda la humanidad. Es el Cristo, el Primero y el Último, el Viviente, el que estaba muerto, pero ahora vive para siempre y tiene poder sobre la muerte y sobre los infiernos. “Aquél que es, que era y que va a venir, el Todopoderoso” (Ap 1, 8). Él es el Resucitado que guiará la humanidad hacia cielos nuevos y tierras nuevas, donde ya no habrá ni muerte ni lágrimas, donde Dios será todo en todos, en el Reino de paz y de justicia.

De la misma manera, a la Iglesia le corresponde hoy la tarea de interpretar los signos de los tiempos y de anunciar a todos el Evangelio, fuerza de Dios que salva. Por lo que es totalmente cierto que:

... el mandato misionero nos introduce en el tercer milenio invitándonos a tener el mismo entusiasmo de los cristianos de los primeros tiempos. Para ello podemos contar con la fuerza del mismo Espíritu, que fue enviado en Pentecostés y que nos empuja hoy a partir animados por la esperanza “que no defrauda” (NMI 58).

Nosotros creemos que solamente Cristo, que ha inaugurado y realizado el Reino de Dios, es la salvación que Dios ha preparado para la humanidad.

### 3. Creación de Iglesias locales

La actividad evangelizadora tiende a crear Iglesias locales, que constituyen el lugar donde el Reino de Dios se hace presente y visible en medio de los hombres y les inflama con el fuego de la misión. Los discípulos, que se reúnen en la celebración de la Eucaristía, hacen presente la compasión de Dios que Jesús mostró en su misión mesiánica. La Iglesia, que “es hecha” por la Eucaristía, y que ha

experimentado el Reino de Dios, es la levadura, el fermento, la sal, la luz para todas las naciones.

La suya es una misión de comunión. Ella misma está en comunión con el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo, y es reunida de todos los lugares alrededor del Cuerpo de Cristo.

A los gérmenes de disgregación entre los hombres, que la experiencia cotidiana muestra tan radicados en la humanidad a causa del pecado, la Iglesia local contrapone la fuerza generadora de unidad del cuerpo de Cristo.

Esta es la misión urgente que está llamada a realizar hoy, en un mundo que, aunque sometido a un proceso de globalización económica, se encuentra atravesado por conflictos, violencia, discriminación, en el que no faltan grupos que, en nombre de Dios, sienten el odio y la violencia. Esta misión debe encontrarse en continuidad con la misión de Cristo, el cual ha venido a reunir a los hijos dispersos. Y lo ha hecho sirviéndose, no de los medios de la lógica humana, como el poder, o la riqueza, sino sacrificándose a sí mismo, dando la vida por la humanidad. Y de su camino y de su vida ha hecho la carta magna de su Iglesia. El Reino de los cielos, ha dicho, es de los pobres, de los sencillos, de los que sufren persecución y muerte por causa de la justicia y del Reino de Dios. La Iglesia, pues, evangeliza esta humanidad cuando sigue el camino y la vida de Cristo. La Iglesia no quiere imponer, ni busca ningún interés propio, sino que pide solamente servir a la humanidad, testimoniando y anunciando la cultura de Dios, para que esta humanidad llegue a ser una en la fraternidad, en la solidaridad, en vínculo de amor que debe llegar a ser la ley universal de la convivencia entre los pueblos.

La Iglesia está llamada a ser solidaria con la historia humana. Por esta, la Iglesia dialoga con esta humanidad, porque forma parte de ella y comparte su misma suerte.



Debe leer e interpretar, bajo la guía del Espíritu Santo, lo que Dios Padre ha realizado y continúa realizando entre los pueblos, que nunca ha abandonado. La Iglesia, en cuanto promotora de comunión, está llamada a reunir cuanto el Espíritu del Señor, desde el inicio de la creación, ha sembrado en las culturas y en las religiones. Por eso la Iglesia no rechaza nada de cuanto verdadero y santo se encuentran en ellas. El *ad gentes* sitúa a la Iglesia en una situación que nos gusta calificar de frontera, tanto geográfica como de la humanidad. La misión *ad gentes* nos sitúa de hecho en el centro del drama concreto de la humanidad, a la que se debe anunciar la novedad del Reino de Dios y en la que se debe realizar la sociedad alternativa, según los imperativos radicales del Evangelio. Es una misión *in fieri*, no sólo porque la evangelización durará todo el tiempo de la Iglesia, sino también porque no soporta ni métodos ni reglas fijas. Está constantemente abierta a las indicaciones del Espíritu y al contexto histórico de los grupos humanos. La misión es creatividad continua, está sujeta, por eso, a revisión de mentalidad y de metodologías, a renovación.

Esta misión es de todas las Iglesias, de todas las comunidades, y les corresponde a todos los miembros del Pueblo de Dios. Pero les corresponde ante todo a las Iglesias locales, en las que y por las que subsiste la Iglesia universal. Es una misión que tiene como modelo, metodología y camino la comunión entre las Iglesias, en la unidad del Cuerpo místico de Cristo. Quien se encuentra en las lejanas selvas de África o del Amazonas, sabe que está en comunión profunda con quien vive en Roma.

La misión es, pues, un asunto de todas las comunidades, que, como vasos comunicantes, comparten personas y recursos para la única Iglesia universal. Todas las Iglesias, juntas, en misión.

## 4. El Padre Manna

El Beato P. Paolo Manna, en su folleto “Le nostre Chiese e la propagazione della fede” editado en los años ‘50, exclamaba:

Quizás a alguien le parezca una novedad oír decir que a nuestras diócesis, bajo la guía de sus Pastores, les corresponde, junto con el Santo Padre, el deber de promover con los mejores medios posibles, la difusión del Reino de Cristo en el mundo. Pero, si los Pastores se desinteresan, ¿a quién le compete este deber? Para un obispo, favorecer directamente las misiones no es un asunto de libre elección, como podría serlo para un simple misionero, sino que es parte integrante de su misión de pastor de la Iglesia. [Aunque] la jurisdicción de un obispo se restringe a los límites de la respectiva diócesis, la misión primordial que Jesucristo les ha conferido está lejos de ser cumplida, y no ha perdido, pues, nada de su obligatoriedad (págs. 4-5).

Las misiones extranjeras no podían ser asunto o tarea de pocos hombres o institutos. La Iglesia entera debe expresar su naturaleza en la obra de evangelización a los no cristianos. El problema no era sólo dar a conocer cuanto se hacía en los países de misión, sino, sobre todo, impulsar a las Iglesias locales, con sus obispos y sacerdotes al frente, a asumir esta tarea importante y prioritaria. Manna siente la abulia por todas partes. Los obispos lamentan la escasez de clero, problemas insolubles a nivel de diócesis. Hace que el problema explote. “Todas las Iglesias para todo el mundo”. Esto no es un lema interesante, sino la íntima y profunda convicción que toca la naturaleza misma de la Iglesia, que en términos conciliares se expresa con la célebre frase: “la Iglesia es misionera por su misma naturaleza”. El Vaticano II sistematizó y dio autoridad a estas indicaciones.



Es tiempo de dar vida y concreción a esta Iglesia, que el Vaticano II y el sucesivo magisterio oficial ha descrito en su naturaleza y en su misión. Los documentos conciliares en los que más se nota esta fuerza universal son *Lumen Gentium*, *Gaudium et Spes* y *Ad gentes*. En estos, la evangelización emerge como la categoría fundamental de la naturaleza de la Iglesia. Está presente y orienta todos los sectores de su actividad, de las personas y de las tareas que están llamados a desarrollar. No existe una única categoría de personas a la que se le haya dejado de lado: Papa, obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas, contemplativos; no hay sectores de la pastoral que no hayan sido caracterizados por la dimensión misionera, como la pastoral sacramental, la catequesis, la caridad, en una palabra, toda la vida y las actividades de la comunidad cristiana. Por lo que el aforismo “la Iglesia es misión” caracteriza a la Iglesia surgida del Vaticano II y sintetiza su razón de ser.

Ahora ya es común la convicción de que una persona, una diócesis, una orden o una congregación religiosa no son verdaderamente auténticas si no se ubican en la estela de la *missio ad gentes*.

En nuestro tiempo ha nacido un fuerte movimiento misionero: han recibido un gran impulso los sacerdotes *Fidei Donum*, las órdenes contemplativas han establecido comunidades en territorios de misión, miles de laicos y de laicas y de núcleos familiares han partido hacia otras Iglesias y han surgido movimientos eclesiales con un fuerte impulso misionero.

Se han multiplicado las Iglesias locales provistas de Obispo, clero y personal apostólico propios; se va logrando una inserción más profunda de las comunidades cristianas en la vida de los pueblos; la comunión entre las Iglesias lleva a un intercambio eficaz de bienes y dones espirituales; la labor

evangelizadora de los laicos está cambiando la vida eclesial; las Iglesias particulares se muestran abiertas al encuentro, al diálogo y a la colaboración con los miembros de otras Iglesias cristianas y de otras religiones. Sobre todo, se está afianzando una conciencia nueva: la misión atañe a todos los cristianos, a todas las diócesis y parroquias, a las instituciones y asociaciones eclesiales (RMi 2).

A los que dicen que la *missio ad gentes* ha cumplido ya su tiempo, pedimos que amplíen su mirada a toda la Iglesia y se darán cuenta de que la *missio ad gentes* se ha convertido en tarea de cada fiel, de cada comunidad cristiana, de cada Iglesia local.

## 5. Una mirada a la situación

En verdad, después del entusiasmo y de las aperturas de la primera hora que suscitó el Vaticano II, parece que atravesamos un período de estancamiento, del que *Redemptoris Missio* es intérprete cualificado, enfocando los obstáculos externos e internos de la misma Iglesia, “han debilitado el impulso misionero de la Iglesia hacia los no cristianos, lo cual es un hecho que debe preocupar a todos los creyentes en Cristo” (RMi 2).

Subsiste una tendencia, más bien grave, que atenaza a las Iglesias particulares a encerrarse en sí mismas, preocupadas por sus necesidades y confrontadas con los desafíos nada fáciles que la humanidad presenta al cristianismo. Las diócesis, especialmente las de antigua fe, se sienten como castillos asediados, cierran las propias filas, se cuentan, se dan una mejor organización para bloquear el desangre de las propias comunidades cristianas. “La misión está aquí”, se siente repetir a muchos obispos preocupados.





Pero la experiencia nos dice que, así, no van demasiado lejos, porque el único remedio para volver a dar vida a las comunidades cristianas es la *missio ad gentes*. La fe se fortalece dándola. Si una diócesis o una comunidad cristiana no se ponen en la estela de la evangelización, se encuentran en una crisis de fe.

El Vaticano II ha respondido, no haciendo un tratado de eclesiología y de misionología, sino llamando en causa, redefiniendo y recalificando los ministerios en la Iglesia.

## 6. Iglesia local y obispo

El obispo está llamado a ejercer su mandato misionero en virtud de la apostolicidad de la Iglesia. El Concilio Vaticano II ha realizado un importante cambio de acento en favor de la importancia de la Iglesia local, pero, al mismo tiempo, ha atribuido una dimensión universal a la responsabilidad pastoral de los obispos, en cuanto componentes del colegio episcopal que sucede al colegio apostólico en la misión que Cristo le ha confiado. El obispo debe ver en su Iglesia particular “la imagen de la Iglesia universal”, porque la una y única Iglesia católica se constituye en, y desde las Iglesias locales. De esto se deduce, pues, que el ministerio episcopal, si está vinculado a la génesis, al desarrollo y a los dinamis-mos de crecimiento de la comunidad concreta, por la naturaleza misma de la comunidad, que es esencialmente católica, está llamado a un servicio que no puede quedarse encerrado entre las paredes de una única comunidad cristiana. Ha sido puesto al servicio de la comunión entre las Iglesias y esto determina esencialmente incluso su servicio pastoral. Debe haber, por decirlo así, dos almas del ministerio episcopal: pastor local y pastor itinerante, y dos perspectivas: la de la Iglesia constituida y la de la Iglesia que hay que fundar.

Se debe sentir la tradición apostólica como el lugar del que nacen los sacramentos y a cuyo alrededor la comunidad se reúne para la meditación de la Palabra de Dios, su oración y la animación de su comunión; pero también, más aún, como el fermento del mundo y la animación de su historia, en la indicación del camino que conduce hacia el Reino.

La *missio ad gentes* es parte constitutiva de la Iglesia local, porque es fundamental para toda la existencia cristiana. Por eso debe vivificar, orientar y determinar toda otra actividad. Aun siendo específica, debe ser como la levadura que hace crecer y confiere autenticidad a los diferentes ámbitos de la pastoral. De hecho:

No es fácil definir los confines entre atención pastoral a los fieles, nueva evangelización y actividad misionera específica, y no es pensable crear entre ellos barreras o recintos estancados (RMi 34).

La misión es el paradigma de toda la actividad pastoral, lo que quiere decir que catequesis, caridad, sacramentos, no son plenamente auténticos si no se encuentran animados, vivificados, actualizados o celebrados con la intencionalidad y en vistas de la *missio ad gentes*, la categoría que unifica todas las expresiones de la misión de la Iglesia. Sólo así la comunidad diocesana será formada y animada a realizar en su propio terreno, y fuera de los propios confines eclesiales y culturales, las multiformes y múltiples actividades de evangelización —como el anuncio, la promoción humana, el diálogo, la ayuda a las jóvenes Iglesias—, tal como se enumeran en la *Evangelii Nuntiandi* y en la *Redemptoris Missio*.

Es en esta visión global y unificadora donde el ministerio episcopal puede encontrar una definitiva dimensión y realización misionera, superando el obispo la aparente



contradicción de ser pastor de una determinada comunidad y el deber de predicar el Evangelio hasta los extremos confines de la tierra.

“No es una gloria para mí predicar el Evangelio”, decía san Pablo. Para un obispo, ser misionero no debería constituir un título de mérito, casi un valor añadido a su personalidad, sino una humilde e imprescindible deuda que ha adquirido con la imposición de las manos.

La crisis que atenaza las Iglesias occidentales y la fase de estancamiento que algunos registran en las Iglesias jóvenes, se deben precisamente al hecho de que la evangelización aparece como opción prioritaria en los planes pastorales, pero no vivifica ni determina toda la realidad.

Efectivamente, en las Iglesias de antigua tradición, permanece un estilo pastoral de conservación, aunque actualizado y sofisticado y tiende a atajar el abandono de la comunidad cristiana por parte de tantos fieles. Es verdad, se procura dar un aspecto nuevo a la liturgia, a la catequesis, a las actividades caritativas, a crear comisiones y subcomisiones, grupos, con el intento de que hagan suya la identidad cristiana. Pero se olvida que la sustancia de la identidad de la Iglesia la constituyen dos elementos fundamentales: la fe en el misterio de Dios, que Cristo ha revelado y realizado, y la misión de testimoniarlo y anunciarlo al mundo, hasta que Él venga.

## **7. El deber de cada Iglesia de “estar en misión” ...**

Minoría, en una época de transformaciones mundiales, de descristianización y de confrontación con otras culturas y religiones, la Iglesia local se encuentra, de

hecho, en un ambiente y en un mundo que hay que evangelizar. Las gentes se encuentran en el territorio de cada diócesis.

Está puesta como centinela, que anuncia el Dios que viene, como profeta, que interpreta la historia de la humanidad a la luz de Dios, como sacramento de Cristo, Supremo Pastor, en el acto supremo de donación para la salvación de todos los hombres.

Como Pablo apóstol, tiende esencialmente hacia los lejanos, aquellos que todavía no conocen a Cristo, y todavía no han experimentado la paternidad de Dios. Serán las amplias clases de no-creencia, serán los emigrados o los fieles de otras religiones presentes en el propio territorio, la cultura de violencia y atropello, que se opone al Evangelio y a la dignidad del hombre, la explotación de las personas, las nuevas capas de pobreza, y también ciertas formas de esclavitud religiosa y cultural. La existencia y la actividad de la Iglesia, que el Obispo preside, son para esto. “La cooperación misionera se abre hoy a nuevas formas, incluyendo no sólo la ayuda económica, sino también la participación directa” (RMi 82).

Al Obispo se le pide:

Promover, dirigir y coordinar la actividad misionera. [...] La actividad apostólica no se limite tan sólo a los convertidos, sino que ha de destinar una parte conveniente de operarios y de recursos a la evangelización de los no cristianos (cf. AG 30).

Cada diócesis debería ser un laboratorio misionero siempre abierto.

El ponerse en los caminos de la evangelización sobre el propio territorio será un estímulo y un instrumento idóneo para dar nueva vitalidad a la misma comunidad cristiana,



que se sentirá comprometida en dar un testimonio más coherente de la propia fe y en hacer surgir la pasión de comunicarla en todas partes donde Cristo todavía no ha sido anunciado.

## 8. ... en comunión con y para las otras Iglesias en la *missio ad extra*

Efectivamente, el mandato de predicar el Evangelio a todas las naciones no ha terminado.

Los hombres que esperan a Cristo son todavía un número inmenso. [...] No podemos permanecer tranquilos si pensamos en los millones de hermanos y hermanas nuestros, redimidos también por la sangre de Cristo, que viven sin conocer el amor de Dios (RMi 86).

Al Obispo, como jefe y centro de la actividad apostólica, se le pide que promueva las vocaciones misioneras para los institutos, congregaciones y para las otras Iglesias. Pero, con más propiedad, está llamado a favorecer una forma de participación en la misión universal, con el envío de sacerdotes y laicos diocesanos según el modelo de comunión y cooperación misionera entre las Iglesias. Son los sacerdotes, y ahora también los laicos *Fidei Donum*, lanzados por la Encíclica del mismo nombre, de los que la *Redemptoris Missio* afirma que la intuición profética de Pío XII “ha hecho superar la dimensión territorial del servicio sacerdotal para ponerlo a disposición de toda la Iglesia. Hoy se ven confirmadas la validez y los frutos de esta experiencia” (RMi 67).

Desgraciadamente, es necesario constatar que el entusiasmo de los comienzos ha disminuido, con la excusa de que la misión ha venido a nosotros, y así no pocos obis-

pos frenan el impulso hacia el mundo no cristiano, concediendo, no de buena gana, el personal para las otras Iglesias (cf. RMi 85). A las Iglesias antiguas, como a las jóvenes, se les dice que no se aíslen, que acojan y envíen misioneros y medios a las otras Iglesias. Este es el medio para volver a dar frescura y vitalidad a las Iglesias locales, para resolver los numerosos problemas que les afligen.

Mediante esta específica praxis de cooperación misionera directa, el Obispo asume verdaderamente como propia la solicitud por todas las Iglesias, y la dimensión misionera se convierte en una efectiva realidad de su diócesis y no en un techo inalcanzable. En el 50 aniversario de aquella Encíclica, y ante la urgencia y la necesidad de la evangelización que requiere la humanidad contemporánea, se pide a todos los obispos que hagan propia aquella expresión de la que se sirvió la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Puebla en 1979: “Es verdad que nosotros mismos necesitamos misioneros. Pero, debemos dar desde nuestra pobreza”.

Las Iglesias locales esparcidas por el mundo son portadoras de un mensaje nuevo de salvación, que introducen como una semilla en las raíces de aquella que el *Apocalipsis* de Juan llama Babilonia. Son los discípulos de Cristo, viven y cantan el canto nuevo de la liberación. No se contaminan con la idolatría, son la primicia para Dios. Según la hermosa *Carta a Diogneto*, son el alma del mundo. La vida de los discípulos es la de todos los hombres, pero con contenidos e intencionalidades diferentes.

Habitan en sus propias patrias, pero como gente de paso; participan en todas las cargas públicas, pero soportan todo como extranjeros; toda tierra extraña les es patria, y toda patria les es extraña. Viven en la carne, pero no según la carne. Habitan sobre la tierra, pero son ciudadanos del cielo.



Se someten a las leyes establecidas, pero con su propia vida superan las leyes. Aman a todos y todos los persiguen. Se les condena, pero no se les conoce. Son llevados a la muerte y con ello reciben la vida. Son pobres y enriquecen a muchos. Les falta todo, pero les sobra todo (cap. IV).

Estas Iglesias locales deben ser el jardín experimental, el núcleo, el germen, la anticipación de lo que deberá ser la humanidad redimida: viven en comunión (*koinonia*), cuya expresión y culmen es la fracción de pan (*liturgia*), para el servicio (*diakonia*) y la proclamación del Evangelio (*parresia*), especialmente con el testimonio de la vida hasta el martirio (*martyria*). De esta manera evangelizan y otros hombres y mujeres continuamente se suman al número de los creyentes.

Mesa redonda  
*La vocación misionera*  
ad vitam

Mi





# Introducción

ARANTXA MÚGICA, FMM  
*Vicepresidente del SCAM*

Todavía resuenan en nosotros las palabras de Jesús, en la fiesta de la Ascensión:

Cuando el Espíritu Santo descienda sobre vosotros, recibiréis fuerza para ser mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaría y hasta los confines del mundo (Hch 1, 8).

Todos hemos escuchado estas u otras palabras de envío de Jesús, por eso estamos aquí. También hemos recogido el impulso de generaciones de testigos que han sentido el gozo de tener fe y el deseo de transmitir ese gozo y alegría y como Pablo han dicho con sus vidas:

No me importa la vida, lo que me importa es completar mi carrera y cumplir el encargo que me dio el Señor Jesús: ser testigo del Evangelio, que es la gracia de Dios (Hch 20, 25).

Sabemos que la vocación cristiana, por exigencia del Bautismo, es una llamada a la santidad y a la misión. Tiende a un encuentro con Cristo para amarle y hacerle amar y la misión es el termómetro que señala la autenticidad de nuestro seguimiento de Cristo. “La Iglesia es misionera por su propia naturaleza. Por esto somos cada vez más conscientes de que toda la Iglesia y cada Iglesia es enviada a las gentes” (RM 62), de ahí el título de la ponencia: “Todas las Iglesias para todo el mundo”.

Aunque todo cristiano está llamado a colaborar en la misión, la Encíclica *Redemptoris Missio* ha ratificado la



especificidad de la vocación misionera *ad vitam*, la define así:

Es una vocación especial, que tiene como modelo la de los apóstoles y se manifiesta en el compromiso total al servicio de la evangelización, abarca a toda la persona y a toda la vida del misionero, exigiendo de él una donación sin límites de fuerzas y de tiempo (RM 65).

Y termina de explicarla con esta conclusión: “La vocación especial de los misioneros *ad vitam* conserva toda su validez, representa el paradigma del compromiso misionero de la Iglesia” (RM 66).

*Iglesia enviada.* Este envío se remonta al envío del Hijo y del Espíritu y alcanza a todos los miembros de la Iglesia; la labor del SCAM y en gran medida también la vuestra, queridos delegados, es ayudar a los cristianos a tomar conciencia de este envío. Todos participamos de la misión del Hijo, enviado del Padre, pero las formas de seguimiento son diferentes, es lo que vamos a tratar de descubrir en esta mesa redonda.

Como sacerdote diocesano para la misión universal participa Miguel Ángel Aragón del IEME. El Instituto Español de Misiones Extranjeras es uno de los cauces para la realización de la vocación misionera de los sacerdotes diocesanos, que en virtud de su ordenación llevan en su corazón la preocupación por todas las Iglesias. Justamente en la Encíclica *Fidei Donum*, Pío XII, con intuición profética alentó a los obispos a ofrecer algunos de sus sacerdotes para el servicio temporal de África y así los sacerdotes *Fidei Donum* han puesto en evidencia la comunión entre las Iglesias desde hace cincuenta años.

Miguel Ángel pertenece a la Diócesis de Cuenca, donde hizo toda su formación y después pasó al IEME. Ha

vivido 13 años en el Japón. Sus compañeros en la misión lo definen como una persona especialmente dotada para las relaciones humanas, capaz de amistad con todos. Una cualidad que conecta con la sensibilidad actual. Lleva tres años en la animación misionera, en seminarios y con sacerdotes como miembro del Equipo de Formación y Animación Misionera del IEME. Ha sido enviado para realizar los estudios especializados en Misionología en la Universidad Gregoriana de Roma.

Dentro de la multiforme riqueza del Espíritu se sitúan las vocaciones a los institutos de vida consagrada que se caracterizan como misioneros *ad gentes*, viviendo una disponibilidad a la misión universal, y *ad vitam*, es decir para toda la vida. Llamados a vivir un seguimiento radical de Cristo, su consagración es ya fuente de fecundidad misionera (cf. RM 69) y su forma de vida en comunidades a menudo internacionales es su primer testimonio.

Escucharemos a Heliodoro Machado, misionero espiritano, nacido en León pero que creció en Madrid. Siguió la formación profesional llegando a ser electricista de profesión. Es una vocación tardía: conoce a los espiritanos a los 23 años y entra en el noviciado a los 24. Ha estado por tres periodos en el norte del Camerún y ha sido provincial en dos ocasiones.

Estas vocaciones se complementan con la de los laicos misioneros, que aunque fueron testigos activos en los primeros siglos del cristianismo, sólo en el siglo XX han renacido las primeras asociaciones del laicado misionero. En el Congreso Nacional de Misiones de Burgos M<sup>a</sup> Dolores Golmayo, en nombre de los laicos misioneros, definió así su misión:



Hoy de nuevo los bautizados creemos que el Espíritu de Dios está sobre nosotros, porque nos ha unguido para dar la Buena noticia a los pobres, para anunciar la libertad a los cautivos, dar la vista a los ciegos para liberar a los oprimidos y proclamar el año de gracia del Señor.

Escucharemos a Eloína Bermejo. Nacida también en León, es topógrafa de profesión. Pasó tres años en Colombia trabajando en colaboración con el Arzobispado de Bogotá en un movimiento por los derechos humanos y la paz. Actualmente vive en Oviedo y es presidenta de OCASHA desde hace siete años, ha visitado numerosos países en este servicio.

Que estos testimonios reaviven nuestra fe en la presencia de Cristo, que sigue llamando a los jóvenes y menos jóvenes. Sabemos que una vocación *ad vitam* no es fácil para la psicología “cambiante e inestable” del hombre y de la mujer de hoy. Pero Cristo puede hacerse presente y, como a los discípulos de Emaús, se les pueden abrir los ojos y arder su corazón. Somos la Iglesia peregrina en camino con otros hombres y mujeres, con otros pueblos. Ayudémosles a abrir los ojos y reconocerle, y que le puedan decir “quédate con nosotros”; es el mejor servicio que podemos hacerles. Están ya cerca del Él y le buscan. El Espíritu nos guía, Dios quiere su salvación y esta aparece en Cristo. ¿No seremos capaces de ofrecérsela?

## II

# Los sacerdotes diocesanos

MIGUEL ÁNGEL ARAGÓN MORENO, IEME

El olor y el color verde de los pinos en los primeros días del otoño conqunense me vieron nacer hace 46 años un día de San Miguel Arcángel, lo que propició mi nombre: Miguel Ángel. En Cuenca (mi “furusato”) se hunden las raíces de mi afectividad, mi pasión por la gente que quiero y la fe en Jesús de Nazaret, transmitida por los míos, pero echada en el olvido por descuido personal en el periodo adolescente, caracterizado por el vacío y “el sin sentido”. Fe restaurada y madurada personalmente en mis años de juventud. Mi conversión se produce estudiando Magisterio en el Colegio Universitario. Y el encuentro con el Señor de la Cruz, resucitado, llenó mi vida de sentido e inspiró el ideal de mi vida: entregarme a la causa del Reino de Dios, aunque tuviera que renunciar a todo. Fue aquel último año en el Colegio Universitario Fray Luis de León cuando, leyendo el Evangelio, resonó dentro de mí una frase de Cristo, que le susurraría también Ignacio de Loyola a Francisco Javier, y que obró también el milagro en él: “¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo si pierde su alma?”. A partir de entonces, ese ideal del Reino, es el que llenará mi vida entera.

El seminario conciliar San Julián de Cuenca formó mi cabeza y mi corazón diocesano: el amor a la gente de la tierra con la que he caminado y a la parroquia de casa, donde residen mis padres. Disfruto encontrándome con los com-



pañeros y amigos sacerdotes. La llamada del Señor nos introdujo a todos en el mismo presbiterio y esto nos ha llevado a valorar la fraternidad.

Fue ahí ya, durante ese proceso de formación en el seminario, como fui descubriendo que el Espíritu te pide el servicio a los hombres y mujeres tus hermanos, el servicio a la Iglesia local pero también –y por eso mismo– la inquietud misionera, el servicio a la Iglesia universal. Por eso me gusta decir que el seminario formó mi cabeza y mi corazón diocesano y que desde ahí sentí ya la llamada a colaborar en la Misión de la Iglesia.

Y el IEME (Instituto Español de Misiones Extranjeras) contribuyó a la formación de mi corazón misionero abriéndolo a una espiritualidad de frontera, abierto a la universalidad, y ayudándome a reflexionar sobre el sentido de mi vocación misionera como sacerdote incardinado en una Iglesia local. Mi propio Obispo de Cuenca seguirá con interés mi inquietud misionera y es quien me enviará a Japón a través del cauce IEME.

Llegué a Japón en el año 1991 a unirme al grupo de 15 sacerdotes diocesanos que la Iglesia española había enviado allí a través del IEME, para hacer realidad la dimensión misionera de nuestras diócesis españolas. Allí he estado durante 13 años.

Japón es un país asiático, con una cultura ancestral, con tradiciones milenarias y con una religión propia: el Sintoísmo, con una sociedad toda ella transida de Budismo, que intenta mantener el equilibrio “tradicción-modernidad”. Dentro de esa sociedad, el grupo de sacerdotes diocesanos españoles, intentamos –en respuesta a las directrices de los Obispos de Asia– caminar en diálogo con los pobres, en diálogo con las culturas y en diálogo con las religiones.

Como sacerdotes diocesanos no llevamos proyectos propios sino que nos insertamos en las Iglesias locales y apoyamos los proyectos pastorales diocesanos. Intentamos ser testigos de la Buena Noticia de Jesús, que libera y da vida, y en esta tarea nos sentimos miembros activos de la Iglesia Universal.

Personalmente, participar (como misionero) en la Misión de la Iglesia es para mí una gran alegría porque te hace sentirte continuador de la Misión de Jesús, el misionero del Padre, contribuyendo así a la construcción de un mundo más justo, más fraterno y solidario. Ese “id hasta los confines de la tierra” (Hch 1, 8) te da la posibilidad de conocer de cerca el sufrimiento y las esperanzas de muchas personas y comunidades diferentes a la tuya de origen. Además, ser misionero es una gran alegría sobre todo porque eres como “el correo del zar”, eres “el cartero de Dios”, anunciador de un Mensaje que le ha dado sentido a tu vida, Mensaje que te ha transformado a ti y que quieres compartir, eres anunciador del amor de Dios. El amor es el contenido de la carta que se te ha confiado para que otros al abrirla lean ese “te quiero” que transforma y que ayuda en el caminar a través de las torpezas y de las dificultades. Ese amor que restaura es el que quieres anunciar.

Con respecto al tema que nos ocupa hay 2 características de la vocación del presbítero misionero que manifiestan la urgencia y la universalidad de la Misión de la Iglesia:

- A) Que somos misioneros *ad gentes*.
- B) Que somos misioneros *ad vitam*.

A) *Ad gentes* significa que tu vida está comprometida en el anuncio de Jesús a personas y pueblos que todavía no lo conocen. Significa, en mi caso y en general, que eres enviado a pueblos fuera de tu cultura y de tu Iglesia de origen.





Esta característica de “misión *ad gentes*” constituye algo irrenunciable para la Iglesia. La fundamentación se encuentra contenida en todos los documentos misioneros. Por ejemplo, el Concilio dice en AG 38: “Cada Iglesia particular ha de sentir la solicitud de todas las demás”; y Juan Pablo II en la RM 63: “Mis hermanos obispos son directamente responsables conmigo de la evangelización del mundo”; y también en RM 67: “Colaboradores del obispo, los presbíteros, en virtud del sacramento del Orden, están llamados a compartir la solicitud por la misión universal de la salvación hasta los confines de la tierra”. Pues el Concilio en PO 10 había afirmado que “cualquier ministerio sacerdotal participa de la misma amplitud universal de la misión confiada por Cristo a los apóstoles”. Es decir, participamos en esa Misión como don recibido de Jesucristo, no de los Obispos, ¿verdad?; pero lo hacemos en comunión con los Obispos. Enviados por ellos.

El *ad gentes* nos configura, nos abre a la universalidad y hace corresponsables en la tarea de anunciar la Buena Noticia de Jesús a todos los pueblos y culturas, sobre todo allí donde el Evangelio no es conocido o donde la comunidad cristiana no está suficientemente preparada por sí misma para encarnar la fe en el propio ambiente y anunciarla a los demás.

B) *Ad vitam* hace referencia a tu disponibilidad de por vida para este servicio de la causa misionera que se te confía. Se puede decir que es una vocación que colorea tu identidad sacerdotal. Has sido llamado *ad vitam* para este ministerio de proclamar el Evangelio, durante toda la vida y con todas tus energías, con tus cualidades y también con tus limitaciones, con toda el alma y con todas las fuerzas. En cualquier lugar donde te encuentres sientes la llamada a entregar toda la vida, ofreciendo lo mejor de ti mismo.

Sin heroísmos, por supuesto, sino como respuesta a la llamada que viene del interior, a implicarte en la tarea de la evangelización.

Tarea de toda la Iglesia, también de tu Iglesia local de origen, a la que te sientes vinculado. Como sacerdote diocesano es para mí una alegría y es un honor estar haciendo realidad la dimensión misionera de mi Iglesia local de origen. Recuerdo las palabras de Mons. Ramón del Hoyo —cuando era Obispo de la diócesis de Cuenca— dirigiéndose a un grupo de jóvenes confirmados en la parroquia de mis padres, les decía: “Mirad, hasta dónde llega nuestra pequeña Iglesia de Cuenca: hasta Japón”. Para mí es importante sentirme vinculado (de forma sincera) a mi Diócesis, colaborador de mi Obispo, insertado en la Iglesia local, haciendo realidad la Universalidad de la Iglesia.

Por tanto, estas dos características, *ad gentes* y *ad vitam*, las podemos presentar los sacerdotes diocesanos como dos notas de nuestra vocación, de nuestra identidad sacerdotal. No todos hacemos lo mismo ni prestamos el mismo servicio a la Iglesia; no todos estamos allí sino, que la RM 33 señala tres áreas de acción pastoral:

a) En primer lugar, grupos humanos, contextos socio-culturales, donde Cristo y su Evangelio no son conocidos, o donde faltan comunidades cristianas suficientemente maduras. Esta es propiamente la misión *ad gentes*.

b) Comunidades cristianas con estructuras eclesiales sólidas, las cuales irradian el Evangelio en su ambiente y sienten el compromiso de la misión universal. Pastoral de acompañamiento en cada Iglesia local.

c) Y, por último, se da una situación especialmente en los países de antigua cristiandad, donde grupos enteros de



bautizados han perdido el sentido vivo de la fe. En este caso, es necesaria una nueva evangelización.

Yo creo en esta Iglesia donde todos estamos implicados en esta tarea del anuncio de Jesús *ad vitam*. Todos trabajando para que la dimensión misionera de la Iglesia pueda seguir siendo vivida gozosamente y haga posible que el Evangelio de Jesús sea conocido por todas partes. Unos, a través del anuncio directo de Jesús, desde el testimonio silencioso, otros desde el trabajo misionero con sus diversas modalidades: de diálogo, de inculturación, de opción preferencial por los pobres; otros desde la animación misionera en cada Iglesia local. Creo en esta Iglesia que siente y cree en la necesidad de seguir anunciando “con pasión” a Jesús y el Evangelio en todo el mundo.

Como sacerdote diocesano, la actualidad de la *Fidei Donum*, como de tantos otros documentos misioneros que han salido a la luz posteriormente (documentos conciliares y encíclicas misioneras: *Evangelii Nuntiandi*, *Redemptoris Missio*) estaría en:

1. Seguir comunicando el Evangelio del Reino con entusiasmo y con cercanía allí donde nos encontremos. En deferencia agradecida por el don de la fe recibida —como apuntaba la *Fidei Donum*.

2. Una ilusión renovada para que nuestra Iglesia —como sacerdote diocesano estoy pensando en nuestros obispos y en nuestras diócesis— se comprometa seriamente a enviar miembros de sus comunidades, con espíritu de discernimiento, de apertura y de generosidad, no solamente a África —sin olvidar a América Latina y el Caribe— pero priorizando la evangelización de Asia y de Oceanía (llama la atención la escasa presencia de clero diocesano español

en el continente asiático, a pesar de ser el más poblado del mundo y el que menos conoce el mensaje de Jesús).

3. Además, una apuesta y valoración por lo que las Iglesias jóvenes pueden aportar en este campo de la colaboración misionera *ad gentes* y *ad vitam*, con toda su riqueza cultural y con toda su experiencia espiritual. Compartir, por tanto, la misión *ad gentes* con esa misma Iglesia joven que se construye y que, al mismo tiempo, se siente misionera. En realidad, todas las Iglesias se sienten misioneras.

4. Una apuesta más eficaz de colaboración con la Misión, no exclusivamente de apoyo a nivel material, sino a nivel “de personal”, que es la mayor riqueza que una diócesis puede compartir. Ayudar a tomar conciencia: en el enviado, de la identidad de sentirse enviado por tu propia diócesis de origen; uno no es misionero a título personal, sino que es enviado por su comunidad, por su obispo. En el que envía, de la identidad de ser responsable también desde la Iglesia local de la tarea misionera de la Iglesia.

Para terminar, si queremos que la colaboración misionera de la Iglesia a través del clero diocesano sea positiva, hay dos cosas a las que deberíamos dar más importancia. Permítanme recordarlas:

1º La formación. Es importante garantizar la formación de la persona –del sacerdote– que va a ser enviado. Aunque uno se vaya como *Fidei Donum* o vaya a trabajar por un periodo corto de tiempo, necesita preparación. Una formación adecuada que ayude a integrar todas las dimensiones que constituyen la misión: testimonio, diálogo, anuncio, pastoral, promoción humana..., que no se pueden separar. Muchas veces las iniciativas individuales no pueden garantizar esta formación adecuada.



2º El acompañamiento. Enviar a un miembro –sacerdote– de la comunidad local implica garantizar también el acompañamiento. Es enviado a los otros, que son diferentes por su cultura, por sus costumbres, por su religión... Ya que esta persona arriesga toda su vida en este ir hacia el otro, ya que está haciendo realidad la dimensión misionera de su Iglesia –diócesis de origen– hay que acompañarlo en esta tarea, no tanto a nivel material, sino en el plano moral, espiritual y humano. Y permítanme lanzar al aire la pregunta: en muchos casos, ¿tienen las diócesis capacidad para garantizar con continuidad ese acompañamiento? ¿Tiene la Delegación de Misiones la capacidad para garantizar ese acompañamiento? Sería bueno que nos hiciéramos más conscientes de que hay instituciones que hacen ese servicio desde la Iglesia española y que sí se puede enviar a los misioneros a través de esos grupos y, en grupo, la experiencia, la tarea misionera siempre tendrá más garantías de continuidad.

### III

## Los religiosos y religiosas

HELIODORO MACHADO, CSSp

Haciendo un poco de historia, recuerdo que yo quise irme al Seminario diocesano cuando tenía 12 años, y el cura de mi pueblo y mi padre hablaron uno con otro y acordaron que aún no podía ir. Entonces mi padre quiso que yo fuera mecánico como él y, de hecho, a los 14 años me puso a trabajar de mecánico en un taller a limpiar motos. Después estuve en otro trabajo y en el tercer trabajo, cuando yo estaba de electricista, tenía unos compañeros con los que el lunes y martes el tema era el fútbol del Atleti o del Madrid, pero el miércoles empezaba ya la crítica a la Iglesia, a los curas para aquí y para allá. Yo era un chaval, lo que yo oía a la gente, a los compañeros, fue provocando en mí un rechazo hacia los curas. Yo no sabía qué era un sacerdote religioso ni diocesano ni nada, simplemente lo que se hablaba de los curas, que si son unos peseteros, unos mujeriegos y todo eso.

Comencé mi etapa de formación y estaba esperando una nueva etapa para ir a la universidad. Yo estaba trabajando en una fábrica de motos y de coches. En ese tiempo de espera para ir a la universidad hice un curso de electrónica porque me interesaba. Mi profesión es de electricista industrial. Allí, con los compañeros de la calle Barquillo montamos un aparato de radio y, al probarlo, salió un programa misionero que se llamaba “15 minutos misioneros”, que estaba en Radio Intercontinental. Allí escuché “si eres



joven y quieres ponerte en contacto con un espiritano puedes escribir...”. Llegué a casa, escribí y entonces me contestaron diciendo: “pues tú como eres de Madrid ven a conocernos a la calle Olivos”. Y allí empezó todo. Fue una gracia impresionante el conocer a los espiritanos religiosos misioneros, porque todas esas dudas que yo tenía respecto a los sacerdotes por lo que yo había oído hablar a mis compañeros de trabajo se me vinieron abajo inmediatamente.

Era tiempo de vacaciones en la empresa. Tenía 15 días de vacaciones y yo las cogí para marcharme al Noviciado, que ya tenía fijadas las fechas. Pensaba que si no me gustaba me volvería para casa. Fui al Noviciado y la experiencia que guardo todavía como una referencia importante en mi trayectoria es que, cuando vi al grupo de novicios que estaba en el Noviciado y llegábamos la segunda tanda, me dije: “Esto es lo que yo quiero”, por el impacto de la vida en comunidad. Y esta experiencia sigue teniendo un efecto positivo en mi camino después de casi 42 años de espiritano. Allí fue donde apareció mi vocación.

¿Qué he encontrado yo en la vida espiritana para vivir en comunidad, en la vida religiosa? Uno de nuestros dos fundadores, el P. Libermann, dice cómo entiende él que es la vida apostólica. Os leo dos o tres líneas para situaros:

La vida apostólica está en el corazón de nuestra vocación espiritana. Está llena de amor y de santidad que el Hijo de Dios llevó en la tierra para salvar y santificar a las almas y por las que se sacrificó continuamente a la gloria del Padre para la salvación del mundo. Así es como él entiende nuestra vocación.

La opción de las primeras Iglesias es el primer anuncio del Evangelio a las regiones que no lo conocen, pero viviendo en comunidad y comprometidos con los consejos evan-

gólicos. Desde aquí vamos a entender un poco la perspectiva que voy a intentar subrayar. Lo haré mucho más personal porque me parece que va por ahí un poco lo que se me pide. La vida religiosa para Libermann es una condición *sine qua non*. La manera espiritana de ser misionero es la comunidad para el servicio a la misión. Esto, según la visión de Libermann, da mucha más estabilidad, más continuidad a los proyectos y sobre todo porque en la comunidad hay un apoyo especial, y esta es la experiencia mía personal. Yo he descubierto que la comunidad es la que te recuerda cada día lo que es esencial en tu vocación y te recuerda que tienes que optar radicalmente por Jesús cada día; que esta comunidad en la que estás tiene eso claro y te está constantemente bombardeando, por decirlo de alguna manera, que lo tuyo es el anuncio del Evangelio a los que no lo conocen, vivido de esta manera y comprometiéndote con los consejos evangélicos. Pues eso para mí es una de las gracias más importantes de este encuentro con la comunidad espiritana. Después he ido profundizando un poco más las cosas y veo que esta ha sido una gracia impresionante para mí, el haber encontrado la comunidad. De hecho, toda mi vida de juventud estuve vinculado a los salesianos, con una relación muy estrecha porque íbamos un montón de chicos del barrio a jugar al fútbol con los salesianos. Vivíamos un poco la vida cristiana. Teníamos también algunas actividades religiosas. Después he vuelto a encontrarme con algunos salesianos y se sorprendían de que hubiera ido a parar a los espiritanos.

Encontrar la vida religiosa me anuló aquella visión un poco pesimista que había recibido con los compañeros de trabajo respecto a los sacerdotes. Ahora creo que comprendo un poco más la dimensión del sacerdocio diocesano, pero yo me identifico más con esta otra forma. Pero la





insistencia que tiene ahora la animación misionera en nuestro Instituto es potenciar el carisma auténtico del misionero espiritano. Te comprometes a vivir en comunidad y te comprometes a vivir los consejos evangélicos como formas de orientar tu vida y de responder totalmente a esta vocación, porque cuando hacemos los votos perpetuos ya sabemos que es de por vida y, aunque vuelta atrás la hay siempre, realmente yo estoy convencido de que no hay vuelta atrás porque yo quiero seguir adelante y vivir esta experiencia.

Pero, ¿cómo entiendo yo los votos? Pues os voy a contar en cada uno de los tres votos algunas experiencias que yo he vivido personalmente estando yo en el Instituto en la segunda etapa, porque estuve tres veces, en el norte de Camerún. Esta es una zona de mucha influencia con los musulmanes. Es ahí donde llega más la influencia del Islam. De allí hacia el sur hay menos influencia. Los musulmanes siempre se extrañaban de que nosotros no tuviéramos mujer y varias veces me preguntaron en la parada del autobús: “¿y tú no tienes mujer?”. Y no eran solamente los musulmanes, sino también la tribu que había donde yo estaba, los *masam*, también tenían esa idea de que el hombre que no se casa, que no tiene una mujer, algo pasa con él. Yo, cuando paseaba por las arboledas, me hacía esta reflexión y esta pregunta:

Es que a mí me has mandado a trabajar aquí con esta gente que no valora absolutamente esta dimensión de mi vida de consagrado. ¿Por qué? ¿Por qué me haces vivir esta experiencia y no me mandas a algún sitio donde lo entiendan?

Y tengo claro que Dios me dijo:

Mira, tú tienes que vivir esto porque no es por ti sino porque quiero que seas un signo de que el Reino de Dios ya ha llegado aquí y ese va a ser un signo para que lo hagas presen-

te en esta comunidad en la que intentas trabajar para evangelizarla un poco más.

Esto sería en 1985 y ha sido para mí una referencia importante. Tener una vida célibe por Jesucristo es un signo que les ilumina y lleva a los hombres el Reino de Dios.

Después tenemos el voto de pobreza. Desde mi experiencia, recuerdo que cuando terminé mis estudios y me nombraron Director del Centro de Animación Misionera, en la calle Santa Engracia, donde éramos un equipo de cuatro, cayó en mis manos una conferencia que había dado el P. Arrupe y hablaba del problema del subdesarrollo, de las injusticias, del hambre. Era una conferencia en la que decía que si quieres comprometerte con esta opción para que este mundo sea de otra manera, tienes que adoptar un estilo de vida, ya aquí y ahora, que corresponda, en lenguaje de matemáticas, a la media universal. Si te sales de ahí estás haciendo una injusticia para la humanidad. Esto es algo que sigue contando en mi experiencia. La opción por el voto de pobreza es una opción para mí vital, porque es una constante que está iluminando una trayectoria de vida que tiene que responder con fidelidad al Evangelio, al seguimiento de Jesús. Es una experiencia y una opción que yo estoy experimentando de una manera libre, porque todo es prescindible en muchas cosas materiales. Las cosas de la evangelización las da especialmente el Espíritu. Si tú eres un buen instrumento, seguramente que ni la televisión ni los móviles ni esas cosas nos van a suplir nada de esto.

La tercera es la obediencia. La experiencia que yo he vivido como religioso es que para mucha gente la obediencia en la vida religiosa era que un superior te autorizase a hacer una cosa. Esa es una idea general en muchas personas. La obediencia, dentro de esta perspectiva del seguimiento de Cristo, es fundamentalmente que es Él el que da



testimonio de ser obediente. Y fue obediente, como dice san Pablo, hasta la muerte, y en Cruz. Entonces, la obediencia no es una cosa de relaciones interpersonales de un superior con una comunidad, sino que para mí se descubre como la forma donde tú tienes que estar libre para ese gran proyecto que Dios nos ha dado a los hombres de evangelizar y, más concretamente, en una congregación. La característica de un espiritano es la disponibilidad para que aquellos que tienen esa función de servicio, de orientar y de animar, no tengan obstáculos para que ese proyecto se lleve a cabo. Entonces cuando me piden esto o aquello, digo “pues muy bien”, pero no porque sea un sufridor, sino porque yo estoy embarcado en este proyecto y quiero facilitar que se realice con una disponibilidad total, sea aquí, sea allí o donde sea.

## IV

# Los laicos y laicas

ELOÍNA BERMEJO

*Presidenta de OCASHA*

Creo que fue con cinco o seis años cuando fui consciente de que existían otros pueblos, otras culturas, otras formas de vivir. Y fue a través de un hombre de barba blanca, larga, hábito marrón, sonrisa bonachona y una cruz de madera colgada al cuello. Era un misionero que llegaba a mi pueblo contándonos y enseñándonos lo que él y otros como él vivían en un lugar muy muy lejos con unas gentes muy muy diferentes a mí y a mis amigos del pueblo. Eran las Misiones Populares que llegaban de vez en cuando y por las que a partir de entonces yo esperaba ansiosa y fascinada ese momento. Pero este no fue mi primer contacto con las misiones; en mi casa, mi madre y mi abuela rezaban el Rosario con uno que tenía cinco colores, uno por cada misterio, y que a mí me llamaba mucho la atención. “¿Por qué tiene tantos colores?” “Cada uno de los cinco colores representa un continente donde los misioneros están trabajando”, me respondía mi abuela. Los otros rosarios tenían las cuentas negras o marrones, eran más tristes...

Con estos antecedentes tan simpáticos sería raro que yo no me plantease el ser misionera de mayor ¿no? Y si no lo hubiese vivido también me parecería extraño que las palabras del Padre Baltasar aún me hagan cuestionar sobre mi vocación y acción misionera hoy en día.



La verdad es que Dios se sirve de personas y medios para llamar nuestra atención. Y precisamente en mi vocación “el toque de atención” sobre mi compromiso cristiano fue a través de un misionero. Esa también fue mi primera experiencia de Iglesia que se evidencia misionera y fueron otras personas, de otros pueblos, de otras culturas, las empobrecidas, las que marcaron mi proyecto de vida.

El Padre Baltasar me descubrió el poder transformador del mensaje de Jesús y la felicidad, responsabilidad..., de lo que supone transmitir este mensaje. Un mensaje empapado de la experiencia de Dios que cada uno de nosotros ha sentido previamente nos ha transformado. Esa relación que ha marcado y marca nuestras vidas. ¡Cómo no compartir con los demás este mensaje de liberación!

Puede parecer que no estoy centrándome en la idea de esta mesa redonda: “La vocación misionera *ad vitam*”, pero no podría hablar desde la teoría de algo tan personal y vivencial como es el tema que nos ocupa.

Ese mundo, gentes y formas de vida que me iba mostrando el Padre Baltasar de misión en misión, caló muy hondo en mí. Y fui creciendo con ese modelo e imagen de Iglesia comprometida con los más pequeños y necesitados... Al mismo tiempo un “no se qué” en mi interior no me dejaba en paz y me exigía una respuesta radical y diferente para mi vida. Me atraía el mundo de la misión, me sentía llamada a compartir mi fe, mi experiencia de Dios, de una forma diferente, más cercana, desde lo cotidiano. Aquí ya se estaba perfilando mi vocación misionera laical.

Llega el momento de las mil preguntas, de las mil dudas, de trabajar un proyecto de vida que claramente

quiero que sea cristiano y específicamente misionero, pero no me veo en una congregación religiosa, no me veo acercándome y proyectándome a los demás como religiosa; ¿cómo puedo acercarme, compartir mi experiencia de fe y vida desde lo cotidiano? No quiero dejar mis planos, mis dibujos, mis mapas..., quiero que estos conocimientos sean útiles a otras personas y me permitan transmitir el Evangelio desde la profesión que he elegido.

Siento la vocación como un auténtico don de Dios que nace de este encuentro personal con Jesús y que me invita a iniciar un camino en pos de Cristo hacia los más desfavorecidos de la tierra.

Desde mi parroquia, y a través de mi comunidad de referencia que me está ayudando en mi discernimiento, surgen las primeras constataciones de que se es misionero porque la Iglesia nos envía y este grupo me ayuda a descubrir que mis motivaciones son auténticas. Me reta a cumplir con mi servicio a los otros como expresión de fe en Jesús. Me siento con una identidad propia, con una vocación específicamente misionera que genera un “estilo peculiar” de vivir mi fe cristiana, me siento perteneciente a una comunidad que me ayuda a integrarme e identificarme junto con otros y otras que comparten mi fe. Me siento acompañada en este nuevo camino que con tanta ilusión como firmeza y miedo emprendo.

Es el momento de plantearme salir a las comunidades del sur.

En esa búsqueda toco una puerta, la del Delegado de Misiones de mi Diócesis, y la abre Félix Esteban, el Delegado de Misiones de León, al que recuerdo y aprecio profundamente y al que hoy hago presente de manera especial aunque ya no esté entre nosotros. Le planteo mi disponibilidad para salir a la misión “inmediatamente” pues me



siento sobradamente preparada y animada para emprender este nuevo trayecto en mi vida. Afortunadamente me agarró de los pies y me bajó al mundo real. “Mira Eloína, por lo que me cuentas tienes muy clara tu vocación laical, pero salir a la misión requiere algo más que el mero deseo de salir”. Me habla de profundizar en la fe y vocación misionera laical, de una preparación específica dependiendo del país y proyecto en el que colaboremos, de una formación permanente y continuada... Y todo esto debe ser a través de un grupo o asociación constituida, seria, que vele por tus necesidades como laica, que se responsabilice de ti y en la que puedas apoyarte. A partir de este momento todo se ralentiza, empiezo a ver la misión con una perspectiva más real, cercana y responsable. Es importante la formación, la preparación profesional, la experiencia laboral, la madurez personal, psicológica y emocional, el no caminar sola, el tener presente a mi comunidad y grupo eclesial de referencia, el acompañamiento personalizado y grupal y todo esto constantemente evaluado. ¡Yo que me las prometía tan fácil para conseguir una sólida formación humana, profesional y cristiana!

Llegó el momento de la salida y todavía más miedos e inseguridades ¿seré capaz de llevar a cabo la tarea propuesta? En el envío misionero, mi Obispo me recuerda que pertenezco a la Iglesia donde ha crecido mi fe y me envía al servicio de una Iglesia particular; añade que mi compromiso nunca debe ser individual sino comunitario y eclesial, de ahí la estrecha comunicación con una comunidad de origen y la pertenencia a otra comunidad de destino entre las cuales se establece una comunicación bidireccional en ese dar y recibir. Mi testimonio y experiencia debe enriquecer a ambas Iglesias.

Me recibe en Colombia la Arquidiócesis de Bogotá para trabajar en un proyecto de Educación y Cultura para la Paz; es aquí donde me encuentro con el verdadero rostro de Dios a través de los empobrecidos y donde me siento profundamente evangelizada por la realidad y experiencia que del Dios de la Vida tiene el pueblo colombiano.

Mi vida en Colombia está plagada de anécdotas, historias tristes, alegres..., en definitiva de mucha vida y muy intensa. Seguro que todos los que habéis estado en misión me entendéis sin más explicaciones. Esa relación íntima que todos tenemos con Dios y con Cristo, en misión se vive de una forma más intensa, necesaria y crece en base a las nuevas experiencias. Descubrí el valor de la escucha, de la importancia de lo que otros dicen y viven, del compartir desde mi mundo, para poder entrar en el mundo de la otra persona. La importancia del testimonio, de que la vida en equipo es fundamental para afrontar cualquier desafío misionero que se presente. De la necesidad de espacios de encuentro humano, de diálogo pastoral, de oración y de discernimiento. De lo débil que soy y que precisamente esta debilidad ha sido un puntal para acompañar a los más débiles..., podría seguir y seguir con todos esos descubrimientos que han llenado mi vida y que ahora estimula mi misión “de vuelta”.

Hace siete años que he retornado a mi comunidad de origen y desde entonces estoy al servicio de OCASHA-Cristianos con el Sur, asociación laical misionera a la que represento como Presidenta y donde siento que “el envío” continúa, pues entiendo que mi ser misionero no se ha terminado con una salida a la misión *ad gentes*. Me siento privilegiada por haber podido vivir una experiencia tan intensa de consecuencias misioneras y haber retornado a mi





comunidad de origen con una vivencia experiencial de Iglesia y de mundo que vale la pena compartir.

Esta experiencia me ha permitido:

- Valorar más exactamente el sentido de la cooperación entre los pueblos.
- Valorar desde otros puntos de referencia las realidades desde las que salimos y a las que retornamos.
- Convivir con gentes diferentes a las que no sólo no he temido si no que he llegado a amar profundamente.
- Tomar conciencia de las manipulaciones en algunos proyectos de desarrollo, de actividades de las ONG e incluso en ciertas prácticas de actividad misionera.

Yo entiendo mi ser misionero *ad vitam* de por vida, pues siento que esta experiencia ha marcado toda mi vida esté donde esté y me proporciona un estilo personal diferente que se traduce en:

- Urgencia o necesidad de compartir la fe.
- Sentido solidario que nace de la opción por los más pobres y precisamente de esta experiencia de haber compartido un tiempo de mi vida con ellos.
- Una mirada más crítica de las cosas que suceden a nuestro alrededor.
- Actitud de escucha y aprender del otro (lo que todos decimos al regresar “que hemos recibido más de lo que hemos dado”).
- Optimismo y esperanza en la utopía del Reino de Dios.
- Inconformismo con situaciones estancadas que se notan en nuestras Iglesias de origen.

El haber estado en misión no me hace ser mejor que otras personas, ni lo de allá es comparable con lo de acá y menos en asuntos relacionados con la Iglesia. He experimentado un modelo de Iglesia menos clerical, que me ha gustado más, en el que me he sentido corresponsable junto con sacerdotes, religiosos, religiosas y comunidad de fieles en su propia construcción.

Siento que mi vocación es *ad vitam*, es de por vida, que no terminó en Colombia, ni terminará cuando acabe mi responsabilidad en OCASHA. El término “de por vida” es una disposición, una actitud intrínseca en el misionero o misionera, está íntimamente relacionado con la espiritualidad misionera. Es una cuestión de fidelidad a la respuesta a Dios desde el momento en que me “ha tocado, me ha llamado”; mucho tendría que cambiar mi proyecto de vida para que dejara de ser fiel a esa llamada. Además la situación eclesial y social actual me reta a continuar con la opción misionera aquí y ahora y hacer explícito el anuncio de la Buena Noticia.

Hay mucho que hacer en animación misionera, es necesario acercarse a colectivos por evangelizar, acompañar a comunidades jóvenes, salir a la búsqueda de lo mucho que hay por hacer y por comenzar:

- En el ámbito de los emigrantes, de los alejados e incluso *ad gentes*.
- En el campo de la formación y preparación de los futuros misioneros y misioneras.
- En la formación permanente y ocasional.
- En la reinscripción de los misioneros en su Iglesia de origen, al regreso de la misión.
- En el fomento y profundización de la espiritualidad laical misionera.



- En la búsqueda de soluciones a los problemas sociales y económicos.

Volviendo a mis orígenes, mis primeros años de escuela, de nuevos aprendizajes, el Padre Baltasar me descubrió una forma de hacer misión, de evangelizar, que aún me cuestiona. El respeto y cariño con el que nos mostraba la realidad de los pueblos del sur aún sigue presente en mi cotidianeidad.

Hay un gran número de personas y circunstancias en mi vida que han encaminado mi vocación misionera y que están presentes en mi vida con esos pequeños o grandes gestos que me han convertido en la persona que soy.

Ojalá ese pequeño y a la vez gran gesto que tuvo conmigo el Delegado de Misiones de León, Félix Esteban, de abrirme las puertas a la misión, se siga repitiendo y pueda ser camino de muchas vocaciones misioneras *ad vitam*.

# Apéndices

M<sup>i</sup>



# I

## El principio de la corresponsabilidad *Mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones de 1982*

JUAN PABLO II

Venerados Hermanos y queridísimos hijos e hijas de la Iglesia:

Próxima ya la Jornada Mundial de las Misiones, como todos los años, deseo haceros llegar un mensaje personal que os ayude a una común reflexión sobre la dimensión misionera, que es de la esencia misma de la Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo y Pueblo de Dios, y también sobre la consiguiente activa corresponsabilidad, que a todos atañe, para hacer que el Evangelio de Jesús sea predicado y recibido en todo el mundo.

Mi mensaje toma ocasión, este año, de un evento altamente significativo: el XXV Aniversario de la Encíclica *Fidei Donum* de mi venerado predecesor Pío XII (cf. AAS 49 [1957], 225-248). Con dicha Encíclica se inició en la pastoral misionera un nuevo e importante rumbo al que luego el Concilio Vaticano II dio las directivas con las que la Iglesia, consciente de su naturaleza y misión intrínseca



y atenta siempre a captar los signos de los tiempos, continúa hoy su marcha de servicio al hombre para conducirlo a la salvación descubriéndole “las insondables riquezas de Cristo” (Ef 3, 8).

El importante Documento, aun centrando su atención específica en África, dio directivas claras aplicables a la actividad misionera de la Iglesia en todos los continentes de la tierra, y su original aportación fue asumida, como se sabe, especialmente por el Decreto Conciliar *Ad gentes*, y recientemente también en las *Notae directivae Postquam Apostoli* de la Sagrada Congregación para el Clero (cf. AAS 72 [1980], 343-364).

## 1. Los Obispos, responsables de la evangelización del mundo

La Encíclica *Fidei Donum* recordó en primer lugar solemnemente el principio de la corresponsabilidad de los obispos, en cuanto miembros del Colegio Episcopal, en la evangelización del mundo.

Cristo, en efecto, les confió y confía como a sucesores de los Apóstoles, antes que a ningún otro, el mandato común de proclamar y propagar la Buena Nueva hasta los confines de la tierra. Los Obispos, por lo tanto, al mismo tiempo que pastores de porciones del rebaño, son y se deben sentir solidariamente responsables, en unión con el Vicario de Cristo, de la marcha y del deber misionero de toda la Iglesia. Se deben mostrar, pues, activamente solícitos...

... por aquellas regiones del mundo en donde no ha sido anunciada todavía la Palabra de Dios o en donde, debido principalmente al escaso número de sacerdotes, los fieles se

encuentran en peligro de alejarse de la práctica de la vida cristiana y aún de perder la fe misma (Decr. *Christus Dominus*, 6).

Insisto hoy, una vez más, en este principio basilar, tratado a fondo por el Concilio (cf. *Lumen Gentium*, 23-24; *Ad gentes*, 38), para poner en evidencia su actualidad y para exhortar a todos mis venerados Hermanos en el Episcopado a que tomen cada día más honda conciencia de esta su altísima responsabilidad, recordando que “han sido consagrados no sólo para una diócesis determinada, sino para la salvación de todo el mundo” (*Ad gentes*, 38).

Este principio aparecerá todavía más claro si tenemos presentes las mutuas y estrechas relaciones entre las Iglesias particulares y la Iglesia universal. Efectivamente, si en cada Iglesia particular, que tiene a su Obispo como quicio y fundamento, “se encuentra y opera verdaderamente la Iglesia de Cristo, que es una, santa, católica y apostólica” (*Christus Dominus*, 11), se deduce que la Iglesia particular, en su ambiente concreto, debe promover toda la actividad que es común a la Iglesia universal (cf. *Postquam Apostoli*, 13-14: *l. c.*, 352-354).

Todas las Diócesis deben tomar cada vez más plena conciencia de esta dimensión universal, descubrir o renovar su propia naturaleza misionera, “ensanchando los espacios de la caridad hasta los últimos confines de la tierra, demostrando por los que están lejos la misma solicitud que sienten por sus propios miembros” (*Ad gentes*, 37).

Por eso, cada uno de los obispos, cabeza y guía de la Iglesia local, deberá trabajar en este sentido, es decir, deberá hacer todo lo posible para dar un vigoroso impulso misionero a su diócesis. Al obispo corresponde sobre todo suscitar en los fieles una genuina mentalidad católica, abierta a las necesidades de la Iglesia universal, sensibili-





zando al pueblo de Dios acerca del imprescindible deber de la cooperación en sus diversas formas. A él corresponde promover las oportunas iniciativas de apoyo y ayuda espiritual y material a las misiones, potenciando las estructuras existentes y suscitando otras; y, asimismo, fomentar muy especialmente las vocaciones sacerdotales y religiosas, ayudando al mismo tiempo a los sacerdotes a adquirir conciencia de la dimensión típicamente apostólica del ministerio sacerdotal (cf. *Ad gentes*, 38).

## 2. La falta de apóstoles, apremio prioritario de la misión

Una forma concreta de cooperación, de la que podrán echar mano los Obispos para responder a su corresponsabilidad en la obra de evangelización, es el envío de sacerdotes diocesanos a las misiones, pues uno de los apremios más fuertes de muchas Iglesias es actualmente la falta inquietante de apóstoles y de servidores del Evangelio.

Esta es la gran novedad de la que fue portadora la *Fidei Donum*. La novedad de haber superado la dimensión territorial del servicio sacerdotal para ponerlo a disposición de toda la Iglesia, como lo hace notar el Concilio:

El don espiritual que los presbíteros recibieron en la ordenación no los prepara a una misión limitada y restringida, sino a la misión universal y amplísima de salvación hasta los últimos confines de la tierra (Act. 1, 8), pues todo ministerio sacerdotal participa de la misma amplitud universal de la misión confiada por Cristo a los Apóstoles (*Presbyterorum Ordinis*, 10).

Por ser la falta de “operarios de la viña del Señor” uno de los mayores obstáculos para la difusión del mensaje de

Cristo, aprovecho esta ocasión para exhortar a todos los Obispos a que envíen generosamente propios sacerdotes a las regiones que más urgentemente los necesitan, aunque sus diócesis no abunden en clero.

No se trata –recordaba Pío XII citando a san Pablo– de reduciros a la penuria para socorrer a los demás, sino de aplicar el principio de igualdad (2Cor 8, 13). Estas diócesis tan probadas no sean sordas, sin embargo, al llamamiento de las misiones lejanas. El óbolo de la viuda fue citado como ejemplo por Nuestro Señor, y la generosidad de una diócesis pobre para con otras mas pobres no podría empobrecerla. Dios no se deja ganar en generosidad (*Fidei Donum*, l. c., 244; cf. también *Postquam Apostoli*, 10: l. c., 350).

Pero la *Fidei Donum*, además de a los sacerdotes, se dirigía también a los laicos, y la prestación de estos junto a los sacerdotes y religiosos en las misiones es hoy más preciosa e indispensable que nunca (cf. *Ad Gentes*, 41). Esto ha conducido a la experiencia del fenómeno típico de nuestro tiempo llamado “voluntariado cristiano internacional” que recomendamos cordialmente (cf. *Discurso a la Federación de los organismos Cristianos de Servicio Internacional Voluntario*, 23-I-1981: *Enseñanzas de Juan Pablo II*, IV, 1 [1981], 196-199).

### 3. Desarrollo de la conciencia misionera en las Iglesias locales

Estas nuevas formas de cooperación y la vibrante llamada al principio de la corresponsabilidad del Colegio Episcopal en la evangelización del mundo contribuyeron indiscutiblemente a impulsar la renovación misionera de la



Iglesia, a la que sirvió de base también esta afirmación de largo alcance y visión de Pío XII:

Si en otros tiempos, la vida de la Iglesia, en su aspecto visible, desplegaba su fuerza preferentemente en Europa, desde donde se extendía... hacia lo que podía llamarse la periferia del mundo, hoy se presenta en cambio como un intercambio de vida y de energía entre todos los miembros del Cuerpo Místico de Cristo (*Fidei Donum*, l. c., 235).

Se ha ido arraigando cada vez más profundamente la idea fundamental, ampliamente adoptada y reafirmada por el Concilio, del deber imprescindible de toda Iglesia local de colaborar directamente, según las propias posibilidades, en la obra de la evangelización. Esto ha conducido a una seria toma de conciencia misionera por parte de las Iglesias particulares, a las que se solicitó insistentemente superar la mentalidad y la práctica de “delegación” que había caracterizado antes en gran parte su actitud respecto del deber misionero.

Estas Iglesias se han transformado progresivamente en sujetos primarios de misionariedad (cf. *Ad gentes*, 20), responsables por sí mismas de la misión (cf. *ibíd.*, 36-37), como lo he constatado personalmente durante mis visitas en África, América Latina y Asia.

Además, al acentuar su función de “sujeto de misionariedad”, las Iglesias particulares se han sentido movidas a relacionarse con las Iglesias hermanas del mundo mediante la “comunidad y “cooperación”, “hoy tan necesarias para proseguir la obra de la evangelización” (*ibíd.*, 38), y que es al mismo tiempo una de las realidades más actuales de la misión, a través de un intercambio de valores y experiencias con el que cada una de las Iglesias podrá beneficiarse de los dones que el Espíritu del Señor distribuye por doquier (cf. *ibíd.*, 20).

No debe haber pues en las Iglesias particulares ningún hermetismo, aislamiento o repliegue egoísta en el ámbito exclusivo y limitado de los propios problemas; de lo contrario, el impulso vital perdería su fuerza y conduciría inevitablemente a un pernicioso empobrecimiento de toda la vida espiritual (cf. *Evangelii nuntiandi*, 64; *Postquam Apostoli*, 14, l. c., 353).

#### **4. La cooperación misionera, recíproco intercambio de energías y experiencias**

Aparece así el concepto nuevo de cooperación entendida, no ya en “un sentido único” como ayuda dada por las Iglesias de antigua fundación a las Iglesias más jóvenes, sino como intercambio recíproco y fecundo de energías y de bienes, en el ámbito de una comunión fraternal de Iglesias hermanas, superando el dualismo “Iglesias ricas”-“Iglesias pobres”, como si hubiera dos categorías distintas: Iglesias que “dan” e Iglesias que “reciben” solamente. Existe en realidad una verdadera reciprocidad, pues la pobreza de una Iglesia que recibe ayuda, hace más rica a la Iglesia que se desprende donando.

La misión pasa a ser pues no sólo ayuda generosa de Iglesias “ricas” a Iglesias “pobres”, sino gracia para cada Iglesia, condición de renovación, ley fundamental de vida (cf. *Ad gentes*, 37; *Postquam Apostoli*, 14-15: l. c., 353).

Hay que precisar en todo caso que la llamada hecha a las Iglesias particulares para que enviaran sacerdotes y laicos no quería significar la superación de las formas y fuerzas tradicionales de cooperación misionera, que continú-



an sobrellevando el peso mayor de la evangelización. Era una novedad, introducida no a título de sustitución o de alternativa, sino de complementariedad, como riqueza nueva, suscitada por el Espíritu, agregada a las fuerzas tradicionales.

Después de una trayectoria de veinticinco años de estas experiencias, que han alcanzado notable consistencia y solidez, se comienzan a advertir sin embargo algunos signos de fatiga, debido en parte a la disminución de las vocaciones y en parte también a la urgencia de hacer frente a la crisis en que se debaten muchas comunidades cristianas de antigua tradición. Ante el fenómeno de la descristianización, puede surgir la tentación de replegarse en sí mismos, de cerrarse en los propios problemas, de reducir el impulso misionero a la propia esfera interior.

Es pues necesario un nuevo y vigoroso impulso misionero, enraizado en la más profunda motivación, que la Iglesia ha recibido directamente del divino Maestro (cf. *Evangelii Nuntiandi*, 50), animado de firme esperanza y sostenido por la activa solidaridad de las Iglesias particulares y de todos los cristianos.

## 5. Función prioritaria de las Obras Misionales Pontificias

Para realizar este nuevo y vigoroso impulso misionero, factor indispensable para la misma vida y crecimiento de las Iglesias locales y de toda la Iglesia, recomiendo finalmente el recurso a las Obras Misionales Pontificias como instrumento insustituible de la cooperación misionera tan ardientemente recomendado por mis Predecesores, a las cuales “se debe reservar el primer puesto” siempre y por

doquier, como declara el decreto *Ad gentes* (n. 18), potenciándolas y desarrollándolas oportunamente en todas las diócesis.

La Jornada Mundial de las Misiones nos hace pensar especialmente en la Obra Pontificia de la Propagación de la Fe, a la que corresponde el mérito de haber propuesto a S. S. el papa Pío XI, en 1926, la feliz iniciativa de proclamar la Jornada anual de ayuda a la actividad misionera de la Iglesia, y se encarga de promover y organizar dicha Jornada con la colaboración de las otras Obras Pontificias y bajo la dirección de los respectivos obispos.

Debe darse también el debido impulso a la Unión Misional del Clero, a la que compete principalmente animar y sensibilizar a todos los sectores pueblo de Dios acerca del apremio del problema misionero, mediante la red capilar de los sacerdotes, religiosos y religiosas.

Del adecuado desarrollo de esta Asociación dependerá en gran parte el grado de “misionariedad” de la entera Iglesia local, y especialmente la sensibilidad misionera de los sacerdotes, a quienes la Unión se dirige primeramente, de modo que estos, mediante una toma de conciencia cada vez más vital y profunda de la apostolicidad intrínseca de su sacerdocio, se sientan movidos justamente a superar, espiritual y materialmente, los confines de la propia diócesis, y presten su servicio también a las Iglesias más lejanas de la tierra en las que sean más apremiantes las invocaciones de ayuda.

Antes de terminar este mensaje, quiero manifestar mi profunda gratitud a todos aquellos –Obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos– que, muchas veces a costa de indecibles fatigas y sacrificios, gastan sus mejores energías, su vida misma, “en primera línea”, y también “en



retaguardia”, para propagar el anuncio de la salvación hasta los confines del mundo, a fin de que todos conozcan y glorifiquen a Cristo Redentor.

A todos, Venerados Hermanos y queridísimos hijos e hijas de la Iglesia, imparto de corazón mi paternal Bendición apostólica, prenda de copiosos favores celestiales y signo de mi constante benevolencia.

*Vaticano, 30 de mayo de 1982,  
cuarto de Pontificado,  
solemnidad de Pentecostés*

## II

# La Encíclica *Fidei donum* vista a la luz del Concilio Vaticano II y del magisterio misionero postconciliar\*

JOSÉ RAMÓN VILLAR  
Facultad de Teología  
Universidad de Navarra

### 1. Relevancia eclesiológica de la Encíclica *Fidei donum* del papa Pío XII

Tras la publicación en 1951 de *Evangelii praecones*, Pío XII promulgó el 21 de abril de 1957 su segunda Encíclica misionera *Fidei donum*<sup>1</sup>.

Su mensaje constituía una llamada de urgencia ante el contexto político y socio-cultural en que debía realizarse la misión especialmente en África<sup>2</sup>. Las circunstancias que

---

\* Ponencia del Congreso internacional sobre la Encíclica *Fidei Donum* “Todas las Iglesias para todo el mundo” (Sacrofano-Roma, 8-11 de mayo de 2007).

<sup>1</sup> *Litterae Encyclicae De Catholicarum Missionum conditionibus praesertim in Africa*: AAS 49 (1957), 225-248.

<sup>2</sup> Vid. R. RWEYEMAMU, “Il XXV aniversario dell’Enciclica *Fidei donum*. Il contesto storico della Chiesa in Africa”, en *Euntes docete* 35 (1982), 449-479. El proceso de independencia política en África implicó la rápida erección de numerosas diócesis, con jerarquía y clero autóctonos, todavía necesitadas del apoyo externo.





reflejaba *Fidei donum* eran ciertamente muy diversas de las actuales. No obstante, la Encíclica, con la sensibilidad de su época, anticipaba importantes aspectos teológicos y pastorales, desarrollados luego por el Concilio Vaticano II y ampliados por el magisterio postconciliar, que poseen una vigencia permanente para la comprensión de la Misión. A los cincuenta años de su publicación tenemos suficiente perspectiva para valorar el impulso profético que representó *Fidei donum*.

El Papa decía —con la terminología al uso— que la tarea misionera en tierras africanas no terminaba con la instalación de la jerarquía diocesana y con la existencia de un clero autóctono, sino que la misión debía proseguir con el concurso de toda la Iglesia. Por ello, Pío XII exhortaba a todos los cristianos a propagar agradecida y generosamente la fe recibida<sup>3</sup>. Sobre todo, invitaba a los obispos a tomar parte en la *sollicitudo omnium ecclesiarum* propia de su ministerio<sup>4</sup>, urgiendo a sus fieles a la oración y a la ayuda material. De manera particular, el Papa solicitaba de los obispos el envío en misión de sacerdotes diocesanos, y también de laicos<sup>5</sup>.

Las llamadas del Papa no carecían de novedad. Centraremos la atención en algunos aspectos eclesiológicamente relevantes.

En primer lugar, con la Encíclica *Fidei donum* Pío XII superaba una visión sólo institucional de la misión, que consideraba clausurada la *plantatio Ecclesiae* con la erección jurídica de las estructuras eclesiológicas ordinarias. En realidad, “plantar la Iglesia” comporta —como subrayará el

<sup>3</sup> cf. Pío XII, Enc. *Fidei donum*, nn. 1-12.

<sup>4</sup> cf. *ibíd.*, n. 11.

<sup>5</sup> cf. *ibíd.*, nn. 17-18.

Concilio Vaticano II— un amplio proceso teológico, pastoral y vital, que aspira a lograr la madurez de esas nuevas Iglesias que el Decr. *Ad gentes* calificó de *jóvenes*. La erección canónica diocesana no garantiza por sí misma la solidez de la *plantatio* eclesial, que sigue necesitada de una especial atención<sup>6</sup>.

En segundo lugar, era importante la apelación de Pío XII a la responsabilidad misionera de la entera Iglesia, y especialmente de los obispos, como sucesores de los Apóstoles, solidariamente responsables con el Papa en la misión universal<sup>7</sup>. En continuidad con esta idea, el Concilio Vaticano II afirmará que la misión es obra del entero Pueblo de Dios, en la que todos cooperan a su manera bajo la responsabilidad jerárquica del Papa y del Colegio episcopal<sup>8</sup>. Pío XII recordaba la relación directa que existe entre el Colegio de los obispos y la actividad misionera, lo cual estimuló la enseñanza del Concilio sobre la colegialidad episcopal. Todo ello es bien conocido, y se ha incorporado al patrimonio común del magisterio eclesial.

Juan Pablo II señaló, sin embargo, que la mayor novedad de *Fidei donum* se encontraba en “haber superado la dimensión territorial del servicio presbiteral para ponerlo a disposición *de la Iglesia entera*”<sup>9</sup>. Pío XII, en efecto, confirmaba las experiencias entonces en curso, y animaba a

<sup>6</sup> vid. J. R. VILLAR, “Génesis y protagonismo de las Iglesias jóvenes”, en *Estudios de Misionología*. vol. 13. *El Decreto Ad gentes: desarrollo conciliar y recepción postconciliar*, Burgos 2006, 122-167; “Genesis and protagonism of the young Churches” / “Genèse et protagonisme des Églises jeunes”, en *Omnis terra* 40 (2006) 363-372; 246-255.

<sup>7</sup> cf. Enc. *Fidei donum*, n. 11.

<sup>8</sup> cf. CONC. ECUM. VATICANO II, Decr. *Ad gentes*, n. 6; Decr. *Apostolicam actuositatem*, n. 2.

<sup>9</sup> JUAN PABLO II, *Mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones*, 30-V-1982, n. 2: AAS 74 (1982), 868.



los obispos al envío temporal en misión de sacerdotes diocesanos<sup>10</sup>. Este hecho preparaba, de una parte, la enseñanza del Concilio sobre la adecuada distribución de los presbíteros según las necesidades de la Iglesia, un deseo que ha sido posibilitado por la legislación postconciliar sobre la incardinación y la *licentia transmigrandi*<sup>11</sup>. Pero, sobre todo, la Encíclica abría decididamente el horizonte misional al clero secular y, en general, incoaba germinalmente una fuerte conciencia de la universalidad de la Iglesia<sup>12</sup>. El Concilio Vaticano II desarrollará esos aspectos esenciales para la actividad misional en los Decretos *Christus Dominus*, *Presbyterorum Ordinis* y *Ad gentes*<sup>13</sup>. El magisterio postconciliar situará la dimensión universal del ministerio presbiteral en el interior de una comprensión de la comunión de las Iglesias particulares y de su cooperación a la misión.

---

<sup>10</sup> cf. Pío XII, *Fidei donum*, n. 17; vid. Iniciativas diocesanas precedentes a la Encíclica *Fidei donum*, en J. GARCÍA MARTÍN, *La Encíclica Fidei donum de Pío XII y la dimensión universal del servicio del presbítero secular*, en "Commentarium pro religiosis et missionariis" 79 (1998), 47-49.

<sup>11</sup> cf. CONC. ECUM. VATICANO II, Decr. *Presbyterorum ordinis* n. 10; PABLO VI, *Motu proprio "Ecclesiae sanctae"*, 6-VIII-1966: AAS 57 (1966), 757-775; CONG. PARA LA EVANGELIZACIÓN DE LOS PUEBLOS, Instr. *Quo aptius*: AAS 61 (1969), 276-281; CONG. PARA EL CLERO, Instr. *Postquam apostoli*, 25-III-1980: AAS 72 (1980), 343-364; *Codex Iuris Canonici*, cc. 265-272, esp. c. 271.

<sup>12</sup> vid. E. MACÍAS, "Vocación sacerdotal, vocación misionera", en *Omnis Terra* 13 (1981), 471-478; J. A. PÉREZ SÁNCHEZ, "El ser misionero de los presbíteros diocesanos", *ibíd.* 32 (1991), 67-71; E. LA VERDIERE, "Ordenados para la Iglesia universal", *ibíd.* 34 (2002), 360-369; G. COLZANI, "La dimensión misionera del presbítero diocesano", *ibíd.* 34 (2002), 200-207; I. TRUJILLO, "En torno a la identidad misionera del clero diocesano", en *Misiones extranjeras* 88-89 (1985), 311-322.

<sup>13</sup> cf. CONC. ECUM. VATICANO II, Decr. *Christus Dominus*, n. 6; Decr. *Presbyterorum Ordinis*, n. 10 y Decr. *Ad Gentes*, n. 38 (en ambos casos con referencia a la Encíclica *Fidei Donum*).

De ese modo, gracias a la “intuición profética” de Pío XII, como la calificó Juan Pablo II<sup>14</sup>, ha sido posible que miles de presbíteros pusieran en acto la universalidad de su ministerio colaborando con otras Iglesias.

Hoy –leemos en *Redemptoris missio*– se ven confirmadas la validez y los frutos de esta experiencia; en efecto, los presbíteros llamados *Fidei donum* ponen en evidencia de manera singular el vínculo de comunión entre las Iglesias, ofrecen una aportación valiosa al crecimiento de las comunidades eclesiales necesitadas, mientras encuentran en ellas frescor y vitalidad de fe<sup>15</sup>.

Algo similar podría decirse de las iniciativas relativas al envío en misión de laicos bien preparados, mencionados en *Fidei donum* n. 18 y en *Ad gentes* n. 4. Ciertamente, la actividad misional en la actualidad apenas resulta pensable sin la cooperación de los laicos, y esto no por razones pragmáticas, sino en virtud de una exigencia eclesiológica fundamental: el sujeto orgánico de la misión es el entero Pueblo de Dios, cada miembro según su función propia. Los fieles laicos constituyen la parte mayor.

Con todo, para percibir la novedad de *Fidei donum* resulta necesario tener en cuenta el modo en que se desarrollaba hasta entonces la actividad misional en las denominadas “misiones católicas”. La orientación que inauguraba la Encíclica superaba la teología y la praxis de los últimos siglos, que habían marchado en una dirección diversa. Baste recordar ahora el tema en sus aspectos generales.

La apelación de Pío XII a la responsabilidad de los Obispos por la Iglesia universal superaba una teología

<sup>14</sup> JUAN PABLO II, Enc. *Redemptoris missio*, 7-XII-1990, n. 68.

<sup>15</sup> *Ibid.*, n. 68.



—más bien, una teoría canónica— que clausuraba a los obispos en sus Iglesias particulares. Sólo sobre ellas tenían los obispos jurisdicción particular e inmediata, y ninguna —se decía— jurisdicción universal sobre la Iglesia. Lo cual era correlativo a atribuir la iniciativa en la misión *ad gentes* a la exclusiva competencia del Papa<sup>16</sup>, quien encargaba la ejecución de esa tarea a cuerpos especializados de religiosos misioneros en “tierras extranjeras”. Todo ello producía un distanciamiento de los obispos hacia la actividad misional. La afirmación de Pío XII de que, en virtud de su condición de sucesores de los Apóstoles, los obispos participan en la solicitud por todas las Iglesias cambiaba ese planteamiento.

En cuanto al envío temporal en misión de sacerdotes diocesanos, Pío XII modificaba una praxis que vinculaba fuertemente a los presbíteros al territorio de su incardinación, con olvido del carácter universal de su ministerio, y con evidente perjuicio para la catolicidad de la Iglesia. Lo característico de *Fidei donum* no era, en efecto, afirmar la posibilidad de que los sacerdotes diocesanos se dedicaran a la misión, sino que esto lo pudieran llevar a cabo sin perder la incardinación en sus diócesis de origen; y, además, que eso sucediera como expresión no sólo de una generosa decisión individual, sino como envío eclesial del obispo y signo de cooperación entre las Iglesias<sup>17</sup>.

---

<sup>16</sup> *Codex Iuris Canonici* 1917, can. 1350, par. 2.

<sup>17</sup> Como es sabido, los presbíteros diocesanos que marchaban en misión *ad gentes* ingresaban en un Instituto misionero o bien se incardinaban en una diócesis de misión. No era infrecuente, por otra parte, considerar la eventual vocación misionera de un sacerdote como un signo de escasa “diocesaneidad” (cf. P. PAVANELLO, *I Presbiteri fidei donum speciale manifestazione della comunione delle Chiese particolari tra loro e con la Chiesa universale*, en *Quaderni di diritto ecclesiale* 9 [1996], 35, nota 4).

Con esos pasos, Pío XII echaba las bases de modo germinal para una nueva comprensión de la actividad misionera. En efecto, una lectura actual de la Enc. *Fidei donum* cobra especial relieve a partir de la eclesiología de la *communio Ecclesiarum* propiciada por el Concilio Vaticano II, y profundizada luego por el magisterio postconciliar.

## 2. La Iglesia como *communio Ecclesiarum*

La afirmación principal del Concilio Vaticano II sobre el tema, a mi entender, reza así: la Iglesia Católica *existit* “en” (*in quibus*) y “de” (*ex quibus*) las Iglesias particulares<sup>18</sup>. Esta apretada fórmula está llena de consecuencias.

A partir del Concilio Vaticano II, hay una creciente conciencia de que la Iglesia, en cuanto Iglesia universal, es la comunión orgánica de los creyentes en Cristo, presidida por el Colegio de los Obispos con el Papa como Cabeza. A la dimensión histórica del *mysterium Ecclesiae* pertenece también que esa realidad de comunión se haga presente y operativa en las Iglesias particulares presididas por los Obispos, y por tanto que la *universalis communio fidelium* sea al mismo tiempo *corpus Ecclesiarum*<sup>19</sup>.

Esta convicción conciliar es perfectamente compatible con la naturaleza de la Iglesia como realidad una y universal. Este hecho, en ocasiones, no resulta evidente a todos

---

<sup>18</sup> cf. CONC. ECUM. VATICANO II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 23.

<sup>19</sup> F. OCÁRIZ, “Episcopado, Iglesia particular y Prelatura personal”, en J. R. VILLAR (dir.), *Iglesia, ministerio episcopal y ministerio petrino*, Madrid 2004, 179.



los estudiosos del tema, de manera que convendrá desarrollar alguna consideración al respecto.

La Iglesia es una y única. Jesucristo hace de ella –al constituirla– la forma social del plan de salvación escondido en Dios y manifestado en la plenitud de los tiempos<sup>20</sup>. Ese plan divino es la Iglesia-misterio, eternamente presente en el designio del Padre, constituida por Jesús y manifestada con la efusión del Espíritu sobre la comunidad de Pentecostés, que es la concreción visible y primera de la Iglesia-misterio. Allí están los discípulos, María, los Doce. Es el pueblo mesiánico, una pequeña grey que no contiene, de momento, a todos los hombres, pero ya es germen firmísimo de unidad, de esperanza y de salvación para todo el género humano<sup>21</sup>. La estructura que la constituye como Iglesia es la misma que hoy configura la Iglesia universal, esto es, el entero Pueblo de Dios con los sucesores de los Apóstoles y Pedro a la cabeza.

Ahora bien, la Iglesia-misterio se manifestó en Pentecostés de una forma única e irrepetible. Era la Iglesia localizada en un lugar, pero no era una “concreta Iglesia particular”, no era una “porción” del Pueblo de Dios en el sentido actual del término (que comporta la existencia de otras Iglesias, de otras “porciones”); era la *Ecclesia universalis*, “la Iglesia que habla todas las lenguas”<sup>22</sup>. Sin embargo, tampoco era la “Iglesia universal” en el sentido

---

<sup>20</sup> cf. Ef 1, 9; 3, 9; Col 1, 26.

<sup>21</sup> cf. CONC. ECUM. VATICANO II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 9

<sup>22</sup> cf. La Chiesa come comunione. Ad un anno dalla pubblicazione della Lettera “Communionis notio” della Congregazione per la Dottrina della Fede, en *L'Osservatore Romano* 23-VI-1993, 4: “Reflexiones sobre algunos aspectos de la relación entre Iglesia universal e Iglesias particulares, a un año de la publicación de la Carta Communionis notio” en CONG. PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *El misterio de la Iglesia y la Iglesia como comunión. Introducción y comentarios*, Madrid 1995, 181.

actual del término, es decir, la *communio Ecclesiarum*, puesto que no había, en Pentecostés, otras Iglesias distintas de ella misma. La comunidad de Pentecostés era sencillamente la Iglesia de Cristo, la que en el Símbolo confesamos con sus cuatro propiedades. Este momento originario de la Iglesia-misterio realizaba visiblemente la universalidad de un modo irrepetible. En la Iglesia de Pentecostés la universalidad y la particularidad estaban concentradas de manera única y diferente de la manera posterior de realizarse en la historia como universal.

En efecto, en el *tempus Ecclesiae*, la *Ecclesia universalis* de Pentecostés comienza a realizar su universalidad “en” las Iglesias particulares y “de ellas” como *communio Ecclesiarum*. Con la dilatación misionera de la Iglesia, aquella *Ecclesia universalis* desplegó su universalidad en la forma de Iglesias particulares surgidas a partir ella, como hijas de una madre. Estas Iglesias, que comienzan a existir como comunión de Iglesias, ciertamente no son otra Iglesia distinta de aquella de Pentecostés, presidida por el Colegio apostólico. Pero,

desde ese momento, al concepto histórico de Iglesia particular pertenecerá el hecho de tener como cabeza ministerial no a todo el Colegio apostólico, sino a un Apóstol, o a los sucesores de los Apóstoles<sup>23</sup>.

Desde ese momento, ninguna Iglesia –tampoco la de Jerusalén– podrá decir de sí misma que es La Iglesia: la Iglesia será la comunión de las Iglesias o Iglesia universal.

En otras palabras, la dinámica Iglesia universal/Iglesias particulares es pertinente sólo a partir del momento en que la Iglesia realiza su universalidad en y desde las Iglesias particulares, esto es, como la universal comunión de las Igle-

---

<sup>23</sup> *Reflexiones sobre algunos aspectos*, 182.





sias. Con razón se afirma, de una parte, que la Iglesia-misterio manifestada visiblemente en la *Ecclesia universalis* reunida con María, los Apóstoles y Pedro, es “ontológica y temporalmente previa” a cada concreta Iglesia particular que procederá de ella<sup>24</sup>. Justamente por esa misma razón se afirma, de otra parte, que la *Ecclesia universalis* de Pentecostés fue “matriz” no sólo de las Iglesias particulares, sino también de la Iglesia universal en su forma actual de *communio Ecclesiarum*, tal como se da en la historia<sup>25</sup>.

En consecuencia, en su discurrir histórico, la Iglesia universal y las Iglesias particulares no son entidades adecuadamente distintas, sino que viven en mutua interioridad, ya que en cada Iglesia particular se realiza la Iglesia universal. Ahora bien, debe afirmarse, y esto de manera insoslayable, una prioridad de la Iglesia universal, *en cuanto comunio*, en relación con cada una de las concretas Iglesias particulares que la constituyen en cada momento. Sólo la comunión universal, la Iglesia en cuanto una y única, ha recibido del Señor las promesas y los bienes de la Nueva Alianza, los dones de la indefectibilidad y de la infalibilidad en la fe, y de los sacramentos de la fe. Sólo ella, la comunión universal, ha recibido la estructura apostólica de Pedro y los Doce. Cada Iglesia particular realiza el misterio de la Iglesia en la medida en que vive en comunión con la Iglesia universal.

Llegamos así a formular una tesis decisiva para nuestro tema. Si la Iglesia universal *vere adest, inest et operatur* en cada Iglesia<sup>26</sup>, entonces *eo ipso* pertenece al ser mismo de las

---

<sup>24</sup> cf. CONGR. PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Carta *Communio notio*, n. 9.

<sup>25</sup> cf. *Reflexiones sobre algunos aspectos*, 180-181.

<sup>26</sup> cf. CONC. ECUM. VATICANO II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 26; Decr. *Christus Dominus*, n. 11.

Iglesias particulares su connatural interioridad con la Iglesia universal. Este principio tiene consecuencias para la comprensión de las varias dimensiones de la realidad eclesial.

En el plano de la condición cristiana, la mutua interioridad entre Iglesia universal e Iglesia particular se refleja en que todo bautizado se incorpora simultáneamente, por un único y mismo acto (fe y bautismo sacramental), a la Iglesia en sus dos dimensiones, universal y particular. Los cristianos pertenecen, por una misma razón teológica y sacramental, a la Iglesia universal en una Iglesia particular<sup>27</sup>. A su vez, quien pertenece a una Iglesia particular pertenece a todas las Iglesias<sup>28</sup>, y las necesarias dependencias jurídicas, aun permaneciendo firmes, no pueden, sin embargo, sustituir u oscurecer esta radical pertenencia sacramental: “todo fiel se encuentra en su Iglesia, en la Iglesia de Cristo, pertenezca o no, desde el punto de vista canónico, a la diócesis, parroquia u otra comunidad particular”<sup>29</sup>.

La interioridad de la Iglesia universal en cada Iglesia particular se refleja también en la estructura ministerial (episcopal y presbiteral) de la *communio Ecclesiarum*.

En primer lugar se refleja en el Episcopado. Sobre el Colegio episcopal y su Cabeza, el Papa, recae la responsabilidad misionera en la Iglesia universal<sup>30</sup>. La Encíclica *Fidei*

<sup>27</sup> cf. CONGR. PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Carta *Communio notio*, n. 10: “*ingressus in Ecclesiam universalem et vita in ipsa degenda necessario eveniant in aliqua particulari Ecclesia*”.

<sup>28</sup> cf. *ibid.*, n. 10: “*qui ad unam pertinet Ecclesiam particularem, pertinet ad omnes Ecclesias*”.

<sup>29</sup> cf. *ibid.*, n. 10: “*praesertim cum celebratur Eucharistia, quilibet fidelis in Ecclesia sua est, in Ecclesia videlicet Christi, sive pertinet sive non pertinet, sub respectu canonico, ad illam dioecesim, paroeciam vel aliam communitatem particularem ubi fiat talis celebratio*”.

*donum* precisaba una consecuencia de ese dato, a saber, que cada obispo singularmente, en cuanto legítimo sucesor de los Apóstoles y miembro del Colegio, es responsable de la Iglesia entera *in solidum* con los demás obispos<sup>31</sup>. La responsabilidad colegial comporta precisamente un compromiso personalísimo de cada obispo en la actividad misional, compromiso que no puede abdicarse en otras instituciones o quedar diluido en un colectivismo anónimo.

Eso es así porque la sucesión apostólica no sucede individualmente de Apóstoles a obispos y de obispos a obispos, sino colegialmente, del Colegio apostólico al Colegio episcopal<sup>32</sup>. Cada obispo entra personalmente en la sucesión apostólica por su incorporación sacramental y colegial al grupo de sucesores. De manera que la ordenación episcopal constituye al obispo ante todo en miembro del Colegio, y en virtud de este título cada obispo es constituido sacramental y primariamente en una relación directa con la Iglesia universal, pues los obispos han sido ordenados no sólo para una diócesis determinada, sino para la salvación de todo el mundo<sup>33</sup>. En cuanto miembro del Colegio, participa de modo inmediato en la *sollicitudo omnium Ecclesiarum*, como responsabilidad constitutiva y connatural del ministerio de cada obispo, y que “precede” a toda misión canónica particular<sup>34</sup>. Todo obispo es, en

---

<sup>30</sup> cf. CONC. ECUM. VATICANO II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 23; Decr. *Ad gentes*, nn. 5,29,38; CONG. PARA LOS OBISPOS, *Directorio para el ministerio pastoral de los Obispos Apostolorum successores*, 22-II-2004, n. 17.

<sup>31</sup> cf. CONC. ECUM. VATICANO II, Decr. *Christus Dominus*, n. 6.

<sup>32</sup> cf. CONC. ECUM. VATICANO II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 22.

<sup>33</sup> cf. CONC. ECUM. VATICANO II, Decr. *Ad gentes*, n. 38; JUAN PABLO II, Exh. apost. postsinodal *Pastores Gregis*, 16-X-2003, n. 65.

<sup>34</sup> cf. U. BETTI, *La doctrina sull'episcopato del Concilio Vaticano II*, Roma 1984, 108-109; 380; 399; vid. ÍDEM, “*Relaciones entre el Papa y los otros*

consecuencia, evangelizador universal y responsable de la actividad misionera en todo el mundo.

También el ministerio de los presbíteros participa de la solicitud del ministerio episcopal por la Iglesia universal. Como este es uno de los presupuestos principales de la Encíclica *Fidei donum*, nos detenemos en él.

### 3. La dimensión universal del presbiterado

El Concilio Vaticano II, siguiendo el impulso de la Encíclica de Pío XII, abordó el fundamento teológico del ministerio de los presbíteros en la Iglesia universal.

La enseñanza conciliar sobre el presbiterado tiene como punto de partida la unidad de consagración y misión entre obispos y presbíteros. “Todos los presbíteros, en unión con los obispos, participan en el único sacerdocio y en el único ministerio de Cristo”<sup>35</sup>. Cristo hizo partícipes de su consagración y misión a los Apóstoles y a los obispos que les suceden en el ministerio. Los presbíteros participan en esa misma consagración y misión como don recibido directamente del Señor, no de los obispos; pero lo ejercen, por exigencia sacramental, de modo subordinado y en comunión jerárquica con el Orden de los Obispos<sup>36</sup>.

El presbiterado se entiende, por tanto, en función del Colegio episcopal. Los presbíteros son constituidos, por la

---

*membros del Colegio episcopal*”, en G. BARAÚNA, (dir.), *La Iglesia del Vaticano II*, Barcelona 1966, t. II, 783. cf. JUAN PABLO II, Exh. apost. *Pastores gregis*, n. 8.

<sup>35</sup> CONC. ECUM. VATICANO II, Decr. *Presbyterorum Ordinis*, n. 7.

<sup>36</sup> cf. *ibid.*, n. 7.



ordenación, en el “Orden del presbiterado para ser los cooperadores del Orden episcopal”<sup>37</sup>. El efecto primero de la ordenación sacramental es el de incorporar al presbítero al *Ordo presbyterorum* universal, lo que origina un vínculo constitutivo de los presbíteros en su conjunto con los obispos en su conjunto. Ser presbítero es incorporarse sacramentalmente al *Ordo presbyterorum* que se ensambla (*coaptatur*) con el Colegio episcopal<sup>38</sup>. Todos los presbíteros, por la ordenación, están unidos entre sí y con el *Ordo episcoporum* en una comunión sacramental, de suyo universal<sup>39</sup>. La consecuencia operativa de esta unidad orgánica es la colaboración ministerial del *Ordo presbyterorum* con la misión universal del Colegio. “Ser presbítero es abrirse por un vínculo estructural con el cuerpo episcopal a la dimensión universal de la misión de la Iglesia”<sup>40</sup>.

En efecto, en virtud del común vínculo sacramental que une obispos y presbíteros entre sí, incumbe también a los presbíteros la *sollicitudo omnium ecclesiarum* de los obispos.

Todos los presbíteros, tanto diocesanos como religiosos, se encuentran, en razón del orden y del ministerio, unidos al cuerpo de los obispos y, en virtud de su vocación y de su gracia, están al servicio del bien de toda la Iglesia<sup>41</sup>.

---

<sup>37</sup> *Ibíd.*, n. 2.

<sup>38</sup> CONC. ECUM. VATICANO II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 28; Decr. *Presbyterorum Ordinis*, n. 2.

<sup>39</sup> cf. CONC. ECUM. VATICANO II, Const. dogm. *Lumen gentium* n. 28; Decr. *Presbyterorum Ordinis*, n. 8.

<sup>40</sup> H. DENIS, “La théologie du presbytérat de Trente à Vatican II”, en J. FRISQUE-Y. CONGAR, *Les prêtres: décrets ‘Presbyterorum Ordinis’ et ‘Optatum totius’*, Paris 1968, 224-226; vid. A. GARCÍA SUÁREZ, “La unidad de los presbíteros”, en ÍDEM, *Eclesiología, catequesis, espiritualidad*, Pamplona 1998, 147.

<sup>41</sup> CONC. ECUM. VATICANO II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 28.

El don sacramental de la ordenación no destina a los presbíteros a una misión limitada, sino que les hace partícipes de la misma amplitud universal del sacerdocio y la misión de Cristo transmitida de los Apóstoles a los obispos<sup>42</sup>. En virtud de la ordenación sacerdotal, el presbítero es hecho partícipe de la solicitud por toda la Iglesia<sup>43</sup>.

El *Ordo presbyterorum* colabora con el Colegio episcopal en la forma estructural de presbiterios presididos por los obispos, en unidad de misión y en diversidad de ministerios. No existe un *presbyterium* de la Iglesia universal materialmente distinto de los presbiterios particulares; eso supondría una idea de Iglesia universal adecuadamente distinta de las Iglesias que la constituyen en cada momento. En cambio, el vínculo sacramental que une al *Ordo presbyterorum* con el *Ordo episcoporum* es el mismo que une a todos los presbíteros entre sí y con todos los obispos y, simultáneamente, es el mismo vínculo que une en un *presbyterium* particular a un grupo de presbíteros entre sí y con el obispo que lo preside. De manera que la ordenación constituye a los presbíteros simultáneamente en cooperadores del Colegio episcopal universal en el seno de las Iglesias particulares y de sus presbiterios. Esto sucede de una manera característica.

En efecto, la simultaneidad sacramental antes mencionada impide pensar la relación de los presbíteros con cada obispo y con el Orden de los obispos según un doble momento sucesivo. La ordenación sacramental no incorpora al presbítero, primero, a un presbiterio local, y por mediación de un obispo, en un momento segundo, vendría a entrar el presbítero en comunión con los demás obis-

<sup>42</sup> cf. CONC. ECUM. VATICANO II, Decr. *Presbyterorum Ordinis*, n. 10.

<sup>43</sup> cf. *ibid.*, n. 11



pos<sup>44</sup>. Por el contrario, en virtud de la ordenación, los presbíteros entran en el *Ordo presbyterorum*, que es *natura sua* universal y en un *presbyterium* particular como momento segundo<sup>45</sup>. Esta secuencia, que es de orden teológico, no cronológico, resulta del todo evidente. Baste pensar que si la ordenación presbiteral tuviera como efecto primero la incorporación a un presbiterio local, el paso de un presbítero de una Iglesia a otra Iglesia comportaría su “reordenación” (lo que resulta tan inconcebible como que el paso de un bautizado de una Iglesia particular a otra comporte su “rebautismo”). En definitiva, el vínculo sacramental que une a los presbíteros entre sí y con todos los obispos es el mismo en ambas dimensiones, universal y particular, y la unidad de los presbíteros entre sí y con el obispo en los presbiterios particulares es tan sacramental como la unidad que existe en el *Ordo presbyterorum* que se realiza existencialmente en los presbiterios particulares<sup>46</sup>.

---

<sup>44</sup> La idea fue corregida durante la elaboración del Decreto *Presbyterorum ordinis*: “*non potest negari unitas omnium Presbyterorum cum toto Ordine Episcoporum, neque potest dici Presbyterum per ordinationem fieri cooperatores tantum sui Episcopi, uti voluerunt aliqui Patres*” (cit. en J. FRISQUE, *Le Décret Presbyterorum ordinis. Histoire et commentaire*, en J. FRISQUE-Y. CONGAR, *Les prêtres: décrets ‘Presbyterorum Ordinis’ et ‘Optatam totius’*, París 1968, 154, nota 105). cf. A. GARCÍA SUÁREZ, “La unidad de los presbíteros”, en ÍDEM, *Eclesiología, catequesis, espiritualidad*, Pamplona 1998, 145-146. La Comisión rechazó también un *modus* al n. 10 de *Presbyterorum ordinis*, según el cual el presbítero es destinado por la “ordenación” a una porción limitada de la Iglesia; la Comisión contestó que la ordenación es el don espiritual del presbiterado, es decir, la participación en el Sacerdocio de Cristo y en Su misión universal (cf. R. WASELINCK, *Les Prêtres. Élaboration du Décret de Vatican II. Commentaire*, París 1968, 104).

<sup>45</sup> cf. J. FRISQUE, *Le Décret Presbyterorum ordinis. Histoire et commentaire*, en J. FRISQUE-Y. CONGAR, *Les prêtres: décrets ‘Presbyterorum Ordinis’ et ‘Optatam totius’*, París 1968, 156.

<sup>46</sup> En las labores redaccionales del Concilio Vaticano II se distinguía entre pertenencia al *Ordo presbyterorum*, en virtud de la ordenación sacramental, y la pertenencia a un presbiterio local, en razón de la incardinación y la

En consecuencia, la pertenencia primaria al *Ordo presbyterorum*, de suyo universal, comporta pertenecer sacramentalmente a todos los presbiterios particulares (análogamente a como el bautismo comporta para un fiel pertenecer a todas las Iglesias particulares). Por ese motivo, carecería de sentido una nueva ordenación para el paso de un presbítero a otro; en cambio, habrá una modificación, de mayor o menor alcance, del estatus jurídico-pastoral de un presbítero (incardinación, misión canónica). Esta regulación de la dependencia y de la dedicación pastoral genera vínculos jurídicos cuya importancia no se subrayará suficientemente. Pero el diverso estatus jurídico de los presbíteros se sitúa en un nivel distinto del estatus teológico, y deja intocada la radical unidad sacramental de los presbíteros entre sí y con el obispo en el seno del *presbyterium* de cada Iglesia particular, y con todos los presbíteros y todos los obispos en la *communio Ecclesiarum*<sup>47</sup>.

---

misión canónica. Esta diferencia podría hacer pensar que el *Ordo presbyterorum* es de origen y naturaleza sacramental y, en cambio, los presbiterios locales son de origen y naturaleza jurídica; o bien que los presbíteros se unen en el *presbyterium* ante todo por vínculos jurídicos. Los documentos conciliares no son unívocos, y dejan abierta la cuestión. Una serie de textos afirman la pertenencia sacramental de todos los presbíteros al *presbyterium* (cf. LG 28; PO 8; CD 34); algún texto parece insinuar, en cambio, que sólo los sacerdotes de incardinación diocesana forman el *presbyterium* (cf. CD 28). cf. J. GARCÍA MARTÍN, “También los Religiosos Presbíteros pertenecen al Presbiterio Diocesano” (*Lineamenta*, n. 39), en *Commentarium pro Religiosis et Missionariis* 75 (1994), 149-162; en sentido contrario G. INICITI, *Il presbiterio diocesano e i presbiteri religiosi. I. Il Concilio Vaticano II Quaderni di diritto ecclesiale* 12 (1999), 413-436; “Il Codice di diritto canonico”, *ibíd.* 16 (2003), 307-328. Vid. A. CATTANEO, “Il Presbiterio della Chiesa Particolare. Questioni sollevate dalla dottrina canonistica ed ecclesiologica postconciliare”, en *Ius Ecclesiae* 5 (1993), 497-529.

<sup>47</sup> En el Congreso sobre la distribución del clero celebrado en Malta, del 14 al 28 de mayo de 1970, organizado por la Congregación para el Clero, se propuso “l’opportunità di mutare il titolo di ordinazione: i presbiteri dovevano



El presbiterado se encuentra *natura sua* abierto a toda la *communio Ecclesiarum*, y la inserción del presbítero en la Iglesia particular comporta *eo ipso* su inserción en la comunión universal de las Iglesias. Por esto, el servicio de los presbíteros en otras Iglesias diversas de la de origen no constituye, teológicamente hablando, una excepción tolerada en su dedicación a la diócesis; antes bien, constituye un servicio inmediato también a la Iglesia particular de origen. La diocesaneidad bien entendida comporta la catolicidad<sup>48</sup>. Un presbítero se encuentra en cualquier *presbyte-*

---

essere ordinati non più con il titolo del *servitium dioecesis*, ma con quello del *servitium ecclesiae*, per sottolineare la dimensione universale del ministero presbiterale e la disponibilità a esercitarlo anche al di là dei confini della propria Chiesa particolare” (P. PAVANELLO, “I Presbiteri ‘fidei donum’ speciale manifestazione della comunione delle Chiese particolari tra loro e con la Chiesa universale”, en *Quaderni di diritto ecclesiale* 9 [1996], 43). Los problemas prácticos que supondría esa sugerencia son fáciles de imaginar. A mi entender, la propuesta del título *servitium ecclesiae* aspiraba a traducir en términos canónicos un dato verdadero: la universalidad del *Ordo presbyterorum* al que se entra a formar parte por la ordenación. Naturalmente no existe un *Presbyterium* de la Iglesia universal al que jurídicamente se incardinan presbíteros con el título *servitium ecclesiae*. La pertenencia al *Ordo presbyterorum* universal es sacramental, y comporta *eo ipso* la radical pertenencia sacramental simultánea a todos los presbiterios. Esta pertenencia teológico-sacramental se sitúa en un nivel distinto de la dimensión jurídica-organizativa del ministerio eclesial. Un ejemplo es clarificador: así como un bautizado no pertenece, en rigor, a una Iglesia particular en virtud del domicilio, sino por el bautismo (y por ese título sacramental pertenece simultáneamente a todas las Iglesias particulares), análogamente un presbítero pertenece al presbiterio de una Iglesia particular no en razón de la incardinación, sino en virtud de la ordenación (y por ese título sacramental pertenece al *Ordo presbyterorum* que se realiza simultáneamente en todos los presbiterios). No es posible una traducción de ese dato sacramental, que es universal y permanente, en términos jurídico-organizativos (bien importantes) que son potencialmente mudables (incardinación, misión canónica), pues concretan el ejercicio del ministerio y el *status* canónico (variado) en el interior de un *presbyterium* (uno u otro) de origen y naturaleza sacramental.

<sup>48</sup> “L’incardinazione non deve rinchiudere il sacerdote in una mentalità ristretta e particolaristica, ma aprirlo al servizio anche di altre chiese, perché

*rium* en su hogar natural, en estrecha fraternidad sacramental con sus hermanos y con el obispo de la Iglesia particular. Cuando la Instr. *Postquam apostoli* afirma, en continuidad con el Concilio Vaticano II, que todos los presbíteros “han de sentirse afectados por las necesidades de la Iglesia universal” para ejercer su ministerio en las Iglesias particulares que lo necesiten “como si fuera en la propia diócesis”<sup>49</sup>, está apelando a un aspecto esencial del presbiterado, que debería tener vigencia permanente en toda Eclesiología verdaderamente misionera.

Debemos ahora integrar estas consideraciones sobre el ministerio en la perspectiva de la misión en el seno de la *communio Ecclesiarum*.

#### 4. La Misión en el seno de la *communio Ecclesiarum*

El Decr. *Ad gentes* ofreció un nuevo paradigma para la comprensión de las “misiones”, en la línea de lo que decía, con fuerza y belleza, Louis Bouyer: que las Iglesias loca-

---

ogni Chiesa è la realizzazione particolare dell’única Chiesa di Gesù Cristo, tanto che la Chiesa universale vive e compie la sua missione nelle e dalle chiese particolari in comunione effettiva con essa” (CONG. PARA EL CLERO, *Direttorio per il ministero e la vita dei presbíteri*, 31-I-1994, n. 14). Por ello, la vocación misionera “especial” de los sacerdotes diocesanos no constituye propiamente “una ‘seconda’ vocazione sacerdotale, ma solo una ‘esplicitazione’ e una dilatazione della prima, che, proprio per la sua intenzionalità misionaria generale, non può rifiutarsi alle sollecitazioni dei fatti e delle situazioni di bisogno in altri campi della Chiesa” (S. CIPRIANI, *Le linee ‘teologiche’ dell’Istruzione ‘Postquam apostoli’ sulla migliore ‘distribuzione’ del clero*, en *La Rivista del clero italiano* 63 [1982], 773).

<sup>49</sup> cf. CONG. PARA EL CLERO, Instr. *Postquam apostoli*, 25-III-1980, n. 5; n. 29: “...devono inserirsi nella comunità locale come se fossero membri nativi di quella Chiesa particolare”; cf. Decr. *Presbyterorum ordinis*, n. 10.



les no surgen, ante todo, por fraccionamiento, sino “como por reproducción y trasplante”<sup>50</sup>. La dilatación de la Iglesia se realiza mediante la evangelización y la génesis de nuevas Iglesias. Con el primer anuncio del Evangelio, y el bautismo, se edifican comunidades eucarísticas que crecen con identidad propia, con estructuras de servicio todavía embrionarias, quizá todavía sin obispo autóctono, y servidas por los enviados de otras Iglesias (presbíteros seculares y regulares, religiosos y laicos). Teológicamente, esa actividad misional no genera un extraño espacio periférico, que sólo con la erección canónica en diócesis alcanzaría su normalidad eclesiológica. En rigor, la misión no genera “misiones” sino “Iglesias”, por pequeñas que sean en su inicio. Este nuevo paradigma puede resumirse en una frase: de las “misiones” a las “Iglesias en formación”, todas ellas iguales en su estatuto teológico.

Queda así superado el dualismo de Iglesias “constituidas” y “territorios de misión”, entendidos estos como zonas excéntricas puestas bajo la exclusiva competencia del Papa, quedando los obispos y las Iglesias particulares exoneradas de responsabilidad. En cambio, la perspectiva de la misión como tarea solidaria de las Iglesias, tiene su expresión multiforme en la cooperación entre ellas, supremamente moderada por el Sucesor de Pedro. Como Obispo de la Iglesia de Roma, que preside la *communio Ecclesiarum*, la responsabilidad universal del Papa activa la fraternidad entre las Iglesias particulares y sus obispos; alienta la tarea de las Conferencias episcopales; coordina bajo su dirección las iniciativas locales y el envío de misioneros desde las Iglesias particulares —jóvenes o antiguas—, y los sostiene eventualmente mediante los instrumentos

---

<sup>50</sup> L. BOUYER, *L'Église de Dieu*, Paris 1970, 337.

institucionales oportunos<sup>51</sup>. De este modo, la misión se lleva a cabo como proyección del universalismo cristiano en y desde la *communio Ecclesiarum* presidida por el Sucesor de Pedro. Esta manera de realizar la misión viene espléndidamente resumida en el lema que preside el Simposio: “Todas las Iglesias para todo el mundo”.

La Enc. *Fidei donum* apelaba a la responsabilidad de los obispos para el envío en misión de presbíteros. El acento venía puesto quizá más en la distribución del clero que en el significado de ese servicio temporal de presbíteros en otras Iglesias particulares. El Concilio Vaticano II y el magisterio posterior han subrayado, en efecto, que el envío en misión no es sólo una respuesta a un problema coyuntural de recursos, o una simple exigencia de la responsabilidad de los obispos. Siendo eso cierto, el envío en misión de presbíteros y laicos, suceda en la forma organizativa que sea, significa más hondamente un signo connatural de colaboración en todas las direcciones, de ida y de vuelta, de la *communio Ecclesiarum*; una expresión de la *sollicitudo omnium ecclesiarum* que debe animar la acción, no sólo del Colegio episcopal y de su cabeza, sino de todo fiel cristiano y de todas las Iglesias particulares<sup>52</sup>.

El magisterio posconciliar ha desarrollado esa acrecentada conciencia de que la cooperación entre las Iglesias es fruto de la responsabilidad de todo el Pueblo de Dios y de

---

<sup>51</sup> cf. P. PAVANELLO, *La cooperazione fra le Chiese*, en GRUPPO ITALIANO DOCENTE DI DIRITTO CANONICO, *Chiese particolari e Chiesa universale*, Milano 2003, 78-80.

<sup>52</sup> Es interesante que el título mismo de las Normas directivas *Postquam Apostoli* sitúan el tema de la distribución del clero en el contexto de la cooperación entre las Iglesias: *Norme direttive per la collaborazione delle Chiese particolari fra di loro e specialmente per una migliore distribuzione del clero nel mondo*.

la catolicidad del Cuerpo místico, que es también el universal Cuerpo de las Iglesias. Es una manifestación exacta de la naturaleza misionera del entero Pueblo de Dios. La Iglesia es misionera por naturaleza en cada una de las Iglesias particulares en las que la Iglesia Católica vive y actúa, *inest et operatur*<sup>53</sup>.

Todo el misterio de la Iglesia está contenido en cada Iglesia particular, con tal de que esta —advierte Juan Pablo II— no se aísle, sino que permanezca en comunión con la Iglesia universal y, a su vez, se haga misionera<sup>54</sup>.

La perspectiva misionera de la *communio Ecclesiarum* libera a las Iglesias particulares de clausurarse en un localismo ajeno a la catolicidad eclesial<sup>55</sup>. Ninguna Iglesia puede aislarse en su autosuficiencia, sino que “como parte viva de la Iglesia universal, debe abrirse a las necesidades de las demás Iglesias”<sup>56</sup>.

Una eclesiología que otorga todo su valor a las Iglesias locales mantiene vigente —no puede ser de otro modo— esta vocación universalista de la Iglesia. Cada Iglesia forma parte intrínseca de las demás, y la “solicitud por todas las Iglesias” es connatural a cada Iglesia particular<sup>57</sup>. En cada

---

<sup>53</sup> cf. CONC. ECUM. VATICANO II, Decr. *Christus Dominus*, n. 11.

<sup>54</sup> *Redemptoris Missio*, n. 48.

<sup>55</sup> cf. S. CIPRIANI, *Le linee 'teologiche' dell'Istruzione 'Postquam apostoli' sulla migliore 'distribuzione' del clero*, en *La Rivista del clero italiano* 63 (1982), 768.

<sup>56</sup> CONG. PARA EL CLERO, *Noche direttive Postquam apostoli*, n. 14.

<sup>57</sup> “Ogni Chiesa particolare in quanto realizzazione dell'unica Chiesa di Cristo è in qualche modo presente in tutte le Chiese particolari ‘nelle quali e dalle quali ha la sua esistenza la Chiesa cattolica una ed unica’ (LG 23)” (GIOVANNI PAOLO II, *Discorso a la Curia Romana*, 21-XII-1985, AAS 77 [1984] 506). “Tutta la Chiesa locale deve portare iscritta nella propria vita la sollicitudine delle altre Chiese locali” (J. R. TILLARD, *Chiesa di Chiesa*, Brescia 1989, 305).

Iglesia la tarea misionera es originaria e indelegable, en cuanto verdaderos sujetos que “en su mismo ser de Iglesias viven *in loco* la Iglesia única y universal de Cristo”<sup>58</sup>. La cooperación no es una mera obligación extrínseca, sino la expresión de un dinamismo interno que conduce a la Iglesia particular a “promover toda la actividad que es común a la Iglesia universal”<sup>59</sup>. La Iglesia particular, formada a imagen de la Iglesia universal, a la que debe representar lo más perfectamente posible, lleva consigo las esperanzas y las angustias, las alegrías y las tristezas de toda la Iglesia<sup>60</sup>.

La comunión de las Iglesias particulares con la Iglesia universal alcanza su perfección con la participación en la misión<sup>61</sup>. La cooperación da la medida de la vitalidad eclesial y de la caridad mutua. Rige entonces un admirable enriquecimiento en el Cuerpo de Cristo.

Todos los fieles esparcidos por el haz de la tierra comunican en el Espíritu Santo con los demás, y así “el que habita en Roma sabe que los indios son también sus miembros”<sup>62</sup>.

Las Iglesias actúan la comunión católica por la cual...

... cada una de las partes presenta sus dones a las otras partes y a toda la Iglesia, de suerte que el todo y cada uno de sus

<sup>58</sup> JUAN PABLO II, Exh. apost. *Pastores dabo vobis*, n. 74.

<sup>59</sup> *Ibid.*

<sup>60</sup> cf. *ibid.*; Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 23; Decr. *Ad gentes*, n. 20.

<sup>61</sup> «La comunione delle Chiese particolari con la Chiesa universale raggiunge la sua perfezione solo quando anch'esse prendono parte all'impegno missionario in favore dei non cristiani, dentro e fuori dei propri confini. In questo stupendo dinamismo missionario, i presbiteri hanno necessariamente un posto di rilievo. Ciò tanto più vale per quelli operanti nei territori di missione, dove è in atto l'evangelizzazione dei non cristiani” (GIOVANNI PAOLO II, *Allocuzione alla Plenaria della Congregazione dell'Evangelizzazione dei Popoli*, 14-IV-1989: AAS 81 [1989], 1139).

<sup>62</sup> Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 13.



elementos se aumentan con todos lo que mutuamente se comunican y tienden a la plenitud en la unidad<sup>63</sup>.

La cooperación comporta...

... vínculos de íntima comunicación de riquezas espirituales, operarios apostólicos y ayudas materiales. (...) a cada una de las Iglesias pueden aplicarse estas palabras del Apóstol: “El don que cada uno haya recibido, póngalo al servicio de los otros, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios” (1Pe, 4, 10)<sup>64</sup>.

No existen Iglesias ricas e Iglesias pobres, pues todas están necesitadas de los dones de las otras, y todas se enriquecen con el dar y el recibir recíprocos<sup>65</sup>. “La pobreza de una Iglesia que recibe ayuda –dice Juan Pablo II– enriquece a la Iglesia que se priva al ayudar”<sup>66</sup>. Sean Iglesias de antigua cristiandad, sean Iglesias jóvenes, todas han de cultivar el dar y el recibir para la misión, incluso desde la escasez y la pobreza<sup>67</sup>.

La mutua interioridad en que viven las Iglesias se traduce en llevar los propios dones unas a otras. Entre esos

---

<sup>63</sup> *Ibíd.*

<sup>64</sup> *Ibíd.*

<sup>65</sup> “Parlando di questo argomento, si usano sovente espressioni, come quelle di ‘diocesi ricche’ o ‘diocesi povere’; espressioni che potrebbero indurre in errore, come se una chiesa dia soltanto aiuto, e l’altra soltanto lo riceva. Invece la questione sta in altri termini: si tratta, infatti, di una scambievole collaborazione, perché esiste una vera reciprocità fra le due chiese, in quanto la povertà di una chiesa che riceve aiuto, rende più ricca la chiesa che si priva nel donare, e lo fa sia rendendo più vigoroso lo zelo apostolico della comunità più ricca, sia soprattutto comunicando le sue esperienze pastorali, che spesso sono utilissime e possono riguardare un metodo più semplice ma più efficace di lavoro pastorale, o gli ausiliari laici nell’apostolato, o le piccole comunità, ecc.” (CONG. PARA EL CLERO, *Noche direttive Postquam apostoli*, n. 15).

<sup>66</sup> GIOVANNI PAOLO II, *Mesaggio per la Giornata mondiale delle missioni*, 30-V-1982, n. 2: AAS 74 (1982), 868.

<sup>67</sup> cf. JUAN PABLO II, Enc. *Redemptoris missio*, n. 85.

dones se encuentra el envío y acogida de presbíteros, religiosos y laicos<sup>68</sup>. A lo largo de los siglos y hasta hoy, los Institutos religiosos han llevado a cabo un meritorio servicio en la evangelización del mundo sobrellevando el peso del día y del calor<sup>69</sup>. Nunca se agradecerá suficientemente su entrega generosa a la causa misional. En la actualidad, el redescubrimiento de que toda la Iglesia particular es sujeto activo de la misión<sup>70</sup>, tiene también su fruto gozoso en la marcha en misión de los presbíteros *fidei donum* como “sacerdotes diocesanos para la misión universal”<sup>71</sup>. Su envío es un signo vivo de la comunión efectiva, y no sólo afectiva, entre las Iglesias particulares.

Con la marcha en misión el presbítero, además, realiza su dedicación directísima a la Iglesia particular de origen<sup>72</sup>. Ciertamente, no todos —obispo, presbíteros, religio-

---

<sup>68</sup> El envío eclesial de laicos está por desarrollar en toda su potencialidad. cf. SACRA CONGREGAZIONE PER L'EVANGELIZZAZIONE DEI POPOLI, Lettera circolare *L'azione missionaria dei laici*, 17-V-1970; cf. Note direttive *Postquam apostoli*, n. 15 y 26; COMISIÓN EPISCOPAL DE MISIONES Y COOPERACIÓN ENTRE LAS IGLESIAS, *Laicos misioneros* (8-XII-1996); COMMISSIONE EPISCOPALE PER LA COOPERAZIONE TRA LE CHIESE, Nota Pastorale *I laici nella missione 'ad gentes' e nella cooperazione tra i popoli* (15-I-1990). cf. P. PAVANELLO, “La cooperazione fra le Chiese”, en GRUPPO ITALIANO DOCENTE DI DIRITTO CANONICO, *Chiese particolari e Chiesa universale*, Milano 2003, 65-68.

<sup>69</sup> cf. CONC. ECUM. VATICANO II, Decr. *Ad Gentes*, n. 27.

<sup>70</sup> “La missionarietà del sacerdote diocesano è radicata in primo luogo nella riscoperta conciliare della Chiesa particolare come soggetto di missione: egli al servizio di tale Chiesa realizza il suo sacerdozio in una prospettiva universale” (CONFERENZA EPISCOPALE ITALIANA, *I sacerdoti diocesani in missione nelle Chiese sorelle*. Nota pastorale della Commissione per la cooperazione tra le Chiese, I).

<sup>71</sup> JUAN PABLO II, Enc. *Redemptoris missio*, nn. 67-68.

<sup>72</sup> “La pertenencia y dedicación a una Iglesia particular no circunscriben la actividad y la vida del presbítero, pues, dada la misma naturaleza de la Iglesia particular y del ministerio sacerdotal, aquellas no pueden reducirse a estrechos límites” (JUAN PABLO II, Exh. apost. *Pastores dabo vobis*, n. 32).





sos y laicos— han de marchar en misión, pero en cada Iglesia todos han de vivir de manera que algunos marchen, y que ese envío sea fruto del empeño orgánico de la comunidad que, por medio de sus mensajeros, ejerce su responsabilidad universal<sup>73</sup>. Una Iglesia particular que no tiene hombres y mujeres enviados en misión a otras Iglesias, vive empobrecida en su ser de Iglesia. Por este motivo, el presbítero *fidei donum* es memoria permanente de que toda la Iglesia, todas las Iglesias, y todos en las Iglesias, sacerdotes y fieles, se hallan en “estado de misión”, consagra-

---

“Además de los presbíteros que pertenecen a institutos misioneros, propónganse las diócesis enviar sus propios sacerdotes que sienten la llamada de Cristo, como misioneros *fidei donum*, para que se inserten en la actividad misionera propiamente dicha. Estos sacerdotes estén felices de poder vivir con toda plenitud la comunión con Cristo enviado por el Padre (cf. Jn 17,18; 20,21) y con la Iglesia universal, poniéndose a disposición de su Obispo para ser enviados a predicar el Evangelio a otros pueblos” (CONG. PARA LA EVANGELIZACIÓN DE LOS PUEBLOS, *Guía pastoral para los sacerdotes diocesanos de las Iglesias que dependen de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos*, 1-X-1989, n. 4). “Cosicché tutti i sacerdoti devono alimentare tale disponibilità d’animo nel loro cuore, e se qualcuno ottiene dallo Spirito del Signore una particolare vocazione, con il consenso del suo vescovo, non rifiuterà di recarsi in un’altra diocesi per continuare il suo ministero. Comunque, tutti i sacerdoti devono essere sensibili ai bisogni della chiesa universale, e quindi informarsi sia sullo stato delle missioni, sia su quello delle chiese particolari che si trovano in qualche particolare difficoltà, affinché possano esortare i fedeli a partecipare ai bisogni della chiesa” (CONG. PARA EL CLERO, *Noche direttive Postquam apostoli*, n. 5).

<sup>73</sup> cf. JUAN PABLO II, Enc. *Redemptoris missio*, n. 77. Incumbe especialmente al obispo suscitar y sostener la cooperación misionera: cf. JUAN PABLO II, Exh. apost. postsinodal *Pastores Gregis*, 16-X-2003, n. 65; CONG. PARA LOS OBISPOS, *Directorio para el ministerio pastoral de los Obispos ‘Apostolorum successores’*, 22-II-2004, n. 17; CONGREGAZIONE PER L’EVANGELIZZAZIONE DEI POPOLI, Instr. *Cooperatio missionalis* (1-X-98). CIC 1983, can. 782, par. 2; can. 791. Vid. E. BUENO DE LA FUENTE, “La Iglesia local, espacio de comunión para la misión”, en *‘¡Es la hora de la misión!’*. *Los organismos de animación misionera, espacios de comunión*, 57. *Semana Española de Misionología*, Burgos 2004, 39-64.

dos y enviados como Cristo mismo a anunciar el Evangelio y ofrecer a la humanidad los dones recibidos del Señor<sup>74</sup>.

Como conclusión de estas reflexiones nada mejor que unirse de corazón a las palabras de Benedicto XVI en su reciente Exh. apost. *Sacramentum caritatis*: en nombre de la Iglesia entera, dice el Papa,

... expreso un agradecimiento especial a los presbíteros *fidei donum*, que con competencia y generosa dedicación, sin escatimar energías en el servicio a la misión de la Iglesia, edifican la comunidad anunciando la Palabra de Dios y partiendo el Pan de Vida... hay que dar gracias a Dios por tantos sacerdotes que han sufrido hasta el sacrificio de la propia vida por servir a Cristo. En ellos se ve de manera elocuente lo que significa ser sacerdote hasta el fondo<sup>75</sup>.

---

<sup>74</sup> “La Iglesia universal, todas las Iglesias particulares, todas las instituciones y asociaciones eclesiales y cada cristiano en la Iglesia tienen el deber de colaborar para que el mensaje del Señor se difunda y llegue hasta los últimos confines de la tierra (cf. Hch 1,8), y el Cuerpo místico llegue a la plenitud de su madurez en Cristo (cf. Ef 4,13)” (*Cooperatio missionalis*, n. 1).

<sup>75</sup> Exh. apost. postsindal *Sacramentum caritatis*, 22-II-2007, n. 26.





### III

## *Fidei donum*: contexto socio-político y eclesial\*

ELOY BUENO DE LA FUENTE  
Facultad de Teología del Norte de España  
(Sede de Burgos)

La conmemoración de la Encíclica *Fidei Donum* en el contexto de la encrucijada de la evangelización en África nos permitirá valorarla en toda su significación histórica. Es una ocasión para que desde su pasado siga interpelando nuestras opciones del presente. Aún en sus limitaciones, propias de la época de su redacción, debemos captar lo que en ella hay de aliento profético, de “intuición profética” en expresión de Juan Pablo II. Gracias a iniciativas semejantes la apertura misionera aporta su auténtica contribución en la Iglesia: es fuerza de rejuvenecimiento y manantial de futuro. Como decía Georg Steiner hablando de los clásicos, la lectura que hagamos de ella es a la vez una lectura de nuestra presente en virtud de su capacidad de provocación y de innovación.

El papa Pío XII había publicado ya en 1951 una Encíclica dedicada al tema misionero: *Evangelii Praecones*. Pocos años después, el 21 de abril de 1957, publica *Fidei Donum*. Su autor es consciente de la importancia que tiene

---

\* Ponencia de la LX Semana de Misionología de Burgos (9-13 de julio de 2007): “África, una provocación para el mundo y la Iglesia. A los cincuenta años de la *Fidei Donum*”.



el documento: la firma en la solemnidad de Pascua; la califica como “*Litterae Encyclicae*” (y no “*epistula encyclica*”) para expresar que se trata de una encíclica de mayor importancia magisterial, ya que estaba inspirada por circunstancias particularmente graves que afectaban a todo el mundo católico.

El relieve del texto papal queda suficientemente manifiesto por tres aspectos que marcan un notable avance dentro de las líneas que venía estableciendo el magisterio pontificio a lo largo del siglo XX: a) la interpelación urgente dirigida a todas las Iglesias del orbe católico (y más directamente a los obispos); b) la solicitud dirigida directamente a los presbíteros del mundo entero; c) la percepción de las necesidades sociales y culturales que exigen una preparación especializada en los misioneros (de modo especial en los laicos). Aun siendo esto realmente importante, su trascendencia procede del hecho de ser una reacción ante un cambio de carácter histórico: la transformación histórica que estaba experimentando África introducía una novedad en la historia del mundo, ante lo cual no puede dejar de manifestarse la vitalidad eclesial mediante un renovado compromiso evangelizador. Podemos hablar en este sentido de un ejemplo de lo que significa la lectura profética de los signos de los tiempos.

Ya desde esta primera constatación se percibe la gran pregunta que deja planteada la Encíclica: dado que es necesario interpretar los signos de los tiempos, en su intrínseca ambivalencia, ¿puede la Iglesia tomar postura de otro modo que haciéndose protagonista por medio de la evangelización, asumiendo con más pasión el horizonte de la misión universal? Esta pregunta debe permanecer como la provocación dirigida a nuestro presente.

Para descubrir la *Fidei Donum* como punto de referencia vamos a arrancar del contexto misionero de los siglos precedentes, porque así podremos valorar hasta qué punto la evolución de las circunstancias (el cambio en el escenario africano) ayuda a desarrollar posibilidades que estaban aleteando e insinuándose en la vida eclesial; engarzada en su situación histórica, la reflexión doctrinal pierde su tenor teórico para cargarse de vida y de llamadas a la conversión; el mismo Papa señala algunas líneas por las cuales debe avanzar el compromiso eclesial. Comprendida de este modo la Encíclica, podremos mencionar algunas limitaciones que han sido superadas por la evolución posterior de la experiencia eclesial y misionera, sin que ello debilite su enorme significado histórico.

## 1. Una herencia en evolución

La *Fidei Donum* se inserta en el proceso, continuamente cambiante, de las diversas figuras que va adoptando la actividad misionera de la Iglesia. Vamos a mencionar las líneas dominantes que se prolongan desde los inicios de la edad moderna (cuando comienza el período de las “misiones extranjeras”), que no deja de repercutir en los avatares de la Iglesia y de la sociedad, y que provoca a la Iglesia a que vaya tanteando nuevas respuestas a través de las encíclicas misioneras del siglo XX.

### 1.1. La eclesiología post-tridentina y belarminiana

El período misionero de la edad moderna se despliega en el marco de una eclesiología centralista, jerárquica y pirami-



dal que caracterizó los siglos XVI-XIX. Es la teología que encuentra una magnífica expresión en Roberto Bellarmino. Como reacción anti-protestante destaca los aspectos visibles de la Iglesia como signo de unidad y garantía de identidad.

Desde nuestro ángulo de vista hay tres factores que sostienen esta tendencia: a) desde la ruptura con el cristianismo oriental la Iglesia Católica acentúa su imagen no sólo europea y latina sino también romana y curial; b) la reacción contra las ingerencias políticas (especialmente de España y Portugal). Se funda *Propaganda Fide* para coordinar y unificar las acciones misioneras de una Iglesia que aspira a liberarse de los condicionamientos políticos; c) la reacción anti-protestante destaca las dimensiones visibles y societarias de la Iglesia.

En el campo misionero estos presupuestos producen unas manifestaciones claras: la actividad misionera es competencia exclusiva de la Santa Sede, es decir, del Romano Pontífice, que la ejerce a través de la Congregación competente. Así lo expresa con rotundidad el Código de Derecho Canónico de 1917. Los obispos, en consecuencia, son pastores ordinarios de sus diócesis, sin que ello implique una responsabilidad sobre el resto de las Iglesias. De hecho el ejercicio concreto de la actividad misionera era atribuido a congregaciones religiosas (*ius commissionis*), sin que las diócesis en cuanto tales, y por tanto los presbíteros seculares y los laicos, tuvieran un papel relevante.

Las encíclicas misioneras del siglo XX comienzan a desplegar otro horizonte. Paulatinamente, pero con claridad, los Papas van solicitando la colaboración de los obispos, y por tanto de sus diócesis. La *Fidei Donum* representa un paso decisivo en esta dirección, que encontrará su eclosión en el Vaticano II.

## 1.2. Fundación de misiones más que de Iglesias

El término *misiones* designa durante esta época los centros o comunidades cristianas establecidas en territorios lejanos (incluso, en lenguaje popular, el recinto geográfico en el que radicaban los edificios de la presencia eclesial). Posteriormente, en razón de su crecimiento, quedaban constituidas como vicariatos apostólicos, en dependencia directa de la Santa Sede; los vicarios eran habitualmente extranjeros, pertenecientes a Congregaciones o Institutos misioneros. La perspectiva eclesiológica no exigía en sentido propio fundar Iglesias, parecía suficiente establecer misiones. La acción de los misioneros son contemplados desde estos presupuestos, no tanto como enviados de las comunidades eclesiales en cuanto tales.

Progresivamente se va constatando la insuficiencia de tales presupuestos. La necesidad de formar un clero nativo, y en consecuencia la constitución de la jerarquía nativa, se va imponiendo como una obviedad. Los documentos oficiales lo repiten cada vez con mayor insistencia, a la vez que denuncian las insuficiencias del *ius commissionis*. La experiencia de Iglesias locales que nacen y se desarrollan se hace real y por eso deja ver sus exigencias: la experiencia de eclesiogénesis enriquecerá la experiencia eclesial y la acción misionera.

## 1.3. De la adaptación a la inculturación

Una Iglesia con mentalidad latina y romana vivía como una evidencia la costumbre de transplantar el modelo occi-





dental de Iglesia a otros continentes. La liturgia, la disciplina, los usos, los cantos, la teología... no se diferenciaban de los países de origen de los misioneros. Además de la inercia propia de mentalidades apegadas a la tradición, influía con fuerza la valoración negativa tanto de la cultura como de la religión de los nativos.

En este campo sin embargo resultaban inevitables adaptaciones y recursos a elementos tradicionales y folklóricos para facilitar la evangelización y la catequización. Paulatinamente se fueron produciendo una mayor valoración de los usos locales, y sobre todo se reconoció que los mejores evangelizadores eran los propios nativos. La pretensión de consolidar las Iglesias concretas debía pasar por el reconocimiento de su cultura e idiosincrasia. La adaptación se fue imponiendo como una necesaria estrategia pastoral. Era el primer paso hacia el descubrimiento de todo el sentido de la inculturación.

## **1.4. La presencia de nuevos sujetos misioneros**

Los protagonistas de la acción misionera habían sido fundamentalmente religiosos. Las grandes órdenes mendicantes y las nuevas congregaciones fundadas en el siglo XVI asumieron la responsabilidad y el riesgo de la misión de ultramar. El ideal y el esfuerzo se cultivaban fundamentalmente en sus propios ambientes. Los presbíteros diocesanos se consideraban fuera de tales proyectos. Los laicos podían apoyar como soldados o comerciantes pero no como misioneros en sentido estricto (tanto el trasfondo clerical de la Iglesia como las circunstancias históricas bloqueaban otras posibilidades).

Las convulsiones políticas y sociales provocaron incertidumbre en Europa, lo que trajo consigo una notable disminución del personal misionero. A partir del siglo XIX sin embargo, tras la estabilización posterior a la revolución francesa, se revitalizó el aliento misionero a todos los niveles. El clero encabezó un renacimiento religioso y el pueblo cristiano se entusiasmó con la obra misionera. Del clero diocesano fructificaron iniciativas misioneras, si bien en la mayoría de los casos desembocaron en instituciones equiparables a la vida consagrada. El pueblo cristiano dio origen a proyectos de ayuda que acabarían siendo las Obras Misionales Pontificias. También hubo laicos que se dedicaron al servicio misionero, si bien las categorías teológicas no los contemplaban más que como “misioneros auxiliares”. Los primeros decenios del siglo pasado sin embargo ven multiplicarse por parte de los Papas las intervenciones no sólo a favor de la utilidad de las Obras Misionales Pontificias sino en pro del reconocimiento de la aportación de los laicos y de la enorme contribución del clero diocesano para mantener el fervor misionero.

## 1.5. El contexto colonial

La gran expansión misionera de la época moderna se desarrolló en un contexto colonial. Fue el marco histórico que hizo posible la mundialización de la Iglesia. La ampliación del horizonte geográfico por parte de las grandes empresas de navegación que se iniciaron a finales del siglo XV se tradujo de modo espontáneo en el dominio de las poblaciones indígenas por parte de unas potencias europeas más fuertes en el campo militar y comercial. Resultaba inevitable, por parte de los cristianos, hacerse



presentes precisamente en aquellas relaciones tan cargadas de voluntad de dominio y de explotación.

Por parte de la mayoría de los protagonistas aquella vinculación resultaba normal e incuestionable. Hubo muchos profetas que denunciaron las injusticias cometidas contra los nativos e intelectuales que cuestionaron el derecho de conquista. Pero la inercia y los intereses mantuvieron el marco histórico que iba a determinar el futuro de la humanidad durante siglos. En ocasiones (España y Portugal) las mismas autoridades asumieron como tarea propia la evangelización de los nuevos pueblos. En otros países de Europa la vinculación fue más débil en los primeros momentos. Pero paulatinamente fueron aceptando la conveniencia de que los nuevos súbditos aceptaran la religión de la nación colonizadora (para lo que se podía recurrir en ocasiones a la imposición o la violencia).

La superioridad europea se hacía sentir a todos los niveles. La superioridad de la civilización iba unida a la conciencia de superioridad de la propia religión. Incluso quienes no estaban de acuerdo con la explotación compartían la convicción de la inferioridad cultural de los pueblos indígenas. Por eso en el ámbito inglés se impuso como lema la “triple c”: comercio, civilización, cristianización. En ámbito francés se tradujo como “triple m”: militares blancos, mercenarios blancos, misioneros blancos.

De este modo el carácter extranjero del cristianismo quedó modulado como colaboración con el dominio colonial. Paradójicamente en esta conclusión conflúan dos mentalidades contrapuestas: no sólo los defensores del Antiguo Régimen que unían trono y altar, sino que igualmente los que se movían desde presupuestos liberales y económicos asumían unos presupuestos que iban a condicionar la figura de la misión: la expansión colonial europea

y la plantación de la Iglesia en aquellos países sometidos y “civilizados”.

Esta conexión iba a entrar en crisis cuando aquella forma de colonialismo resultara imposible o insostenible. Este cambio no podía dejar de repercutir en el estilo de misión y en la figura misma de las comunidades cristianas. En esta transformación África iba a jugar un papel especial. Ese será el contexto inmediato de la *Fidei Donum*. Por eso debemos prestarle especial atención, porque respecto a él realiza su interpretación profética.

## 2. África en el proceso de descolonización

Los observadores de la situación misionera señalaban ya su preocupación por las situaciones imprevisibles en las que iba entrando el continente africano. Algunos, con optimismo, veían que estaba sonando la hora de África. Otros constataban las carencias de aquellos países ante los desafíos del momento presente. El Papa se inserta en este proceso de reflexión y repite frecuentemente en la Encíclica que aquella situación afecta a Europa y al conjunto de la Iglesia. Era muy reciente la experiencia de lo sucedido en China. En 1954 ya había intervenido con dolor ante la crisis del cristianismo en aquel gran país y ante el patente declive de la acción misionera. La penumbra envolvía las expectativas en Asia y por ello había que reaccionar manteniendo la esperanza y el compromiso en África. Para ello la Iglesia debía reajustar su presencia en unas circunstancias insólitas y desacostumbradas. Los misioneros, hasta entonces, aún en medio de tensiones, podían contar con la cobertura (o al menos la pacífica coexistencia) de las potencias coloniales.



Pero ahora había sonado la hora de la descolonización. Después de la segunda Guerra Mundial, en medio de la Guerra Fría y de conflictos bélicos localizados, en la efervescencia de ideologías revolucionarias, se abría un escenario en el que los países africanos irrumpían como protagonistas. Como gigantes dormidos, muchos países se despertaban alzando sus reivindicaciones frente a los poderes coloniales.

En la década de los cincuenta algunos países africanos van alcanzando la independencia política. Comenzaron el proceso los países del norte: Libia, Egipto, Marruecos, Túnez, Sudán. En 1957 Ghana, y el año siguiente las colonias francesas: Guinea, Congo, Gabón, Tchad. En 1960 el resto de las colonias francesas de África occidental y el Congo belga. Esta dinámica provoca un reequilibrio del poder en el mundo. El mismo Pío XII en *Evangelii Praecones* había tomado nota de la nueva situación. Algunas grandes naciones, que habían recuperado recientemente la independencia, como India, Indonesia, Egipto, Etiopía, Yugoslavia, intentaban alcanzar un espacio propio entre las grandes potencias mundiales. En la histórica reunión de Bandung (Indonesia), en 1955, los pueblos afroasiáticos habían proclamado su voluntad de luchar contra todo tipo de dominación colonial y de buscar la autosuficiencia en los sectores políticos, sociales, económicos y culturales.

Este proceso presupone, y a la vez fomenta, una nueva autoconciencia que no puede dejar de repercutir en el campo de la religión. Las conclusiones de Bandung, por ejemplo, mencionaban el deseo de resucitar las religiones y las culturas antiguas. En 1956 se expresaba en el mismo sentido la primera conferencia mundial de los escritores, artistas e intelectuales negros. El cristianismo caía bajo sospecha por la historia que había unido evangelización y

colonización. Como señalaba en 1956 A. Diop, la expansión europea realizada por el colonialismo quedaba asociada a la Iglesia; los no cristianos, mayoría en África, no distinguían entre la Iglesia universal y la aventura de la historia de Occidente. La prestigiosa revista *Présence Africaine*, fundada una década antes, servía de apoyo a la “resistencia africana al colonialismo”.

En el seno de la Iglesia se reflejaba la conciencia de la nueva situación y de los nuevos desafíos. En 1955 los obispos cameruneses publicaban una pastoral en la que rechazaban las acusaciones contra la empresa misionera a la vez que reconocían la necesidad de reconocer la libertad y dignidad de los países de África. En 1956 se publicaba en París *Prêtres noirs s'interrogent*, como reflejo de la conciencia de africanidad y de la nueva experiencia de emancipación política.

La intensidad y la aceleración de los acontecimientos fueron motivando una intervención cada vez más comprometida del Papa. Todavía en 1953 hablaba de las aspiraciones a la independencia de los “pueblos jóvenes” como de “pretensiones impacientes”. En el radiomensaje de Navidad de 1955 reconocía con más claridad el sentido de una libertad política justa y progresiva, para lo cual apelaba a la responsabilidad constructiva de los países europeos. La gravedad de los desafíos explica la publicación de la *Fidei Donum*, que se mueve sobre el trasfondo de peligros reales. Son fundamentalmente tres los que parecen influir en la toma de postura de Pío XII.

En primer lugar un nacionalismo apresurado e inconsistente que, por falta de bases adecuadas, pudiera conducir al caos o a la inestabilidad. Por un lado faltaban cuadros suficientemente preparados que pudieran asumir las tareas del gobierno. Por otro lado podían imponerse grupos ávidos de



poder o dominados por intereses ideológicos que dificultaran el progreso y el desarrollo y en último término la paz. Desde el punto de vista del Papa, la eclosión de un nacionalismo ciego tendría consecuencias deletéreas en la obra de evangelización.

En segundo lugar el comunismo, denominado en la Encíclica “materialismo ateo”. Los países comunistas estaban deseosos de asumir y orientar las aspiraciones políticas de los pueblos africanos. La Unión Soviética estrechaba vínculos de amistad con los movimientos de emancipación y apoyaba a las fuerzas anticolonialistas en las Naciones Unidas. Los estudiantes africanos en el extranjero se situaban en el ámbito de estas corrientes de izquierda. Los sindicatos actuantes en África mostraban una clara influencia del comunismo. En ese ámbito intelectual se movían prestigiosos líderes como K. N’Krumah y J. Kenyatta. El marxismo llevaba consigo gérmenes de secularización. De hecho los políticos de la clase dirigente iban mostrando una mayor distancia respecto a la fe. Ello no podía dejar de repercutir en el sistema de educación y formación de las nuevas generaciones.

En tercer lugar, y aunque no se haga ninguna mención explícita en la Encíclica, se puede pensar también en la expansión del Islam en África. Por un lado el Islam podía ser considerado como freno frente a las posturas materialistas o ateas. Pero por otro lado podía apoyarse en el marxismo de cara a la crítica contra el cristianismo y la civilización occidental y capitalista. En aquellos años, de hecho, se había producido un fuerte avance de los musulmanes (entre 1931 y 1951 había pasado de 44 millones a 80 millones, prácticamente el 40% de la población total del continente; en el mismo período los católicos habían pasado de 5 a 16 millones).

La transformación del contexto provoca una mirada más atenta a la situación interna de la Iglesia, considerada especialmente a la luz del entorno histórico concreto. Ante todo el Papa tiene interés en poner de relieve la escasez de recursos (especialmente desde el punto de vista personal) ante la inmensidad de la tarea que se debe llevar adelante. La insuficiencia de las fuerzas a disposición puede poner en peligro el magnífico desarrollo experimentado por el cristianismo. En definitiva es el futuro del cristianismo en África lo que está en juego. Hay que ofrecer una respuesta a las necesidades religiosas y culturales de una generación que, carente de suficiente alimento, buscaría fuera de la Iglesia lo que necesita. Hay que afrontar el desarrollo de obras e iniciativas indispensables para la expansión e irradiación del catolicismo: colegios y centros de formación, instituciones de acción social, prensa y medios de comunicación... La tarea que se abre a la misión no puede reducirse al simple anuncio del Evangelio ni puede hacerse al margen del contexto social y cultural. Se habían realizado avances llamativos y dignos de alabanza para hacer presente el Evangelio en el continente. Lo que de verdad se requiere es enraizarlo en aquel suelo cultural, es decir, desarrollar Iglesias dignas de tal nombre.

Con estos rasgos quedan dibujadas las coordenadas del horizonte ante el que se sitúa Pío XII. Como podemos percibir, se trata de una verdadera encrucijada histórica para África, pero asimismo para el mundo y para el cristianismo. De ahí arranca el aliento profético y la interpelación de la Encíclica. Tanto las razones de carácter teológico como las sugerencias de carácter práctico reciben una altura especial porque brotan de una urgencia provocada por la historia.





### 3. Coordenadas teológicas

A la luz de lo indicado, hay razones suficientes para “orientar hoy nuestras miradas hacia el África, en este momento en que se abre a la vida del mundo moderno y atraviesa los años tal vez más graves de su milenario destino” (n. 2). Quiere invitar a todos los católicos a asumir como propia la responsabilidad histórica ante el futuro de África, del mundo y de la Iglesia. Antes de señalar algunos modos concretos de colaboración es necesario descubrir cuáles son los fundamentos o motivos últimos de tal compromiso. Sólo entonces se podrá comprender el sentido de los canales concretos a través de los cuales cada bautizado puede realizar su propia aportación.

#### 3.1. La respuesta agradecida al don de la fe

El don de la fe no sólo sirve para ofrecer un título a la Encíclica. Como suele ser habitual, el título marca el horizonte o la idea motriz del documento. Desde este punto de vista resulta evidente que el Papa señala la experiencia de la fe como manantial radical del compromiso misionero. Desde este ángulo de consideración, podríamos decir, resultan secundarias las razones que intenten justificar teológicamente la actividad misionera.

En esta ocasión el Papa explicita un aspecto que no siempre es tenido en cuenta: la fe, como don de Dios, reclama un gesto de agradecimiento. El don, aun siendo gratuito, se abre siempre a la espera de reconocimiento, pues en caso contrario difícilmente podríamos hablar de relación personal. ¿Puede haber, es la pregunta retórica,

una mejor expresión de gratitud que “el celo en difundir cada vez más...el esplendor de la verdad divina”?, ¿puede haber otra “respuesta de nuestra gratitud” que comunicar a los hermanos lo mismo que se ha recibido? (n.1).

La fe, por otra parte, no es una experiencia individual, sino eclesial. Ello significa que no pueden dejar de sentirse como propios los problemas y las alegrías, las dificultades y los logros de la Iglesia. Aquí hace resonar Pío XII lo que había enseñado solemnemente en la Encíclica *Mystici Corporis* (n. 10). Esta espiritualidad eclesiológica es desglosada en una doble dirección: a) por un lado hay que sentir como experiencia propia la alegría y el orgullo que provocan tantos misioneros que han realizado una tarea tan extraordinaria; b) por otro lado los problemas eclesiales –como el que es motivo de la Encíclica– no son restringidos y locales, sino que rebasan todas las fronteras y entran a formar parte del “intercambio de vida y energías” entre todos los bautizados.

Una vez establecido el principio fundamental (el dinamismo personal de la fe y las exigencias del ser eclesial) Pío XII explicita las consecuencias para los diversos protagonistas de la vida de la Iglesia: las Iglesias locales, los obispos, los laicos.

### 3.2. El protagonismo de las Iglesias

La *Fidei Donum* es un testigo cualificado de la emergencia de las Iglesias locales en toda su significación teológica y pastoral: todas ellas (las Iglesias jóvenes y las Iglesias de vieja cristiandad) tienen su propia responsabilidad en la encrucijada histórica del momento. La “solicitud de todas las Iglesias” (n. 3) abre el camino a una



forma nueva de entender la vida de la Iglesia y la acción misionera.

Como expresión del progreso del Evangelio en África se han ido multiplicando las circunscripciones eclesíásticas y ha aumentado el número de cristianos. Se ha ido dando el gran paso de instituir la jerarquía eclesíástica, contando cada vez más con obispos africanos. Ya queda atrás, por tanto, el estadio de las “misiones” o de los vicariatos apostólicos. Estamos en el momento de establecer de modo sólido y definitivo la Iglesia en los nuevos pueblos. El objetivo es más que la simple plantación de la Iglesia. La Iglesia no puede ser extranjera en ningún lugar (n. 12). Las jóvenes Iglesias han de estar enraizadas en su contexto y de este modo ocupar el lugar que les corresponde en el conjunto de la Iglesia (n. 3, que remite a *Evangelii Praecones*).

Las Iglesias más antiguas deben vivir su catolicidad dejándose interpelar por las necesidades y las expectativas de las nuevas Iglesias (n. 12). Nada en la Iglesia puede vivir de modo aislado, preocupándose sólo de los propios problemas y proyectos (n. 11). Esta apertura católica viene a continuación explicitada respecto a los distintos miembros del Pueblo de Dios.

### 3.3. Los obispos y la solicitud por todas las Iglesias

Ya había habido iniciativas de obispos para que sus diócesis asumieran responsabilidades misioneras concretas. A comienzos de 1957 el cardenal Frings, arzobispo de Colonia, había invitado a las diócesis a elegir una zona de misión a la que prestar ayuda, sin excluir el envío de sacer-

dotes. En España los metropolitanos habían creado en 1948 la Obra de Cooperación Sacerdotal Hispanoamericana, a través de la cual habían partido 500 sacerdotes en una década; y en 1950 las diócesis vascas habían creado la Obra de las diócesis vascas. En Bélgica el cardenal de Lovaina Van Roey había fundado el *Collegium pro America Latina*. También en Italia diversos obispos habían fomentado hermanamientos con diócesis de misión.

La Encíclica no hará más que profundizar y ampliar tales iniciativas. Los verdaderos destinatarios del documento son los obispos, a los que el Papa solicita su ayuda para sostener la causa de la Evangelización en África. Aunque no menciona la palabra, la colegialidad va implicada en la solicitud de las Iglesias que corresponde a los obispos. Son solidariamente responsables de la misión apostólica de la Iglesia, son por excelencia los misioneros del Señor dado que han recibido la dignidad del apostolado, por lo que deben sentir, juntamente con el Papa, el imperioso deber de propagar el Evangelio y de fundar la Iglesia en todo el mundo; el Papa, para no sucumbir bajo la carga de su oficio pastoral tiene que llamarlos a participar de sus preocupaciones (n. 11).

### 3.4. Los presbíteros y la misión universal

También los sacerdotes se venían convirtiendo en protagonistas de la acción misionera. Ellos habían sostenido el renacimiento religioso del siglo XIX que fue acompañado de un profundo fervor misionero. Pero progresivamente se fue explicitando la apertura universal de su ministerio. El mismo siglo XIX fue testigo de realizaciones institucionales significativas. En Milán se crea el Colegio para las



misiones extranjeras. En su acta fundacional se expresa que es interés de toda Iglesia local la dilatación de la Iglesia universal, por lo que cada diócesis debe aportar un contingente de misioneros (los misioneros seguirían incardinados en sus diócesis de origen sin necesidad de hacerse religiosos). Desde la diócesis de Verona se insistió en el destino universal del ministerio presbiteral, dinámica de la que acabarían surgiendo los combonianos. Los Institutos de la Consolata y de los Javerianos nacen en este contexto. En 1916 el P. Manna fundaba la Unión Misional del Clero, desde la convicción de que no había distinción entre vocación misionera y vocación sacerdotal. Su acogida fue abundante por parte de los sacerdotes, y en sus círculos se plantearon propuestas concretas de sacerdotes diocesanos dispuestos a servir como misioneros. En febrero de 1957 la revista oficial de la Unión Misional del Clero en Francia *Mission de l'Église* lanzaba una interpelación a los sacerdotes para que lograsen la autorización de sus obispos para prestar un servicio temporal.

Estas nuevas perspectivas, sin embargo, encontraban dificultades para su articulación canónica e institucional concreta. Costaba romper la tendencia o la costumbre de que los sujetos misioneros por antonomasia fueran los institutos de vida consagrada. De hecho algunas de las iniciativas señaladas condujeron a la transformación de los presbíteros diocesanos en sociedades de miembros con votos. En Propaganda Fide se mantenían vivos tales presupuestos. La evolución organizativa del Instituto Español de Misiones Extranjeras prueba con claridad la dificultad para conjugar la incardinación en la propia diócesis con el servicio misionero en diócesis lejanas. Sólo el Vaticano II despejará con decisión las inercias del pasado para abrir un nuevo horizonte.

La *Fidei Donum*, sin afrontar el fondo del problema, moviéndose en los límites de una situación de emergencia, lanza una invitación a los sacerdotes para que dejen, por períodos breves y limitados, sus puestos y partieran para las misiones, especialmente africanas. El acento se pone sin embargo en la apertura y generosidad que deben mostrar los obispos. En cualquier caso las diócesis y sus presbiterios son confrontados con la responsabilidad misionera, aunque sea tan sólo desde la necesidad de un “trabajo especializado” y por ello con objetivos determinados. Era un modo de avanzar hacia una lógica que buscaba irrumpir con toda su fuerza.

### 3.5. Los laicos, sujetos misioneros

La mención de los laicos como sujetos misioneros adquiere acentos particularmente intensos. Son mencionados los catequistas y colaboradores seculares entre los artífices del desarrollo cristiano en África. En la encrucijada del momento la participación de los laicos como protagonistas se ve urgida por un doble factor y desde un doble punto de vista. Desde un doble punto de vista porque, aunque no merece un desarrollo expreso, se supone que los laicos nativos (y no sólo los venidos de fuera) deben contribuir a la consolidación de las Iglesias africanas. La Encíclica, según decíamos, convoca a una tarea compartida no sólo a las Iglesias de vieja cristiandad sino también a las Iglesias nativas.

El doble factor procede de la doble coordenada en la que se mueve el documento: por un lado, el agradecimiento de la fe y la experiencia eclesial exige que nadie pueda sentirse aislado de las preocupaciones y de los proyectos



de las otras Iglesias; por otro lado –y es la peculiaridad de la intervención de Pío XII– las circunstancias políticas, culturales, sociales y económicas reclaman un esfuerzo suplementario. Este es el aspecto que interesa destacar.

Hace falta formar a los cristianos para que afronten con madurez los desafíos del presente. Hay que mantener el ritmo de progreso y desarrollo que procede de Europa, sin rechazos unilaterales que puedan aumentar el caos y la pobreza. La Iglesia apoya un justo desarrollo que garantice el progreso de todos. Ahora bien, este debe realizarse de un modo ordenado, evitando las tentaciones que provienen de un materialismo ateo o de la seducción de la técnica. Los ámbitos de la enseñanza, de la prensa, de la acción social, de la cultura... requieren personas que se dediquen a ello (n. 8).

Los pastores necesitan por tanto colaboradores preparados para estas tareas más especializadas y por ello más difíciles. Por ello se requiere la cooperación eficaz que militantes seculares pueden realizar como servicio a las jóvenes Iglesias. La interpelación va dirigida especialmente a laicos que actúan ordinariamente dentro de los cuadros de los movimientos católicos nacionales o internacionales (con mención directa a la Acción Católica). De este modo pueden contribuir a que las mismas organizaciones locales pueden insertarse en la red de las instituciones católicas internacionales (n. 18).

#### 4. Sugerencias concretas

La lectura de la realidad a la luz de los criterios teológicos se traduce en propuestas precisas, algunas novedosas y otras que continúan iniciativas más tradicionales.

Señalaremos cuatro de las primeras y cuatro de las segundas.

Comenzamos enumerando aquellas que, a nuestro juicio, significan pasos en dirección a un escenario nuevo, que se irá levantando con elementos variados que confluirán en el Vaticano II.

– Solicita una responsabilidad por parte de los poderes políticos europeos para que no se desentiendan del destino de los países africanos; la cooperación a nivel internacional y económico no es, por tanto, algo indiferente o extrínseco respecto a la misión de la Iglesia.

– Cuidar la atención a estudiantes africanos y asiáticos que estudian en países occidentales. Constituyen un potencial de gran trascendencia para el futuro de los nuevos países independientes. Por ello adquiere una gran importancia no sólo la atención pastoral de los ya presentes en universidades europeas, sino la creación de becas o bolsas de estudio orientadas al bien futuro de sus países de origen.

– La especialización forma parte de la preparación de la misión. Ello vale de modo especial para los laicos, pero la misma lógica se puede aplicar también a la tarea de los misioneros presbíteros. Ello implica no sólo una ampliación de la concepción del quehacer misionero sino también una mayor atención a los métodos y las estrategias que requiere la evangelización.

– Para los presbíteros se abren modalidades de acción misionera aún no suficientemente exploradas; su ámbito de acción no queda limitado por la zona geográfica en que tuvo lugar su ordenación; se les reconoce la posibilidad de un servicio misionero *ad tempus*, lo cual significa que no se puede absolutizar de modo unilateral el compromiso *ad vitam*; las circunstancias y la especialización deben ser





tenidas en cuenta a la hora de elaborar principios teológicos directamente traducibles en normativas canónicas (por eso pasó al lenguaje usual la expresión “sacerdotes *Fidei Donum*” como una peculiaridad o novedad en la experiencia eclesial).

Otras cuatro propuestas recogen iniciativas ya tradicionales, que adquieren todo su valor y potencialidad ante las nuevas situaciones:

– La oración debe acompañar la actividad misionera de la Iglesia; todos los cristianos deben apoyar y acompañar con su oración la acción directa de los misioneros. Esta oración debe ser cultivada y profundizada especialmente desde una doble perspectiva: la inserción en el año litúrgico, sobre todo desde las celebraciones más significativas como Epifanía y Pentecostés; la Eucaristía es la ocasión para que las peticiones particulares queden engarzadas en la oración que el Sumo Sacerdote dirige al Padre en cuanto Cabeza del Cuerpo Místico y que tiene siempre como objetivo la salvación del mundo entero.

– La cooperación económica es la expresión visible de la sintonía interior con la actividad misionera. Aun reconociendo las dificultades que atraviesan también las sociedades europeas, cada cristiano debe interrogarse sobre su propia contribución al desarrollo misionero, pues este depende en numerosas ocasiones de las aportaciones de los fieles de todo el mundo.

– Las vocaciones misioneras son la respuesta imprescindible a las necesidades descubiertas en África. La entrega de personas al trabajo misionero es el signo más patente de la vitalidad de las comunidades eclesiales. Ello resulta más urgente en el caso de diócesis abundantes en vocaciones, pero es aún más de valorar la generosidad de quienes

ponen a disposición personas aunque se encuentren en situación de necesidad.

– Las Obras Misionales Pontificias deben ser reconocidas como los canales privilegiados para que el pueblo cristiano realice su aportación. De modo especial menciona la Obra de san Pedro Apóstol, que necesita recursos económicos para hacer viables las vocaciones nativas. Igualmente es mencionada la Unión Misional del Clero, recientemente elevada a Obra Pontificia, y que ha de servir para que los sacerdotes dinamicen misioneramente su ministerio pastoral.

## 5. Valoración desde la perspectiva post-conciliar

Contemplada a los cincuenta años de su publicación, a la luz del Vaticano II, la *Fidei Donum* deja ver el “instinto profético” que reconoció Juan Pablo II. Se debe constatar ante todo el eco y el éxito de la iniciativa papal en los distintos puntos tratados por Pío XII. En diversas diócesis surgieron proyectos de sacerdotes y de laicos que respondieron al llamamiento del Papa, se siguió erigiendo la jerarquía en los diversos países africanos y fueron más abundantes los obispos nativos, aumentó el número de representaciones pontificias, apoyó la celebración de congresos a nivel nacional e internacional en suelo africano, comenzaron a estar más presentes los laicos africanos en acontecimiento universales (como en el Congreso de Apostolado Seglar de 1957), facilitó una presencia eclesial que fue valorada positivamente por representantes políticos del continente...



No se pueden negar algunas limitaciones que proceden del horizonte teológico de la época: se refleja una visión negativa de los africanos desde el punto de vista religioso y cultural; domina una visión más bien institucional de la Iglesia; no se refleja todavía la igual dignidad de todas las Iglesias; no se percibe de modo suficiente el reconocimiento de la acción del Espíritu en el corazón de todos los hombres; una visión eclesiocéntrica no deja ver con claridad la instancia del Reino de Dios que atraviesa la actividad de Jesús y el aliento de justicia que recorre toda la revelación bíblica; la solicitud de todas las Iglesias es más bien ayuda al Papa que ejercicio efectivo de colegialidad...

No se puede negar que el Vaticano II despliega un horizonte más amplio: la perspectiva histórico-salvífica; la amplitud de la acción del Dios trinitario; la valoración teológica de las realidades temporales y mundanas; la colegialidad episcopal y la comunión intereclesial; la común dignidad de todos los bautizados; la dimensión universal de la vocación presbiteral y el reconocimiento de los laicos como misioneros en sentido pleno...

Considerado en su conjunto el proceso, y teniendo en cuenta el necesario diálogo entre la vida y la teología, no se puede dejar de reconocer que la *Fidei Donum* se situó en el camino que conduce hacia el Vaticano II. Baste recordar los aspectos más novedosos y originales que hemos puesto de relieve: la implicación de los presbíteros diocesanos en la misión universal; la importancia del campo social y económico; la responsabilidad de los obispos que no deben centrarse de modo unilateral en sus propias diócesis; la consolidación de las Iglesias locales en el contexto real en que se encuentran, etc.

# IV

## Sacerdotes españoles *Fidei donum* en América Latina: OCSHA\*

ANASTASIO GIL GARCÍA  
*Director del Secretariado  
de la Comisión Episcopal de Misiones  
y Cooperación entre las Iglesias*

La Iglesia en España ha reconocido la llamada de Dios para trabajar en el compromiso misionero de anunciar el amor de Dios que se transparenta en la creación, en la historia y, de modo especial, en la redención realizada por Jesús. De su seno han salido miles de misioneros y misioneras, manifestando de este modo la universalidad de nuestras Iglesias particulares.

Religiosos y religiosas, sacerdotes y laicos han sido enviados por las diócesis españolas y las congregaciones religiosas a anunciar la Buena Nueva por el mundo entero. De esta manera hacía realidad el compromiso misionero de las comunidades cristianas y estas a su vez se enriquecían con la aportación de sus miembros que partían sin desgajarse de su origen.

Este impulso misionero ha tenido especial significación con las Iglesias particulares de América Latina que han acogido e integrado en sus presbiterios a los sacerdotes

---

\* Artículo publicado en: *Omnis terra* 369, XXXIX, abril 2007, 161-174.



diocesanos que, sin perder la incardinación de origen, trabajan gozosamente en el quehacer pastoral de las Iglesias más necesitadas. Entre las instituciones que han realizado esta cooperación eclesial deseamos mencionar la Obra de Cooperación Sacerdotal Hispanoamericana (OCSHA), a la que deseamos rendir un homenaje agradecido con las palabras que Juan Pablo II escribió con motivo del cincuenta aniversario de este servicio misionero:

En esta significativa conmemoración, deseo unirme a la acción de gracias al Señor por los más de dos mil sacerdotes de las diócesis españolas que han dedicado buena parte de su vida a colaborar con otras Iglesias hermanas, movidos ante todo por la fuerza de su fe en Cristo, cuya novedad y riqueza no pueden esconder ni conservar para sí (cf. *Redemptoris missio*, 11), así como por el aliento y la solicitud pastoral de sus Obispos, conscientes de su responsabilidad común respecto a la Iglesia universal (cf. *Lumen gentium*, 23; *Optatam totius*, 10). Su experiencia misionera les ha enriquecido, haciéndoles ver la inconmesurable fuerza salvadora del Evangelio en situaciones a veces inéditas e insospechadas para ellos, convirtiéndoles después, con frecuencia, en agentes de renovación en sus propias comunidades de origen, a las que pueden aportar perspectivas de formas de expresión de fe y de vida cristiana nacidas en el corazón creyente del Continente americano<sup>1</sup>.

## 1. La Iglesia española en América Latina

Las relaciones socioculturales establecidas desde el encuentro entre Europa y el llamado Nuevo Mundo han

---

<sup>1</sup> JUAN PABLO II, “Mensaje con motivo de la celebración del 50 Aniversario de la OCSHA”, en: *OCSHA. 50 Aniversario*, Ed. EDICE, Madrid, 1999, 23-24.

constituido para la historia de la humanidad vastas y profundas repercusiones. Esta incidencia no es menor en el ámbito religioso por el nacimiento de lo que más tarde ha de albergar a la mitad de la Iglesia católica. El nacimiento y el desarrollo de la fe hunden sus raíces fundamentalmente en la evangelización realizada y su memoria histórica engendra para el futuro compromisos de fidelidad y de coherencia. La mirada al pasado entraña siempre compromisos de futuro.

Para España estos compromisos tienen un valor especialmente significativo, pues la evangelización de América es una parte esencial de su proyección universalista. Hasta el punto de que las Iglesias de España cuando miran a las Iglesias de América no lo hacen desde fuera, como algo puramente extrínseco o ajeno. En realidad las Iglesias en América son una prolongación de nuestras propias Iglesias, porque fueron los españoles los que hicieron presente a la Iglesia en el Continente americano, y a partir de ello se fue realizando su cristianización. Desde esta perspectiva adquieren todo su relieve y trascendencia las palabras de los Obispos españoles en su XXXII Asamblea Plenaria celebrada en noviembre de 1979 al profundizar en la responsabilidad misionera de la Iglesia española:

Nos sentimos especialmente unidos con vínculos fraternos con las Iglesias de América Latina y agradecemos su entrega misionera al gran número de sacerdotes diocesanos que han trabajado y trabajan en aquellas latitudes al mismo tiempo que confirmamos nuestros deseos de seguir colaborando eficazmente con los Obispos de aquellas diócesis americanas que solicitan nuestra ayuda<sup>2</sup>.

---

<sup>2</sup> CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Responsabilidad misionera de la Iglesia española*, Madrid 1979, 33-34.



Recientemente la Comisión Episcopal de Misiones ha renovado de nuevo el deseo de la cooperación misionera de los presbíteros con otras Iglesias más necesitadas:

Generosa ha sido y sigue siendo la respuesta de los sacerdotes españoles con las necesidades misioneras de la Iglesia universal, en particular durante el siglo xx. Sin embargo, las actuales circunstancias de los presbiterios diocesanos están haciendo que disminuya preocupantemente esta cooperación con las Iglesias más necesitadas. Y ceder ante esta tentación significaría un lamentable empobrecimiento del clero español. Ya Pío XII alentaba a los sacerdotes *Fidei donum* para que prestaran sus servicios temporales a las Iglesias más necesitadas. “Hoy —comenta *Redemptoris missio*—, se ven confirmadas la validez y los frutos de esta experiencia”; en efecto, los presbíteros llamados *Fidei donum* ponen en evidencia de manera singular el vínculo de comunión entre las Iglesias, ofrecen una aportación valiosa al crecimiento de comunidades eclesiales necesitadas, mientras encuentran en ellas frescor y vitalidad de fe. Es necesario, ciertamente, que el servicio misionero del sacerdote diocesano responda a algunos criterios y condiciones. Se deben enviar sacerdotes escogidos entre los mejores, idóneos y debidamente preparados para el trabajo peculiar que les espera. Deberán insertarse en el nuevo ambiente de la Iglesia que los recibe con ánimo abierto y fraterno, y constituirán un único presbiterio con los sacerdotes del lugar, bajo la autoridad del obispo’ (RM n. 68; cf. 17a)<sup>3</sup>.

## 2. El clero secular en los países de misión

Desde finales del siglo xv, en que se ensancha la actividad misionera de la Iglesia, las órdenes y congregaciones

---

<sup>3</sup> COMISIÓN EPISCOPAL DE MISIONES Y COLABORACIÓN ENTRE LAS IGLESIAS, *La misión ad gentes y la Iglesia en España*, Madrid 2001, 40.

religiosas mantienen durante siglos y de manera preponderante la responsabilidad evangelizadora y misionera. En cambio, la presencia del clero secular diocesano en esta acción eclesial es llamativamente escasa, realizada a título personal y sin respaldo institucional.

Esta realidad viene corroborada por el hecho de que la gran contribución de la Iglesia a la evangelización de los pueblos alcanza un renovado impulso en el siglo XIX con el nacimiento de congregaciones religiosas. En la mayoría de estas congregaciones se produce un fenómeno muy elocuente. La fidelidad al carisma fundacional les lleva a redescubrir su responsabilidad misionera que hacen operativo con el envío de sus miembros a trabajar en lugares de misión. Este esfuerzo se enriquece aún más en el siglo XX con el nacimiento de los institutos consagrados exclusivamente a las misiones.

A la vez, esta responsabilidad misionera también comienza a prender en el corazón del clero diocesano. Sin duda el mejor exponente es D. Gerardo Villota, quien se compromete en un original proyecto misionero: la instalación de un colegio Eclesiástico de Ultramar y Propaganda Fide, que estaría llamado a ser el origen del futuro Seminario de Misiones Extranjeras. De aquel colegio saldrán para Chile en el año 1901 los primeros sacerdotes diocesanos.

Pero esta nueva singladura misionera del clero secular no fue fácil, a pesar de que se había abierto el camino y de que los seminarios estaban suficientemente dotados de vocaciones sacerdotales. Sin duda era necesario que las estructuras diocesanas se hicieran sensibles a la necesidad de que también el clero diocesano podría y debía tomar parte en la acción misionera de la Iglesia, y no considerarlo como compromiso exclusivo de los religiosos. Muchos





sacerdotes belgas, franceses, holandeses, ingleses e italianos ya habían asumido generosamente esta tarea y estaban colaborando en la misión *ad gentes*.

Durante estas décadas, y principalmente desde la publicación de *Maximum Illud* de Benedicto XV, van surgiendo distintos cauces que favorecen la incorporación del clero secular español a la tarea misionera de la Iglesia. En los Seminarios se ponen en marcha las academias misionales que tanta importancia tuvieron en el despertar de la vocación misionera de muchos seminaristas españoles. Su nacimiento puede ubicarse en Oña (Burgos), para extenderse más tarde a Comillas (Santander), y desde allí hacerse presente en todos los seminarios de España.

El espíritu misionero que se percibía en aquellas épocas ha sido bellamente descrito por el Cardenal Carlos Amigo, durante su mandato como Presidente de la Comisión Episcopal de Misiones y Cooperación entre las Iglesias:

Si tuviéramos que describir, en breves palabras, la figura, la persona del sacerdote diocesano misionero, como la expresión y signo transparente de la comunidad cristiana, lo haríamos, siempre desde una respuesta de fe, como la de un peregrino que ha recibido un mensaje y el encargo de caminar. Al encontrarse con otros hombres les hablará de lo que “ha visto y oído” entre los hermanos que dejó atrás. Aceptará el riesgo de tener que caminar siempre, de hacerlo solo muchas veces, de no tener a nadie que escuche su palabra, de recibir el rechazo o la indiferencia. Es el riesgo de la peregrinación y de unos altos precios que pagar. Un precio de fidelidad. Fidelidad al lenguaje, a las costumbres, a los hombres y a los países que entran en su recorrido. Fidelidad al ministerio de encarnación que el sacerdote misionero representa. Fidelidad a la fe en Dios y en la comunidad que lo ha puesto en camino. Un peregrino que se enriquece al

dar, que goza al servir, que resucita después de la cruz de cada día (...) Un sacerdote diocesano sale de “su casa y de su tierra” (Gn 12, 1), pero permanece en unión con su comunidad de fe a la que hace viva, extiende, enriquece y representa en otro lugar. Sale de su casa para construir otra nueva. Deja su tierra para fecundar otros surcos<sup>4</sup>.

Este despertar misionero del clero español en los inicios del siglo XX necesitaba concretarse en distintos cauces e iniciativas. Así aparece el Instituto Español de Misiones Extranjeras (IEME), la iniciativa de las Misiones Diocesanas Vascas y la Obra de Cooperación Sacerdotal Hispanoamericana (OCSHA), así como la marcha a la misión de tantos *Fidei Donum*, que, como las instituciones mencionadas, permitía mantener la incardinación y la profunda relación del sacerdote con su diócesis de origen, a la que puede volver enriqueciéndola con su experiencia misionera.

### 3. La Obra de Cooperación Sacerdotal Hispanoamericana (OCSHA)

En la peregrinación que hicieron un centenar de sacerdotes diocesanos pertenecientes a la Obra de Cooperación Sacerdotal Hispanoamericana a Santiago de Compostela con motivo de los cincuenta años de su fundación, el Arzobispo Presidente de la Comisión Episcopal hizo la ofrenda al Apóstol en nombre de todos. En esos momen-

---

<sup>4</sup> AMIGO VALLEJO, C., *El perfil misionero del sacerdote diocesano*, Ed. EDICE, Madrid 1999, 22-23.



tos resonaban en la Basílica con una profunda emoción estas palabras:

La OCSHA no puede olvidar su espléndida historia y las motivaciones que impulsaron a tantos sacerdotes a emprender esta importante acción misionera de la Iglesia española. Queremos renovar nuestros convencimientos de la incuestionable responsabilidad histórica de nuestra Iglesia con las Iglesias de América.

El sentido de comunión eclesial y misionera estuvieron siempre presentes en la fundación de la OCSHA, dentro de una vocación que compaginaba el carácter diocesano de la vocación misionera del presbítero secular. El empuje misionero de los propios sacerdotes diocesanos, de los Obispos, de la Conferencia Episcopal ha hecho posible unas páginas evangelizadoras ejemplares en las que no faltan auténticos testigos, verdaderos mártires<sup>5</sup>.

### 3.1. Una mirada a su origen y nacimiento

Desvelamos algunos pormenores del nacimiento de la OCSHA con la transcripción de documentos poco conocidos de Mons. Romero de Lema, su principal promotor e innovador. En uno de sus documentos que permanecen en el archivo de la OCSHA<sup>6</sup> se puede leer:

En toda la Iglesia española, corría un aire misionero. En muchos seminarios diocesanos a la par que los “círculos de misiones” se formaron los “círculos hispanoamericanos”. Y naturalmente fomentaban el interés y la vocación para trabajar en tierras americanas. Merece especial mención la obra del P. Baeza, que recorrió América y congregó en el

---

<sup>5</sup> *Ibidem*, 71-73.

<sup>6</sup> Se encuentran en el Archivo de la Conferencia Episcopal Española.

Seminario y Universidad Pontificia de Comillas un número grande de seminaristas para hacer allí sus estudios. Se estableció entonces una relación cordial entre este grupo hispanoamericano de seminaristas de Comillas con sus connacionales seglares que en Madrid residían en el Colegio Mayor Nuestra Señora de Guadalupe y que estudiaban en la Universidad de Madrid diversas carreras. En el Instituto de Cultura Hispánica, del que era asesor, se formó un grupo de jóvenes y empezaron a trabajar, a sistematizar ideas y proyectos culturales. Yo tomé principalmente el argumento de la evangelización. Esta elaboración me llevó mucho tiempo, muchas consultas de orden jurídico y de orden eclesial... cuando el proyecto estuvo fundamentalmente hecho comencé la gira para realizar las consultas pertinentes a los Obispos españoles. Visité a todos los Arzobispos y a varios Obispos... Terminada con éxito la consulta a los Obispos españoles, me decidí a la consulta romana...

Pero en Roma se encontró con alguna dificultad a la viabilidad del proyecto. Lo expresa en los siguientes términos:

Un oficial de la Congregación de Propaganda Fide vino a visitarme: persona inteligente y amable. La propuesta que me transmitía y de la cual él mismo se mostraba muy convencido era la siguiente: que yo, me decía, adoptase para la Obra de Cooperación Sacerdotal Hispanoamericana, la OCSHA, la forma de un Instituto misionero, como por ejemplo el de París, el del IEME, el de Milán, etc. Me visitó varias veces para convencerme y me entregó todos los estatutos y documentos de estos Institutos misioneros. Yo traté de hacerle comprender que esta Obra pretendía ser otra cosa, se lo expliqué de esta forma: primero se trataba de sacerdotes diocesanos con esta vocación misionera específica, principio fundamental y muy importante. La OCSHA como tal no enviaba al sacerdote, sino el Obispo propio al Obispo que lo recibía para la misión; en términos canónicos: el Obispo *a quo*, al Obispo *ad quem*... el diálogo duró varios días...



El fundamento argumental del posicionamiento de Mons. Romero de Lema es que toda Iglesia local debe, en circunstancias normales, dar de sí el número de sacerdotes que necesita. Si la Iglesia en América no ha conseguido este desiderátum, es porque han actuado sobre ella circunstancias del todo excepcionales. Pero bastará que se puedan cuidar debidamente los planteles fundamentales, para que las vocaciones florezcan abundantes y se produzca una perspectiva próxima de solución propia del problema sacerdotal. Mirando a esta meta, la Obra, de acuerdo con la jerarquía americana y la Santa Sede, plantea el envío de sus sacerdotes, no por tiempo indefinido, como para incardinarlos allá creando así una situación permanente de dependencia nada propicia a la verdadera solución, sino que los envía por tiempo limitado, prorrogable mientras las circunstancias lo aconsejen. De ese modo la situación del sacerdote está siempre definida y apunta a conseguir lo que es el ideal de la Iglesia en todo el mundo: que la diócesis sea atendida por su propio clero.

En septiembre de 1948 viajó a América para consultar con algunos obispos de Cuba, Méjico, San Salvador, Guatemala, Nicaragua, Perú, Chile y Argentina. Después de recoger las observaciones de los Obispos de América, prosigue su testimonio:

Redacté un proyecto de reglamento y lo presenté singularmente a todos los Arzobispos que formaban la Junta de Metropolitanos. Informé al Nuncio de su Santidad... viajé a Toledo... pidiendo [al Cardenal Primado] la aprobación de la Junta de Metropolitanos (su reunión tuvo lugar en Madrid y en el mes de noviembre de 1948). Al segundo día (de la reunión) me comunicaron... que habían aprobado la Obra de Cooperación Sacerdotal Hispanoamericana<sup>7</sup>. En las Actas se

---

<sup>7</sup> Puede afirmarse que el nacimiento de la OCSHA es en Madrid, en noviembre del año 1948. Esta puntualización corrige la opinión generalizada por la

dice: "...se acuerda unánimemente: ante todo distinguir la cooperación propiamente misionera de la ordinaria de la diócesis. La primera, conforme a lo ya dispuesto por la Santa Sede, ha de hacerse precisamente a través del Instituto Nacional S. Francisco Javier para los sacerdotes seculares misioneros de España. En cuanto a la cooperación ordinaria, se acuerda constituir una Comisión u Organismo que presida el Excmo. y Rvdmo. Sr. Arzobispo de Zaragoza y que él mismo formará, para entenderse directamente con el Episcopado español e Hispanoamericano, ya sea para sacerdotes que puedan trasladarse allí, ya también para seminaristas españoles que pudieran formarse con esta vocación en nuestros seminarios".

En noviembre de 1953, y en vista de la amplitud de acción que cada día tomaba esta Institución, la Conferencia de Metropolitanos acordó crear una Comisión Episcopal que se ocupara de ella y con esta institucionalización se publican algunas de sus características como son las referidas a:

1º Garantizar que los sacerdotes vayan no donde les gusta, según referencias siempre inexactas, sino a donde conviene más que vayan. Los órganos rectores de la Comisión Episcopal poseen unos conocimientos más rigurosos de la situación de los distintos países, y están en comunicación continua con la jerarquía y con los sacerdotes que ya trabajan allí. Todos estos elementos garantizan una decisión más conforme a las necesidades y conveniencias de la Iglesia, que la decisión individual.

2º Preocuparse de la preparación inmediata y de la necesaria puesta a punto de los sacerdotes para evitar muchos tropezos iniciales, a veces, de gran trascendencia.

---

que se suele señalar el mes de junio del año 1949 como fecha de su nacimiento, y en Zaragoza.



3° El sacerdote miembro de la OCSHA va a encontrar, en cuanto llegue, compañeros que le reciban y le faciliten en América desde los más elementales medios materiales hasta la información necesaria sobre el terreno, las presentaciones a personas que deben ser conocidas, alojamiento, escalas en el camino, etc.

4° La OCSHA firma un contrato con el obispo que recibe a los sacerdotes en el que se procuran asegurar todos los puntos en que pudiera presentarse alguna dificultad y constan con toda claridad las obligaciones de ambas partes.

5° La OCSHA ayuda a los sacerdotes seculares a resolver el tremendo problema de aislamiento que allí pudiera tener consecuencias funestas. Nunca un sacerdote será enviado para estar solo; irá siquiera con otro, y el Prelado que los recibe se obliga a mantenerlos en puestos que les permitan vivir juntos, o al menos visitarse constantemente, por estar situados en lugares contiguos.

6° El compromiso de mantener con todos sus sacerdotes un contacto continuo, de modo que en cualquier situación de emergencia, se sientan respaldados con toda eficacia.

7° Los sacerdotes seculares que llegan ya no son para la jerarquía americana unos desconocidos que han de probar para examinar su calidad y sus resultados: la Obra de Cooperación Sacerdotal Hispanoamericana ha logrado un prestigio indiscutible ante aquellos prelados. De hecho muchos Obispos de América Latina piden previamente informes a la Comisión Episcopal de Misiones antes de entablar correspondencia con algún sacerdote español que se les ofrece personalmente.

8° La OCSHA ha de tener estructurada su función de tal modo que su conexión con la jerarquía americana sea lo más eficaz posible a la vez que esté jerarquizada y garantizada la suficiente rapidez de movimiento para no crear con el tiempo situaciones difíciles o contraproducentes.

9º Los sacerdotes de la OCSHA no van a América rompiendo para siempre su ligazón con la diócesis de origen a la que algunos regresarán. Esta Institución cuidará mucho este extremo, hasta el punto de que los reglamentos previenen que los años prestados de servicio en América no deberán considerarse perdidos para la propia diócesis, sino como empleados en prestar una ayuda a la Iglesia que urgentemente necesita.

El espíritu que inspira estas características de la identidad de la OCSHA justifica su nacimiento como cauce a través del cual las Iglesias de España ejercen su responsabilidad misionera y hace evidente la relación entre las Iglesias donde la comunión entre ellas tiene un sentido “bidireccional”. Por una parte el sacerdote de OCSHA está incardinado en su propia diócesis de origen, lo que, lejos de coartarle, le convierte en “sacramento de la misionariedad del obispo”. Por otra parte, los Obispos de las diócesis de destino deben saber que, a través de los sacerdotes de OCSHA, se realiza una parte muy importante de su actitud de comunión. Así se explica la necesidad de constituir organismos supradiocesanos, que no hacen sino potenciar la comunión, por su completa disponibilidad al servicio de la misma. Este espíritu ha sido de nuevo recordado por Juan Pablo II en *Redemptoris missio*:

En la Encíclica *Fidei donum*, Pío XII, con intuición profética, alentó a los Obispos a ofrecer algunos de sus sacerdotes para un servicio temporal a las Iglesias de África, aprobando las iniciativas ya existentes al respecto. A veinticinco años de distancia, quise subrayar la gran novedad de aquel Documento, que ha hecho superar “la dimensión territorial del servicio sacerdotal para ponerlo a disposición de toda la Iglesia” (*Mensaje, Domund* 1982). Hoy se ven confirmadas la validez y los frutos de esta experiencia; en efecto, los presbíteros llamados *Fidei Donum* ponen en evidencia de manera sin-



gular el vínculo de comunión entre las Iglesias, ofrecen una aportación valiosa al crecimiento de comunidades eclesiales necesitadas, mientras encuentran en ellas frescor y vitalidad de fe. Es necesario, ciertamente, que el servicio misionero del sacerdote diocesano responda a algunos criterios y condiciones. Se deben enviar sacerdotes escogidos entre los mejores, idóneos y debidamente preparados para el trabajo peculiar que les espera (cf. *Ad gentes* 38). Deberán insertarse en el nuevo ambiente de la Iglesia que los recibe con ánimo abierto y fraterno y constituirán un único presbiterio con los sacerdotes del lugar, bajo la autoridad del Obispo (cf. *Ad gentes* 20). Mi deseo es que el espíritu de servicio aumente en el presbiterio de las Iglesias antiguas y que sea promovido en el presbiterio de las Iglesias más jóvenes<sup>8</sup>.

### 3.2. Una reflexión histórica

Juan Pablo II hace memoria de la historia de la OCSHA con estas palabras:

La OCSHA iniciada por la Conferencia de Metropolitanos de España, puede ser interpretada como la consecuencia natural de una honda conciencia eclesial y, al mismo tiempo, como una respuesta vigorosa a uno de los más urgentes desafíos de nuestra época, tal es la necesidad de tejer vínculos de colaboración y fraternidad entre las personas, los pueblos y las comunidades eclesiales, que se hace aún más apremiante en todo aquello que se refiere a la difusión de la Buena Nueva de Jesucristo<sup>9</sup>.

En la corta vida de la OCSHA, como cualquier institución eclesiástica, se ha recorrido un camino tortuoso, pero cuajado de frutos apostólicos, donde el Espíritu de Dios se ha manifestado con una frondosa bendición. Para penetrar

---

<sup>8</sup> JUAN PABLO II, *Redemptoris Missio*, 68.

<sup>9</sup> OCSHA. *50 Aniversario*, 23.

en los entresijos de su vida, Mons. Antonio Garrigós publicó la historia de la OCSHA<sup>10</sup>, prologada por el Cardenal Pironio de cuyo texto viene bien recordar lo siguiente:

Ha sido ciertamente providencial –verdadera intuición profética y revelación del Espíritu Santo– la creación de la OCSHA. En momentos muy difíciles de América Latina, particularmente en algunas Iglesias locales, con graves carencias de sacerdotes, religiosos y agentes de pastoral, la OCSHA ha sido instrumento providencial de la Iglesia para la difusión del Mensaje evangélico; puedo asegurar que, en la gran mayoría de los casos, los sacerdotes han sido generosos servidores del pueblo de Dios y fieles colaboradores de los Obispos en la proclamación del Evangelio y en la construcción de la comunidad eclesial; han sabido insertarse en las Iglesias locales y en las diferentes culturas de los pueblos.

Creo sinceramente que, lejos de impedir el crecimiento de las Iglesias locales, les han ayudado a desarrollarse en su misión y a construirse en su identidad propia y en su dinamismo de comunión misionera. Ha habido ciertamente sus límites y sus sombras –como en toda obra donde lo sublime de Dios se mezcla con la fragilidad de lo humano–, pero las luces han sido insuperablemente superiores a las sombras. He conocido sacerdotes (podría aquí citar sus nombres) que han sido entre nosotros (y lo siguen siendo) verdaderos “hombres de Dios”, testigos ardientes y concretos de su amor en medio de nuestro pueblo pobre, y cotidianos y luminosos profetas de aquella “esperanza que no falta”<sup>11</sup>.

La historia de la OCSHA está estructurada en diferentes momentos o etapas<sup>12</sup>. Hay una primera etapa (1948-

<sup>10</sup> GARRIGÓS, A., *Evangelizadores de América. Historia de la OCSHA*, Ed. BAC, Madrid 1992.

<sup>11</sup> Pp. XV-XVI

<sup>12</sup> cf. MADRUGA, J.M., *La irrupción histórica del clero secular español en la misión ad gentes en: Misiones Extranjeras* 150 (nov.-dic. 1995) 630-631.



1955) que podemos considerar de gestación, con sus dificultades y con gran entusiasmo e idealismo en sus mentores. Se calculan que en esta etapa salieron hacia Hispanoamérica unos 177 sacerdotes.

Hay una segunda etapa de consolidación y expansión (1955-1970). Aquí hay que situar la realización del Concilio Vaticano II y la Carta autógrafa de Juan XXIII a los Obispos españoles suplicándoles el envío de sacerdotes a Hispanoamérica. Es también el tiempo de la abundancia de vocaciones en los seminarios españoles y del Seminario Hispanoamericano de Madrid. En esta etapa llegaron a marchar 1372 sacerdotes.

La tercera etapa (1970-1984) es de un claro descenso. Sólo son enviados 284 sacerdotes y se percibe un cierto bloqueo en las instancias eclesíásticas. La realidad política y social de Hispanoamérica con su conflictividad estaba pasando factura a nivel eclesial. Pero no se puede olvidar el gran esfuerzo, rayando en el heroísmo, de muchos sacerdotes.

Tendríamos que hablar de la etapa actual como un esfuerzo de clarificación y de relanzamiento después de una serena evaluación. La OCSHA, como todo organismo vivo, ha ido evolucionando, y hasta el año 2006 han partido cerca de 500 sacerdotes.

En la última etapa no cesa el continuo flujo de sacerdotes que cada año parten para las Iglesias particulares de América Latina. De nuevo se comprueba por vía de los hechos que la dimensión misionera está en la entraña de la vocación sacerdotal. Los sacerdotes diocesanos están llamados como cualquier otro fiel a tomar parte en la misión. Sin embargo, la vocación sacerdotal y la consagración por el sacramento del Orden entrañan esta dimensión misionera que es sustancial a su vida del presbítero. El sacerdote es por esencia misionero, que en muchos de ellos se mani-

fiesta existencialmente con su presencia sacerdotal en los llamados países de misión. Así se expresa el *Catecismo de la Iglesia Católica*:

En virtud del sacramento del Orden, los presbíteros participan de la universalidad de la misión confiada por Cristo a los Apóstoles. El don espiritual que recibieron en la ordenación los prepara, no para una misión limitada y restringida, sino para una misión amplísima y universal de salvación “hasta los extremos del mundo” (Hch 1, 8), dispuestos a predicar el Evangelio por todas partes<sup>13</sup>.

#### 4. Sacerdotes seculares al servicio de la misión en América Latina

Las reflexiones anteriores ayudan a comprender de modo adecuado las relaciones de estos sacerdotes con la OCSHA y su vinculación establecida con ella. Lo importante es constatar que no se trata de una situación anormal o extraña, sino de una realidad cargada de sentido eclesial, aun dentro de las dificultades o limitaciones que como institución humana y eclesial pueda tener.

Así fue entendida y ratificada su naturaleza en el año 1985 con motivo de la Asamblea Extraordinaria de la que salió la llamada *Guía Práctica*<sup>14</sup> en la que se describe la identidad de la OCSHA...

... como un servicio común de las diócesis de España integrado en la Conferencia Episcopal, por el cual los obispos y los sacerdotes seculares significan y realizan su comunión con las Iglesias de América<sup>15</sup>.

<sup>13</sup> *Catecismo de la Iglesia católica*, n. 1565.

<sup>14</sup> Ed. EDICE, Madrid 1986.

<sup>15</sup> *Ibid.*, 11.



La vida de los sacerdotes de la OCSHA es una vida en relación, porque en ellos se hace visible la relación intraeclesial entre distintas instituciones que necesitan enriquecerse entre sí. Son precisamente ellos uno de los cauces de la recíproca relación. Por su condición de presbíteros se podría decir que son doblemente “pontífices” o puentes que favorecen el paso de una Iglesia a otra, de una cultura a otra, de un pueblo a otro. De ahí que en la *Guía práctica* de la OCSHA se diga:

Estos sacerdotes:

a) Tienen en la comunión con el Obispo y presbiterio de su diócesis de origen el fundamento de su peculiar situación eclesial. El Obispo debe reconocerlos como colaboradores cualificados de su misión universal. El presbiterio debe buscar modos de significar y desarrollar esta comunión: oración, escucha, información, comunicación de bienes, etc.

b) En su diócesis de destino, son agentes de comunión eclesial por la fidelidad al Obispo y por la inserción en el presbiterio y en la comunidad. Al mismo tiempo que sirven, recogen las realidades eclesiales que allí descubren y comparten con ellas las experiencias pastorales que tienen para aportarlas como enriquecimiento de la Iglesia de la que proceden<sup>16</sup>.

## 4.1. Estructura organizativa de la OCSHA

Como institución eclesial tiene una mínima estructura organizativa fundamentalmente en torno a tres asuntos básicos:

---

<sup>16</sup> *Guía Práctica*, 11.

1) El Organismo director de la OCSHA es la Comisión Episcopal de Misiones y Cooperación entre las Iglesias. El órgano ejecutivo de la Obra será un Secretariado dirigido por algunos sacerdotes, cuyo nombramiento corresponde a la Comisión Permanente del Episcopado Español a propuesta de la Comisión Episcopal de Misiones.

2) Son miembros de la OCSHA:

- Los sacerdotes que, patrocinados por la misma, sean enviados a trabajar en América o Filipinas.
- Los que, estando ya en América, lo soliciten y sean admitidos aceptando la disciplina de la Obra.
- Los sacerdotes que trabajan en España para los fines de la Obra.
- Los seglares que vayan a Hispanoamérica para, personalmente, cooperar en el apostolado que les es propio<sup>17</sup>.

3) La Obra de Cooperación Sacerdotal Hispanoamericana tiene capacidad jurídica y de obrar para el cumplimiento de sus fines. Entre sus recursos cuenta con patrimonio propio constituido por:

- Capital fundacional que se le asigne.
- Intereses y rentas del mismo.
- Donaciones y herencias.
- Subvenciones de personas morales o físicas o de los Estados.
- Cuotas que se recauden de los miembros e instituciones.
- Cualquier otra clase de recursos compatibles con sus fines<sup>18</sup>.

---

<sup>17</sup> Artículo 11.

<sup>18</sup> Artículo 23.



## 4.2. Compromisos de los sacerdotes de la OCSHA

Describimos algunos de estos compromisos que garantizan la eclesialidad del servicio de estos presbíteros en la misión:

a) *Vinculación al obispo de origen.* Tiene una relación fundamental ante todo con su obispo de origen, de cuyo sacerdocio participa y de quien sigue siendo colaborador. Es una relación que constituye la identidad eclesial de ambos, porque a través del misionero el obispo ve significada plenamente su sacramentalidad episcopal.

Las relaciones concretas han de ser estrechas, directas y familiares. El sacerdote debe vivir la fidelidad y la obediencia. Pero el mismo obispo debe vivir su fidelidad expresada a través de una atención particular para transmitir apoyo, ayuda y también comprensión y consuelo.

En la declaración de los obispos españoles a la que antes aludíamos expresaban colectivamente lo que debe ser responsabilidad de cada uno de ellos:

Por ninguna razón los sacerdotes diocesanos que ejercen su ministerio en aquellas Iglesias han de sentirse desligados de sus diócesis de origen. Su trabajo allí ha de ser reconocido y valorado como una prolongación de la pastoral diocesana en orden a los legítimos derechos que esta pudiera proporcionarles. Los Obispos queremos estar en comunicación frecuente con ellos y con los pastores bajo cuya dirección trabajan, y en la medida de lo posible, les visitaremos con cierta periodicidad<sup>19</sup>.

---

<sup>19</sup> CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Responsabilidad misionera de la Iglesia española*, Madrid, 1979, 34.

Y en la *Guía Práctica* esta relación queda articulada en los siguientes términos:

Deberá quedar muy claro que, salvada siempre la responsabilidad personal, es la propia Iglesia particular presidida por el Obispo, la que envía al sacerdote; este será, desde un principio, exponente vivo de comunión y, en consecuencia, él ha de sentirse miembro, en todo momento, del presbiterio de la Iglesia que le envía.

Por esta razón, será en definitiva el Obispo con su presbiterio quien juzgue acerca de la idoneidad de los sacerdotes que han de ser enviados a otras Iglesias como expresión de su “misionidad” intrínseca y el que, en diálogo con ellos y según las prioridades indicadas por estas, teniendo en cuenta las cualidades y preparación pastoral de los sacerdotes, determine el destino concreto al que envía a sus miembros<sup>20</sup>.

b) *Relación con la comunidad eclesial de origen.* Mantienen la misma relación eclesial con el presbiterio de su diócesis y con la comunidad diocesana de la que nunca se desvinculan.

Por una parte, el misionero no puede eximirse de la vida y la dinámica del presbiterio del que es parte activa y responsable. Y debe así mismo mantenerse en relación con las comunidades eclesiales en las que estuvo trabajando y por las que en último término fue enviado.

Por otra, es el mismo presbiterio el que debe buscar modos de significar la presencia del que se encuentra lejos. En este campo no hay duda de que se han realizado avances dignos de reconocimiento. Pero no es menos cierto que aún falta sobre todo una formación que provoque una nueva sensibilidad. Y de ella surgirá la necesidad de

---

<sup>20</sup> *Guía Práctica*, 26-27.





significar en estos tres campos los espacios vitales en que debe manifestarse esta relación:

1) Por medio de la información

La información en doble dirección. No ha de ser sólo la Delegación diocesana de Misiones la que sirva de canal informativo. Efectivamente tiene títulos privilegiados para hacerlo. Pero al misionero ha de llegar lo que se realiza en todas las dimensiones de la vida del presbiterio: desde las grandes iniciativas pastorales hasta las pequeñas anécdotas de la vida cotidiana. Sólo de este modo encuentra la comunión una base vital que la hace comprensible. Sólo de este modo la corriente vital asume y aglutina superando distancias. Asimismo debe ser posible que el misionero encuentre el modo y el camino de aportar sus sugerencias, sus experiencias y hasta sus expectativas. Es cierto que todo ello puede multiplicar el trabajo, que supone un esfuerzo notable. Pero, por ser algo importante y necesario, debe ser siempre algo posible, algo que no quede excluido por principio.

La *Guía práctica* se hace eco de estas intercomunicaciones entre la diócesis de origen y los sacerdotes en su destino:

Los sacerdotes enviados recibirán en forma tangible el apoyo de la comunidad diocesana que, de forma especial, se expresará, en la medida de lo posible, en la visita del Obispo y/o Delegado Diocesano. Sería muy valioso el seguimiento y colaboración de la parroquia o comunidad de donde procede el sacerdote.

Se les prestarán diversos servicios, sobre todo de tipo personal, y se les mandará información periódica: revistas para la formación permanente, subsidios litúrgicos, catequéticos, Boletín Oficial de la diócesis, etc.

Se mantendrá con ellos correspondencia personal y, a través de distintos medios, se les mantendrá informados de cuanto acontece en el ámbito eclesial nacional y diocesano, y en la vida político-social de España<sup>21</sup>.

## 2) Por medio de la oración

La oración es vínculo privilegiado de la comunión, y por ello debe ser fomentado; así se consigue que la oración desarrolle su dimensión misionera, al buscar una mayor intimidad con Dios, debe suscitar un mayor adentramiento en los planes de Dios que tienen una dimensión universal. Los miembros del presbiterio pueden y deben vivirlo en los actos litúrgicos que de modo particular son actos eclesiales: el rezo de la liturgia de las horas y la celebración de la Eucaristía.

Recientemente la Congregación para la Evangelización de los Pueblos ha recordado esta tarea:

La participación de las comunidades eclesiales y de cada fiel a la realización de este plan divino recibe el nombre de “cooperación misionera” y se realiza de diversas maneras: con la oración, el testimonio, el sacrificio, la donación oblativa del propio trabajo y de las propias ayudas. La cooperación es el primer fruto de la animación misionera<sup>22</sup>.

## 3) Por medio del testimonio

El testimonio presentado en la animación misionera. Los sacerdotes de la OCSHA desde la misión y, sobre todo, cuando se encuentran en período de vacaciones o que han retornado a la diócesis deben ser agentes comprometidos en fomentar la dimensión universal de presbiterio (por ejemplo en retiros, en charlas, en convivencias) y en de-

<sup>21</sup> *Guía Práctica*, 29.

<sup>22</sup> CONGREGACIÓN PARA LA EVANGELIZACIÓN DE LOS PUEBLOS, Instrucción Cooperatio Missionalis, Roma, 1998.



nunciar los particularismos y egoísmos de la comunidad eclesial que sólo se preocupe de las urgencias inmediatas. De este modo pueden responder a su obligación de promover el relevo de misioneros y sirven a sus hermanos sacerdotes para fomentar el espíritu misionero en todas las comunidades diocesanas. Porque los misioneros de la OCSHA, con su testimonio y su palabra, ayudaban a la animación misionera de la Iglesia en España. Así lo expresaba Mons. Amigo ante el apóstol Santiago:

Pero la OCSHA no sólo evangelizaba en América, sino que era referente y apoyo para la animación misionera en nuestras diócesis y estimulan la conciencia de universalidad en el servicio a la Iglesia<sup>23</sup>.

c) Relación con la diócesis y el obispo de destino. El presbítero está llamado y se compromete a vivir en la misma relación de fidelidad y de obediencia, pues ha sido aceptado como colaborador y porque está ligado colegialmente al obispo de la propia diócesis. Sólo sobre esta base puede efectivamente considerarse como parte y miembro de la Iglesia en que sirve. Al obispo se le exige que no lo considere como un trabajador o como alguien que viene a solucionar un problema inmediato. Esto sólo adquiere pleno sentido y realización si lo considera como el enviado de otra Iglesia, que trae un mensaje de comunión y de solidaridad. Esta actitud del obispo puede hacer que el misionero adquiera una auténtica relevancia eclesial.

El sacerdote diocesano, al llegar a la otra Iglesia particular, se incorpora de lleno a la comunidad cristiana que lo recibe. Participa en todo el proyecto pastoral de la diócesis, insertándose en la dinámica y en la vida de su presbítero. A su vez la comunidad cristiana con espíritu de

---

<sup>23</sup> OCSHA. 50 Aniversario, 72.

comunión le recibe como un don de Dios y por su parte el sacerdote se integra en la vida de la comunidad. De esta manera el intercambio de bienes es una realidad de la que da testimonio el Cardenal Pironio en el prólogo anteriormente citado:

Finalmente, quiero subrayar que si la OCSHA ha sido para la Iglesia en América Latina un verdadero don de Dios, la comunión y cooperación entre nuestras Iglesias tienen que seguir consolidándose y enriqueciéndose mutuamente en una línea de dinamismo misionero. Hablo de un enriquecimiento mutuo y de una maravillosa comunicación de bienes: España llevó la fe a nuestro continente de la esperanza; quisiera ahora que la esperanza sufrida de nuestro continente devolviera a España la seguridad y el ahondamiento de una fe claramente profesada, celebrada y vivida<sup>24</sup>.

### 4.3. La OCSHA al servicio de la cooperación misionera

El reconocimiento de que la cooperación misionera ya no es tarea exclusiva de una asociación o instituto, sino que está en la entraña de la Iglesia particular, ha hecho posible que desde esta conciencia y redescubrimiento misionero el presbiterio diocesano se sienta interpelado a cooperar con otras Iglesias más necesitadas. Esta responsabilidad afecta prioritariamente al Papa y a los obispos, y por ellos recae de modo especial en la Iglesia particular. Desde esta responsabilidad no es suficiente con favorecer la “marcha” de algunas vocaciones misioneras, sino que es preciso orientar todo el modo de concebir y de ejecutar el quehacer pas-

<sup>24</sup> *Ibid.*, 16.



total de una diócesis en cuyo seno ha de hacerse presente la responsabilidad misionera.

Esta responsabilidad, recuerda Juan Pablo II, se refleja, en diversa medida, en las Conferencias Episcopales y en sus organismos a nivel continental, que por ello tiene que ofrecer su propia contribución a la causa misionera<sup>25</sup>.

Los obispos que integran la Comisión Episcopal de Misiones reciben de sus hermanos en el Episcopado la encomienda de “promover y regular la afluencia de sacerdotes a las diócesis del mundo latinoamericano”<sup>26</sup>.

Desde hace más de cincuenta años la OCSHA ha sido uno de los medios que la Iglesia española ha usado para potenciar aún más la necesidad de cooperar con las Iglesias más necesitadas. Hasta esta fecha la cooperación se realizaba por medio de instituciones religiosas. Es justo reconocer la inmensa labor realizada por el IEME y las misiones diocesanas canalizando la contribución del clero español a la evangelización de los pueblos. Ahora, sin anular las demás instituciones, lo hace en cuanto Comisión Episcopal de Misiones. Así se justifica en la *Guía Práctica*:

Los principios de coordinación y subsidiaridad en relación con la cooperación exterior de los presbíteros diocesanos exigen la existencia de un servicio común dependiente de la Conferencia Episcopal Española, cuyas finalidades sean:

- Cooperación al cumplimiento de la comunión intereclesial de las Iglesias particulares.
- Y ayuda a los servicios diocesanos correspondientes para que desarrollen de forma coordinada y efectiva las tareas que les incumben respecto de dicha comunión.

---

<sup>25</sup> JUAN PABLO II, *Redemptoris missio*, n. 63.

<sup>26</sup> *Estatuto de la Comisión Episcopal de la OCSHA*, Art. 1.

Para el conjunto de las diócesis de España, el servicio OCSHA lo realiza, como órgano decisorio y en permanente relación con el CELAM, la Comisión Episcopal de Misiones y Cooperación entre las Iglesias, de la Conferencia Episcopal Española y el Secretariado de dicha Comisión Episcopal como órgano ejecutivo”<sup>27</sup>.

Sin embargo, la existencia de este organismo oficial no podía sustituir el protagonismo y la responsabilidad de las diócesis. La OCSHA no podía franquear los límites establecidos por su carácter de subsidiariedad y coordinador. Se clarifican estas cautelas en los siguientes términos:

Como órgano de carácter subsidiario al servicio de los organismos diocesanos, el servicio interdiocesano OCSHA:

- En ningún caso sustituirá las competencias de los organismos diocesanos. Su función consistirá en ofrecer apoyo para la mayor eficacia de los mismos.
- Pondrá a disposición los servicios propios, así como los que fuera preciso establecer, para que aquellos cumplan con su finalidad y según las necesidades presentadas por las diócesis.

Por su carácter coordinador, apoyará y, en su caso, urgirá el que en las diócesis se cree un clima de comunión y ayuda mutua, para que la cooperación entre las Iglesias particulares se realice en espíritu de unidad y eficacia<sup>28</sup>.

Sin duda la experiencia de Mons. Larrauri, Presidente de la Comisión Episcopal durante muchos años, pueda aportar una luz a esta riqueza eclesial para poder comprender su alcance y su sentido. Sus palabras sirven muy bien como síntesis o resumen de lo expuesto:

<sup>27</sup> *Guía Práctica*, 32-33.

<sup>28</sup> *Guía práctica*, 36-37.



La OCSHA, que depende inmediatamente de la Comisión Episcopal de Misiones, quiere y debe seguir manteniendo esta leva de sacerdotes y seglares que, por una parte sustituyan a los que han cumplido su compromiso, y por otra acudan a cubrir nuevas e importantes necesidades de aquellas Iglesias.

Pero la OCSHA no quiere ni debe ser una estructura supradiocesana que desvincule a estos misioneros de sus diócesis de origen a las que siguen jurídicamente incardinados y sobre todo necesitados de su afecto y reconocimiento. Ella no pretende ser más que un departamento de la Comisión Episcopal de Misiones que pueda servir de puente entre nuestras Iglesias y las de Hispanoamérica, en orden a recibir las informaciones y peticiones de allí y poderlas transmitir a los obispos españoles coordinando y encauzando los ofrecimientos de personal... [y]... ofrecer como un servicio todo aquello que a las diócesis les resultaría difícil realizar: cursos de formación, información general y pequeñas atenciones a los misioneros.

Son las Iglesias de aquí con sus Obispos al frente, no la OCSHA, las que envían a estos sacerdotes, las que deben preocuparse de ellos durante su permanencia en América, las que deben recibirlos a su vuelta y promover y prever las vocaciones que serán necesarias para que las sustituciones puedan realizarse. Estos problemas no dejan de ser diocesanos.

## Conclusión

Sirvan como reflexión final las palabras que Juan Pablo II hizo llegar al Arzobispo Cardenal de Madrid y Presidente de la Conferencia Episcopal Española, Mons. Rouco Varela, con ocasión del 50 Aniversario de la OCSHA. En ellas se vislumbra una profunda acción de gracias a Dios por el don de la OCSHA, pero sobre todo

una apertura hacia el futuro donde en el horizonte se reafirma la urgente necesidad de la evangelización de los pueblos:

Me complace comprobar cómo, en esta cooperación entre las Iglesias, se ha puesto un especial esmero en cultivar los lazos de fraternidad y comunión que son característicos del auténtico espíritu de servicio al Evangelio, respetando el principio de subsidiaridad y fomentando todo aquello que permite fortalecer la vida propia de las Iglesias locales, como son particularmente los seminarios y, en general, todo lo referente a la promoción de las vocaciones y a la formación del clero local. La experiencia acumulada en estos años, en que tanto España como los países de Hispanoamérica han conocido vicisitudes diversas y situaciones cambiantes, permitirá también en el futuro encontrar aquellas formas de colaboración que mejor respondan a los nuevos desafíos de estos momentos de la historia en que la Iglesia y la humanidad se disponen a pasar el umbral del Tercer milenio.

Alguno de estos desafíos, como es la presencia creciente de una población hispana en países de América del Norte o Europa, ha comenzado ya a hacerse sentir, reclamando una respuesta pastoral generosa y decidida también por parte de las Iglesias de lengua española. En otros casos, el desarrollo de las perspectivas que ahora se perciben está aún envuelto en muchas incertidumbres y ambivalencias, como ocurre con el llamado fenómeno de la globalización que afecta de un modo particular a América (cf. *Ecclesia in America*, 55). La causa del Evangelio no es ajena a estas nuevas realidades, que están transformando rápidamente la fisonomía humana y social tanto del viejo como del nuevo mundo. Por el contrario, tiene en ellas un papel decisivo, puesto que, al ser universal por naturaleza, el mensaje de Cristo es en sí mismo fermento de integración, animada por el respeto a la más alta dignidad de las personas y los pueblos y en busca de una nueva civilización de la solidaridad y del amor.



En este contexto, la colaboración sacerdotal y apostólica entre las comunidades cristianas puede ser considerada como una de las respuestas más válidas al desafío de “asegurar una globalización en la solidaridad” (*Mensaje para la Jornada mundial de la Paz*, 1998, 3), así como una de las “formas” que caracterizan la nueva evangelización al poner de relieve “el deber de la recíproca solidaridad y de compartir sus dones espirituales y los bienes materiales con que Dios las ha bendecido, favoreciendo la disponibilidad de las personas para trabajar donde sea necesario” (*Ecclesia in America*, 52)<sup>29</sup>.

---

<sup>29</sup> OCSHA. *50 Aniversario*, 24-25.

# Índice

Sumario .....	5
Presentación .....	7
Inauguración de las Jornadas Nacionales de Delegados y Asamblea General de Directores Diocesanos de OMP.....	9
RAMÓN DEL HOYO LÓPEZ	
<i>Obispo de Jaén</i>	
<i>Presidente de la Comisión Episcopal de Misiones</i>	
1. Saludos .....	9
2. En este Cenáculo con María .....	10
3. Recorrido reciente y proyectos de la Comisión Episcopal .....	11
4. Plan de acción trienal de la Comisión .....	12
5. La animación misionera .....	13
<i>Fidei donum. Carta Encíclica del Sumo Pontífice Pío XII sobre las Misiones, especialmente en África (21 de abril de 1957) .....</i>	17
Introducción .....	18
El don de la fe .....	18
Preocupación misionera de la Iglesia.....	19
1. La situación de la Iglesia en África .....	20
Logros conseguidos.....	20
Dificultades actuales .....	22
Peligros internos y externos .....	23
Llamada especial.....	24
Nuevas posibilidades de acción .....	25



Continuar lo comenzado .....	26
Necesidad de más misioneros .....	27
2. El concurso de toda la Iglesia .....	28
Tarea de todos .....	28
Corresponsabilidad de los obispos .....	29
Catolicidad y universalismo .....	31
3. Triple deber misionero .....	32
Oración y sacrificio .....	32
Cooperación económica .....	34
Vocaciones misioneras .....	36
Las Obras Misionales Pontificias .....	38
Iniciativas especiales .....	39
Misioneros seculares .....	40
Conclusión .....	41

## Ponencias

I. Actualidad de la Encíclica <i>Fidei donum</i> del papa Pío XII .....	47
HENRYK HOSER, SAC	
<i>Secretario Adjunto de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos y Presidente de las Obras Misionales Pontificias</i>	
II. Todas las Iglesias para todo el mundo .....	59
VITO DEL PRETE, PIME	
<i>Secretario General de la Pontificia Unión Misional</i>	
1. Algunos puntos fundamentales .....	60
2. Lectura de la historia .....	63
3. Creación de Iglesias locales .....	66
4. El Padre Manna .....	69
5. Una mirada a la situación .....	71

6. Iglesia local y obispo .....	72
7. El deber de cada Iglesia de “estar en misión” .....	74
8. ... en comunión con y para las otras Iglesias en la <i>missio ad extra</i> .....	76

## **Mesa redonda**

### *La vocación misionera ad vitam*

I. Introducción .....	81
ARANTXA MÚGICA, FMM <i>Vicepresidente del SCAM</i>	
II. Los sacerdotes diocesanos .....	85
MIGUEL ÁNGEL ARAGÓN MORENO, IEME	
III. Los religiosos y religiosas.....	93
HELIODORO MACHADO, CSSP	
IV. Los laicos y laicas .....	99
ELOÍNA BERMEJO <i>Presidenta de OCASHA</i>	

## **Apéndices**

I. El principio de la corresponsabilidad. <i>Mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones de 1982</i> .....	109
JUAN PABLO II	
1. Los Obispos, responsables de la evangelización del mundo.....	110
2. La falta de apóstoles, apremio prioritario de la misión .....	112



3. Desarrollo de la conciencia misionera en las Iglesias locales .....	113
4. La cooperación misionera, recíproco intercambio de energías y experiencias.....	115
5. Función prioritaria de las Obras Misionales Pontificias.....	116
II. La Encíclica <i>Fidei donum</i> vista a la luz del Concilio Vaticano II y del magisterio misionero postconciliar.....	119
JOSÉ RAMÓN VILLAR	
<i>Facultad de Teología Universidad de Navarra</i>	
1. Relevancia eclesiológica de la Encíclica <i>Fidei donum</i> del papa Pío XII .....	119
2. La Iglesia como <i>communio Ecclesiarum</i> .....	125
3. La dimensión universal del presbiterado .....	131
4. La Misión en el seno de la <i>communio Ecclesiarum</i> .	137
III. <i>Fidei donum</i> : contexto socio-político y eclesial.....	147
ELOY BUENO DE LA FUENTE	
<i>Facultad de Teología del Norte de España</i>	
<i>(Sede de Burgos)</i>	
1. Una herencia en evolución.....	149
1.1. La eclesiología post-tridentina y belarminiana.	149
1.2. Fundación de misiones más que de Iglesias ...	151
1.3. De la adaptación a la inculturación.....	151
1.4. La presencia de nuevos sujetos misioneros ....	152
1.5. El contexto colonial .....	153
2. África en el proceso de descolonización .....	155
3. Coordenadas teológicas.....	160
3.1. La respuesta agradecida al don de la fe.....	160
3.2. El protagonismo de las Iglesias .....	161

3.3. Los obispos y la solicitud por todas las Iglesias.....	162
3.4. Los presbíteros y la misión universal .....	163
3.5. Los laicos, sujetos misioneros .....	165
4. Sugerencias concretas.....	166
5. Valoración desde la perspectiva post-conciliar.....	169
<b>IV. Sacerdotes españoles <i>Fidei donum</i> en América Latina: OCSHA.....</b>	<b>171</b>
ANASTASIO GIL GARCÍA	
<i>Director del Secretariado de la Comisión Episcopal de Misiones y Cooperación entre las Iglesias</i>	
1. La Iglesia española en América Latina.....	172
2. El clero secular en los países de misión .....	174
3. La Obra de Cooperación Sacerdotal Hispanoamericana (OCSHA).....	177
3.1. Una mirada a su origen y nacimiento .....	178
3.2. Una reflexión histórica.....	184
4. Sacerdotes seculares al servicio de la misión en América Latina.....	187
4.1. Estructura organizativa de la OCSHA .....	188
4.2. Compromisos de los sacerdotes de la OCSHA .....	190
4.3. La OCSHA al servicio de la cooperación misionera .....	195
Conclusión.....	198





Editorial EDICE  
Conferencia Episcopal Española  
c/ Añastro, 1 - 28033 Madrid  
Teléf.: 91 343 97 92. Fax: 91 343 96 65  
e-mail: edice.cee@planalfa.es

*Noverim me, noverim Te*



